

37
203

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE HISTORIA



CONQUISTA Y PACIFICACIÓN DEL GRUPO LACANDÓN
(Siglos XVI y XVII)

TESIS QUE PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN HISTORIA

PRESENTA
NURIA PONS SÁEZ



FACULTAD DE FILOSOFIA
Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA

MÉXICO

1996

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

PRÓLOGO

Mucho se ha escrito acerca del grupo étnico que actualmente habita una parte de la selva chiapaneca y que conocemos como lacandones. Sin embargo, la mayor parte de estos estudios conciernen casi exclusivamente a temas antropológicos, etnohistóricos o etnográficos, siendo muy pocos los autores que se han preocupado por averiguar el origen y desarrollo histórico de este grupo, lo que ha dado lugar a que se confunda a los lacandones de la época de la conquista española con aquellos a los que hoy en día conocemos por el mismo nombre --y que fueron "descubiertos" a mediados del siglo XIX--. Estos últimos, moradores también de la selva chiapaneca, y que parecía se habían mantenido al margen del desarrollo histórico --no digamos nacional, sino incluso regional--, fueron identificados inmediatamente con aquellos lacandones que tanto dieron de qué hablar en la época colonial y cuyo nombre sobrevivió al paso del tiempo.

Así pues, sin más precauciones de investigación histórica, el gobierno mexicano dotó en la década de 1970 con 662 000 hectáreas de territorio selvático a los lacandones de Najá y Lacanjá, ya que "han estado en posesión continua, pública, pacífica, y a título de dominio de los terrenos comunales desde tiempo inmemorial" ¹.

De esta insólita "dotación" surgió mi curiosidad por el grupo lacandón, y al indagar sobre su pasado me di cuenta de que se trata de dos grupos distintos, ya que los lacandones del siglo XVI fueron reducidos, establecidos en los llamados pueblos de paz e integrados al sistema colonial, con lo que desaparecieron como grupo étnico, aunque

¹ Andrés Aubry, *Cinco antítesis sobre la selva lacandona*; Chiapas, Instituto de asesoría antropológica para la región maya A. C., 1980. 37 p. (Apuntes de Lectura, 6) [Material mecanografiado]; p. 5.

muchos de sus individuos escaparon al dominio español amparándose en la selva --que siempre fue, y ha sido, un refugio para quienes buscan huir de la opresión o la persecución--.

Una vez en la selva es lógico suponer que los fugitivos debieron agruparse, ya sin importar el grupo al cual pertenecían y olvidando viejas rencillas, pues así aumentaban sus posibilidades de sobrevivencia en un medio ambiente hostil. Pienso que a quienes hoy en día llamamos lacandones en realidad son descendientes de estos grupos de fugitivos, entre los que probablemente fueron los itzáes los que predominaron, ya que los lacandones de hoy hablan una lengua muy parecida al maya yucateco mientras que los del siglo XVI hablaban chol.

Creo también, que el término de "lacandones" a mediados del siglo XVI dejó de ser un gentilicio y empezó a convertirse en un nombre genérico para cualquier habitante de las vastas selvas de las tierras bajas pero, a pesar de ello, es posible seguir el desarrollo histórico de este grupo.

El presente trabajo es un primer acercamiento al grupo lacandón del siglo XVI y a su complejo entorno, espero que en él haya fundamentado éstas hipótesis.

Aquí debo mencionar mi profunda gratitud hacia quienes no perdieron la esperanza de que finalizara este trabajo, y mencionaré especialmente a mi maestra Rosa del Lourdes Camelo por su atinada orientación, su comprensión y su enorme paciencia.

INTRODUCCIÓN

Durante la época prehispánica, en la región que abarca desde el este del istmo de Tehuantepec hasta Honduras, principalmente en los actuales estados mexicanos de Tabasco, Campeche, Chiapas, la península de Yucatán, y en los actuales departamentos guatemaltecos de Huehuetenango, El Quiché, Alta y Baja Verapaz y el Petén se desarrolló la cultura maya. Dentro de esta área hubo una enorme zona selvática que incluía gran parte de los estados de Tabasco y Campeche; al este limitaba con las poblaciones chiapanecas de Ocosingo y Comitán y se extendía hacia el sureste hasta la ciudad guatemalteca de Cobán; abarcaba también, en su zona norte y oeste, la región conocida como Petén; y fue esta región geográfica la que llegó a conocerse como selva Lacandona.

En este enorme territorio, hoy reducido cerca de dos tercios, se encuentran vestigios de importantes ciudades mayas que florecieron durante el periodo clásico mesoamericano y que al ser abandonadas dieron lugar, ya en el periodo posclásico, a nuevas sociedades o comunidades que presentaron nuevas características.

La distribución de numerosos grupos lingüísticos mayances en esta zona durante las postrimerías del periodo clásico y durante el posclásico experimentó sucesivas alteraciones y superposiciones, no sólo de los grupos pertenecientes al área, sino que también se vio penetrada por grupos vecinos, predominantemente por aquellos con una gran influencia náhua. Así, aparecen indicios en esta región maya de elementos toltecas poco después de la presencia de este grupo en Chichén-Itzá.

Durante el siglo XV, la expansión del imperio mexica llegó al sureste de nuestro país a través de mercaderes que también fungieron como agentes avanzados de las fuerzas militares de los grupos del Altiplano, con lo que gradualmente su hegemonía se extendió

a Oaxaca, Tehuantepec y Soconusco. En la zona maya solo el Soconusco fue tributario de la llamada Triple Alianza, mientras que en el resto del territorio existieron numerosas rutas comerciales, que se cree generalmente eran utilizadas por comerciantes de origen náhuatl para así infiltrarse en los territorios no dominados a lo largo de la costa del golfo de Tabasco y península de Yucatán, a través de la selva hasta Honduras y a lo largo de las costas del Pacífico hacia Centroamérica. Al respecto, el mayista Eric Thompson señala que los comerciantes nahuas no eran navegantes, y que existieron ciertos puntos de intercambio dominados por un grupo de la familia maya fuertemente afectado por estos grupos nahuas, que se encontraba asentado en el sur de Campeche y en el vasto delta de los ríos Usumacinta y Grijalva, en Tabasco, llamados putunes o mayas chontales ².

El territorio de estos chontales o putunes es semipantanososo, impropio para el cultivo, con una exuberante vegetación interrumpida por charcas, pantanos y corrientes de agua sinuosas que durante la época de lluvias se inunda y se convierte casi intransitable por tierra ³, lo que hace que el medio natural de comunicación sea a través del agua, y por ello, los putunes o chontales que conocían las intrincadas redes fluviales de esa zona fueron quienes controlaron el tráfico comercial ⁴.

Esta actividad comercial, que al parecer proveía al Altiplano de productos suntuarios y de esclavos, y que eventualmente buscaría la sujeción de estos territorios al grupo de tributarios de los nahuas ⁵, se vio abruptamente interrumpida con la llegada de los españoles, momento en el que la zona de influencia chontal se había extendido, tierra adentro, a lo largo del cauce del río Usumacinta hasta Tenosique y por el del Candelaria, en la zona meridional de Campeche.

² Eric Thompson, *Historia y religión de los mayas*; México, Siglo XXI editores S.A., 1979. VIII-488 p.; cap. I, p. 21-72.

³ Recordemos las penalidades que sufrió Hernán Cortés al cruzar esta región en su viaje hacia Honduras.

⁴ Véase: France V. Scholes y Ralph L. Roys, *The Maya Chontal Indians of Acalan-Tixchel. A contribution to the history and ethnography of the Yucatan Peninsula*. Washington D.C., Carnegie Institution, 1948. 566 p. (Publication 560).

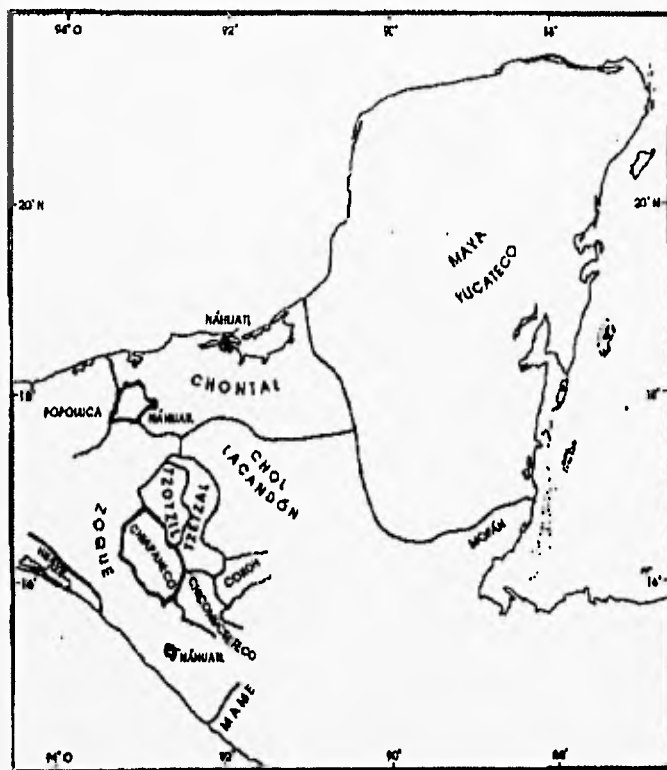
⁵ Peter Gerhard, *La frontera sureste de la Nueva España*; trad. Stella Mastrangelo. México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1991. 168 p., (Espacio y tiempo, 2), p.4.

Además de la chontal, a fines del siglo XV y principios del XVI, existían en la región central de la zona maya distintos territorios ocupados por otros grupos mayances, como el zoque, mame, mopán, chol, chol-lacandón e itzá, entre los más importantes.

Todo parece indicar que en esta época la gran extensión selvática de las tierras bajas estaba ocupada por múltiples grupos indígenas autónomos, la mayoría de ellos con límites territoriales aparentemente bien definidos. Entre ellos es muy probable que existieran confederaciones regionales o alianzas por vínculos familiares o por tratos comerciales, pero también ocurrían numerosos enfrentamientos entre estas numerosas comunidades selváticas, pues en el área no había una fuerza cohesiva o un gran centro imperial. Si bien se encontraban algunos asentamientos de proporciones y características urbanas, principalmente en las zonas limítrofes de la selva, el patrón de asentamiento era disperso y con la baja densidad de población que impone la agricultura de roza en un medio ambiente que no es el mejor para esta actividad. Sin embargo, en aquellas zonas productoras de cacao, o en las que había recursos para ser explotados, como la sal, el pescado, el achiote o los tintes, se desarrollaron actividades especializadas, como el tejido o el comercio.

De estos grupos pobladores de la selva, los más mencionados en las fuentes españolas de los siglos XVI y XVII son, además de los chontales, los acalanes, diferenciando a los acalanes occidentales (chontales) de los orientales (al parecer emparentados con los lacandones); los manchés, aparentemente de la familia chol pero con características propias por lo que se les define como manché-choles; los loquenes o loquehuas, xocmones, ahxoyes y lacandones, todos choles; los quehaches o cehaches; los petenhaes o petenactes, y los itzáes, taizáes o ahitzáes⁶. (*Mapa 1.*)

⁶ Götz Freiherr von Houwald (ed.) *Nicolás de Valenzuela: Conquista del Lacandón y Conquista del Chol. Relación sobre la expedición de 1695 contra los lacandones e Itzá según el "Manuscrito de Berlín"*; Berlín, Colloquium Berlag, 1979. 2 vols., (Bibliotheca Ibero-Americana, 28). Vol. I, cap. 2, p. 57-80.



Mapa 1. Principales lenguas indígenas en la frontera sureste de México en 1521.

(Tomado de: Gerhard, *La frontera sureste...*, p.6.)

Con la llegada de los españoles a las costas de la que posteriormente sería la Nueva España, y con la conquista de México-Tenochtitlan en 1521 por Cortés y sus hombres, los españoles consiguieron también la vasta zona que era tributaria de la capital del imperio mexica, sin embargo en el territorio que nos ocupa no existía una cabeza que ejerciera control sobre las diversas comunidades, por lo que los conquistadores tuvieron que enfrentar a cada una de ellas individualmente. Así, la selva se convirtió en refugio para los indios que escapaban de la nueva circunstancia impuesta por el proceso de conquista, y este territorio y los grupos que lo poblaban se convirtieron en un obstáculo, que podríamos calificar de insalvable, para el avance de la dominación española. Los españoles tuvieron que lidiar con la selva y sus moradores, y estos últimos fueron obligados a reubicarse concentrándolos en las llamadas, precisamente, *congregaciones* o

pueblos de paz, y como consecuencia de ello y de las epidemias que se extendieron, sobre todo en las franjas limítrofes de la selva, se dio un despoblamiento del territorio, que como ya se dijo se convirtió en refugio no sólo de individuos, sino que a veces también de comunidades enteras fugitivas.

En estas circunstancias, ya los hemos mencionado, se encontraban los lacandones, habitantes de la región chol, que tuvieron su asentamiento principal en un islote del lago que hoy se conoce como Miramar, en el estado de Chiapas, y que llamaban Lacam-Tún. Este grupo selvático, al igual que los demás, sufrió el proceso de la conquista española, pero quizá debido a la fiereza que caracterizó a sus osados ataques contra los pueblos de indios cristianos o de paz adquirieron una enorme fama, y el término de *Lacandón* empezó a ser utilizado para designar tanto a un territorio como a cualquier indígena que se encontrara en él.

I. PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE LACANDONES Y ESPAÑOLES

Las primeras noticias de la existencia de cierto grupo belicoso que habitaba en la selva chiapaneca, en un lugar denominado Lacam-Tún, fueron recibidas por Hernán Cortés en el año de 1524 durante el viaje que realizara a las Hibueras, de lo que nos deja constancia en su obra Bernal Díaz del Castillo ⁷.

Los conquistadores habían salido de Acalán, población situada entre los ríos San Pedro Mártir y Candelaria, entrando a la provincia llamada Mazatlán que era asiento de los indios quehaches. En el poblado del mismo nombre, Cortés se mostró sorprendido al comprobar que se trataba de un pueblo nuevo y bien fortificado, con empalizadas y otro tipo de defensas y al preguntar por las causas de ello, sus habitantes respondieron que habían tenido que establecerse en ese lugar huyendo de sus enemigos lacandones, quienes les habían quemado y destruido dos poblados que tenían en un valle.

Hernán Cortés no prestó mucha atención a la rivalidad que existía entre estos dos grupos, y solamente prometió ayuda militar a los quehaches en el caso de que sufrieran un nuevo ataque lacandón y reanudó su viaje encaminándose hacia la provincia del Itzá.

De esta manera fue Hernán Cortés el primer español que supo de la existencia del grupo lacandón, pero nunca tuvo contacto con ellos a pesar de que el licenciado Pinelo, relator del Consejo de Indias, señale que el conquistador sí llegó a verlos, "de lejos", pero llegó a verlos:

⁷ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*; ed. crítica por Carmelo Sáenz de Santa María. Madrid, Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo", C.S.I.C., 1982. 2 v.; v.I, p. 525. Cortés en su quinta relación narra las penalidades que sufrió durante este viaje, pero no menciona específicamente a los lacandones, véase: Hernán Cortés, *Cartas y documentos*; intr. de Mario Hernández. México, Ed. Porrúa, 1963. 616 p. (Biblioteca Porrúa, 2), p. 242-322.

...de este viaje de Cortés, con que salió al Golfo Dulce y Mar del Norte, consta que dio vista a los pueblos de Lacandón, aunque de lejos, dejándolos al lado diestro.⁸

Ya un año antes de estos acontecimientos, otro español había incursionado por territorio chiapaneco con el fin de someter a algunos grupos indígenas que se habían levantado como consecuencia del repartimiento de provincias que efectuó Gonzalo de Sandoval en la recién fundada villa de Espíritu Santo, en las márgenes del río Coatzacoalcos. Desde allí, Sandoval repartió entre los fundadores las provincias de Zitla, Coatzacoalcos, Guazpaltepec, Tepeaca, Chimantla, Zapoteca, Copilco, Cimatán, Quechula, Zoque y Chiapa. Como puede notarse el territorio repartido era demasiado extenso para poder ser realmente controlado, por lo que su posesión fue más de manera nominal que real.

Teniendo conocimiento Gonzalo de Sandoval de que los indígenas de Chiapa se habían levantado, envió en el año de 1523 al capitán Luis Marín para someterlos. Esta expedición entró a la provincia de Chiapas por la región zoque y logró conquistar, no sin numerosos y sangrientos combates, el fortificado poblado de Chiapa; después incursionó por Zinacantán, Chamula y Huistán. Posteriormente regresó a Veracruz sin haber tocado la selva lacandona.⁹

Pasaron seis años desde el primer conocimiento que tuvieron los españoles de los lacandones, y en 1530, por primera vez, se encontraron ambos grupos.

A fines de 1529, el adelantado Francisco de Montejo se encontró con el entonces gobernador de Chiapas, Juan Enríquez de Guzmán, en el pueblo de Teapa, situado en la frontera de Tabasco con Chiapas. El encuentro fue casual, ya que ambos estaban en esa zona guiados por un mismo objetivo: pacificar los poblados fronterizos de sus

⁸ Antonio de León Pinelo, *Relación sobre la pacificación y población de las provincias del Manché i Lacandón*; introducción de Jaime Delgado. Madrid, José Terranzas editor, 1958. 2a. ed. XXXIV-46 p.; p. 13.

⁹ Manuel B. Trens, *Historia de Chiapas desde los tiempos más remotos hasta el gobierno del general Carlos A. Vidal, (¿...1927)*; México, La Impresora, 1942. 712 p.; p. 63-66.

respectivas gobernaciones. Dada la situación, todo parecería indicar el inicio de un conflicto por el establecimiento de sus respectivos derechos sobre esta franja fronteriza vagamente definida, sin embargo, ambos gobernadores prometieron ayudarse mutuamente cuando fuese necesario; y más aún, pues cuando Montejo comunicó a Enríquez de Guzmán su intención de tomar Acalán para utilizarla como base de operaciones en la conquista de Yucatán, el gobernador de Chiapas le sugirió que tomara el camino de su gobernación, ya que de esta manera él podría proporcionarle armas, guías y víveres para la expedición ¹⁰.

Es muy probable que esta actitud de Enríquez de Guzmán, que podríamos calificar de generosa, se haya debido a que viera ventajas para sí mismo en la entrada de Montejo, ya que por esos años gran parte del territorio que se encontraba bajo su jurisdicción estaba fuera de control, y quizá pensara que si el adelantado incursionaba por él tendría cerca grupos de españoles que podrían hacer algo en beneficio de la gubernatura de Chiapas al enfrentarse con los insurrectos; además, si triunfaban podría abrirse así una vía de comunicación entre Chiapas y la costa del golfo de México.

Cualesquiera que hayan sido los verdaderos móviles de esta proposición, el caso fue que el adelantado Montejo aceptó de buen grado el ofrecimiento; pero cuando la expedición estuvo lista enfermó, por lo que decidió colocar al capitán Alonso de Ávila al frente de ella.

El capitán Alonso de Ávila (Fernández de Oviedo señala que tenía el grado teniente, lo cual es correcto, ya que Montejo lo nombra su teniente para esta entrada¹¹) era originario de Ciudad Real, España, y más joven que Montejo. En las fuentes se le menciona como un hombre de gran valor, iniciativa y buen juicio, que al momento de encomendársele esta misión ya contaba con una reputación debido a su participación en el descubrimiento y conquista de la Nueva España. Bernal Díaz del Castillo señala que como capitán de la Nueva España, era "de buenas razones" y que "tenía gran

¹⁰ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar Oceano*; ed. Juan Pérez de Tudela. Madrid, Ed. Atlas, 1959. 5 v. (Biblioteca de Autores españoles, 117-121). T. III, lib. XXXII, cap. v; p. 411-414.

¹¹ *Op. cit.*, vol. IV, p. 190-191.

atrevimiento de decir a Cortés cualquiera cosa que veía y convenía decirle", y aunque algunas veces su actitud era soberbia, De Ávila era "muy osado y esforzado...y...belicoso y su inclinación dada más para guerras que no para ir a solicitar negocios" ¹².

Sin embargo parecería que Cortés no compartía esta última opinión, ya que el conquistador lo nombró Contador de la Nueva España, y lo envió a Santo Domingo para hacer la relación de los sucesos ocurridos en la conquista y del "desvarate de Narváez" ¹³, aunque quizá por las otras características de Alonso de Ávila, Cortés prefería tenerlo lejos de sí.

En ninguna de las fuentes consultadas encontré la fecha exacta del inicio de esta expedición, por lo que solamente diré que el capitán De Ávila, al mando de unos ochenta hombres, partió de Teapa --al sur de la actual Villahermosa-- ¹⁴ hacia el sur en el año de 1530 en busca de la ayuda ofrecida por el gobernador de Chiapas, ya que hacia 1531 De Ávila penetró en la región occidental de la provincia de Chetumal¹⁵.

De Ávila y sus hombres después de una marcha en la que tuvieron que enfrentarse a serios obstáculos, de los que salieron no sin grandes esfuerzos, llegaron ante la presencia de Enríquez de Guzmán quien cumplió su palabra y les otorgó víveres, caballos, armas, cotas de algodón y algunos indios conocedores del territorio en calidad de guías.

Una vez pertrechada, la expedición partió de Ciudad Real --antigua capital de la provincia y hoy San Cristóbal de las Casas-- en busca de un camino que los llevara desde el sur hacia la provincia de Acalán, pero cuando apenas habían recorrido unas treinta leguas, aproximadamente, los guías proporcionados por Enríquez de Guzmán regresaron a Ciudad Real, alegando que no conocían ni el terreno ni las lenguas que se hablaban más adelante.

¹² Cfr. Robert Chamberlain, *Conquista y colonización de Yucatán, 1517-1550*, México, Editorial Porrúa, 1974. 398 p.; p. 31. Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, vol. I, cap. CXXXVI, p. 314-315.

¹³ Díaz del Castillo, *op. cit.*, vol. I, cap. CXXXVI, p. 312.

¹⁴ Freiherr, *op. cit.*, vol. I, p. 112.

¹⁵ Thompson, *op. cit.*, p. 86.

Estas excusas pueden haber sido verdaderas, pero también es muy probable que los guías hayan tenido problemas con los integrantes de la expedición y que supieran que no lejos de allí habitaban los lacandones, que como ya hemos mencionado, eran conocidos entre los pueblos indígenas de la región por su actitud belicosa. Fuera lo que fuera, el caso es que los guías regresaron, abandonando así a los españoles que tuvieron que seguir su camino confiando en su orientación y en la buena fortuna.

Los estudios realizados por Frans Blom sobre la localización de rutas y poblados indígenas de la selva chiapaneca, señalan que el punto probable donde los españoles fueron abandonados por sus guías fue Comitán. Para esta afirmación el autor se basa en una de las disculpas presentadas por los indios (no conocer la lengua) y en la distancia recorrida, ya que existen treinta leguas entre la entonces Ciudad Real y el poblado de Comitán, siendo el primero de habla tojolobal –lo que coincide con el cambio de lengua mencionado–, y además señala que la topografía de la región favorece dicha ruta¹⁶. De esta manera se puede decir que fue en Comitán, o en sus alrededores, en donde De Ávila y sus hombres reanudaron la marcha, internándose en un territorio desconocido y sin saber lo que encontrarían a su paso.

Sin los guías y tras haber andado otras treinta leguas por terrenos que cada vez se tornaban más difíciles, el grupo español se topó inesperadamente con una gran laguna, en medio de la cual había pequeños islotes que parecían habitados. Los expedicionarios habían encontrado accidentalmente la laguna y el islote de Lacam-Tún, principal asiento de los indios lacandones. El cronista Fernández de Oviedo señala que en el peñol principal se pudieron observar sesenta casas de "indios ricos, é tractantes é de guerra"¹⁷.

Ante este inesperado hallazgo, los españoles decidieron entrar a la pequeña isla para investigar. Como no encontraban la forma de llegar a ella, De Ávila comisionó a Alonso de Luján para que con algunos hombres, ocho o diez, fueran a caballo a rodear el

¹⁶ Frans Blom, "La gran laguna de los lacandones", en: *Tlatoani*, Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2a. época, núm. 10, junio 1956, p. 4-10; p. 4. También Doris Z. Stone ha intentado la reconstrucción de este itinerario en: *Some Spanish Entradas, 1524-1695*; New Orleans, The Tulane University of Louisiana, 1932. 126 p.

¹⁷ Fernández de Oviedo, *op. cit.*, T. III, lib. XXXII, cap. IV, p. 407.

lago con el fin de encontrar un lugar seguro que les permitiera el acceso al poblado lacustre¹⁸. Luján inició su recorrido de inspección y encontró, en una de las orillas de la laguna cuatro canoas pequeñas que pertenecían a los lacandones y que se encontraban ahí aparentemente olvidadas o, lo más probable, en espera de que sus ocupantes volvieran de los alrededores para cruzar al islote. Con este afortunado hallazgo, Luján y sus hombres formaron una pequeña balsa atando las cuatro canoas entre sí y la utilizaron para regresar al lugar en donde los esperaban el resto de sus compañeros.

De esta manera, el problema del acceso al poblado se solucionó y los españoles iniciaron su entrada a Lacam-Tún. En la pequeña balsa se embarcaron unos doce hombres armados, mientras que sus caballos fueron nadando a los lados. Al alcanzar el poblado los caballos fueron ensillados y montados rápidamente, no hay que olvidar que los españoles sabían del impacto que producían en los indios al ir montados en estos animales desconocidos por ellos, además de la importancia que la caballería tenía como arma por la rapidez de sus movimientos y la libertad que le daba al jinete. Así preparados hicieron frente a los lacandones, quienes "...no quedaron poco espantados de ver tales animales y la osadía con que allí habían entrado esos españoles"¹⁹.

Una vez que el primer grupo de españoles desembarcó, la balsa fue enviada nuevamente a la orilla para llevar a otro grupo de españoles al islote con lo que lograron ganarlo rápidamente. Los indígenas no se enfrentaron a los intrusos, por el contrario, al ver la actitud de los recién llegados huyeron por el lado opuesto de su poblado en canoas que cargaron con todo lo que pudieron dejando abandonada la ciudad. Los españoles buscaron casa por casa a sus ocupantes sin encontrar a nadie, excepto a una vieja india quien dijo que era esclava del cacique lacandón y que sabía en dónde se encontraba su amo, quien poseía doce cargas de oro. Al escuchar este último informe, los conquistadores ordenaron a la anciana que los guiara hasta su señor.

¹⁸ Alonso de Luján, caballero de la orden militar de Santiago, proporcionó la relación de esta entrada al cronista Fernández de Oviedo, quien la transcribió en su obra. *Op. cit.*, t. III, lib. XXXII, cap. IV, p. 406-411. Es ésta la fuente principal para seguir el desarrollo de esta expedición.

¹⁹ Fernández de Oviedo, *op. cit.*, t. III, lib. XXXII, cap. IV, p. 407.

Los expedicionarios encontraron al cacique lacandón a unas seis leguas de distancia, pero cuál no sería su decepción al descubrir que en vez de oro lo que el indio principal poseía eran "muchas cargas de plumas de las doradas".

Quizá cuando los españoles recogieron la información de la vieja esclava se creó una confusión, pues es bien conocido que entre los antiguos pobladores indígenas una de las riquezas más apreciadas eran las plumas del ave llamada quetzal y que eran consideradas, entre otros objetos, como un símbolo de la riqueza de sus poseedores, además de que constituían un elemento sumamente codiciado dentro del movimiento comercial prehispánico. Por todo ello, resulta probable que la mujer se refiriera a "riqueza" y que este término fuese interpretado como oro por los españoles.

La presencia de una gran cantidad de plumas ricas entre los lacandones podría indicar que este grupo se dedicaba al comercio y que era, si no de ricos negociantes, sí de prósperos mercaderes. Lo anterior se basa en las investigaciones que sobre el sistema comercial prehispánico en el sureste de México han realizado varios estudiosos (Thompson, Scholes y Roys, Carlos Navarrete, Ernesto Vargas y Lorenzo Ochoa principalmente). Al parecer no cabe ya ninguna duda acerca de la existencia y alto grado de desarrollo que tuvo esta actividad en la región, en la que destacaron los llamados putunes o mayas chontales, fuertemente afectados por grupos náhuas, y que procedían del sur de Campeche y del vasto delta del río Usumacinta y Grijalva, en Tabasco. Asimismo, toda la información indica que este grupo de grandes comerciantes, no sólo dominaba las rutas marítimas en torno a la península de Yucatán, sino que también aprovechaba las magníficas vías de comunicación que constituyen los ríos, principalmente los de la región de la selva lluviosa, al sur del Usumacinta superior y del Pasión inferior, lugar en el que habitaban los lacandones. A la llegada de los españoles el territorio putún comprendía desde el río Copilco, cercano al establecimiento maya de Comalcalco en Tabasco, a través de los deltas del Usumacinta y del Grijalva, hasta la laguna de Términos; hacia el norte, siguiendo el litoral de la península de Yucatán hasta Champotón; y tierra adentro, hasta

Tenosique y la región de Campeche ²⁰. Más aún, muchos de los investigadores coinciden en que durante el periodo posclásico un grupo de estos putunes se estableció al sur del río Pasión, denominando a su territorio Acalán, término que significa "Tierra del pueblo de las canoas". También existen otras opiniones, como la de Jan de Vos, que no está de acuerdo con lo anterior y que afirma que los habitantes de esta zona pertenecen a otro grupo diferente ²¹.

Sin embargo, a pesar de esta última diferencia de opinión y para el objetivo de mi trabajo, lo realmente importante es que los lacandones se encontraban establecidos dentro del área que albergaba esta gran actividad comercial, en una ciudad lacustre que les permitía una comunicación fluvial con otras regiones a través de la densa selva, y que aún pensando de una manera conservadora, no podemos dejar de creer que ellos participaban, en mayor o menor grado, del movimiento comercial que todo indica imperaba en la región. Además, el hecho de habitar en un lugar fortificado naturalmente y con posibilidades de realizar una rápida evacuación en caso de ser necesario, como lo hicieron a la llegada de los españoles, confirma las noticias que hablan de los constantes encuentros que mantenían entre sí los grupos selváticos.

Retomando los hechos ocurridos en ese primer encuentro entre españoles y lacandones agregaré que, además de dar a los primeros las cargas de plumas, los lacandones los guiaron en su ruta hacia el norte hasta el río Usumacinta, hasta el lugar que hoy se conoce como Santa Margarita. De allí, los expedicionarios continuaron solos río abajo a través de la selva lacandona hasta Tenosique, en donde en vano buscaron algún rastro del contingente encabezado por Hernán Cortés, ya que éste había pasado más al norte ²². (*Mapa 2.*)

²⁰ Thompson, *op. cit.*, p. 20-30.

²¹ Jan de Vos, *La paz de Dios y del Rey. La conquista de la selva lacandona*; México, FONAPAS-Chiapas, 1980. 528 p., (Colección Ceiba, 10), p. 32-33.

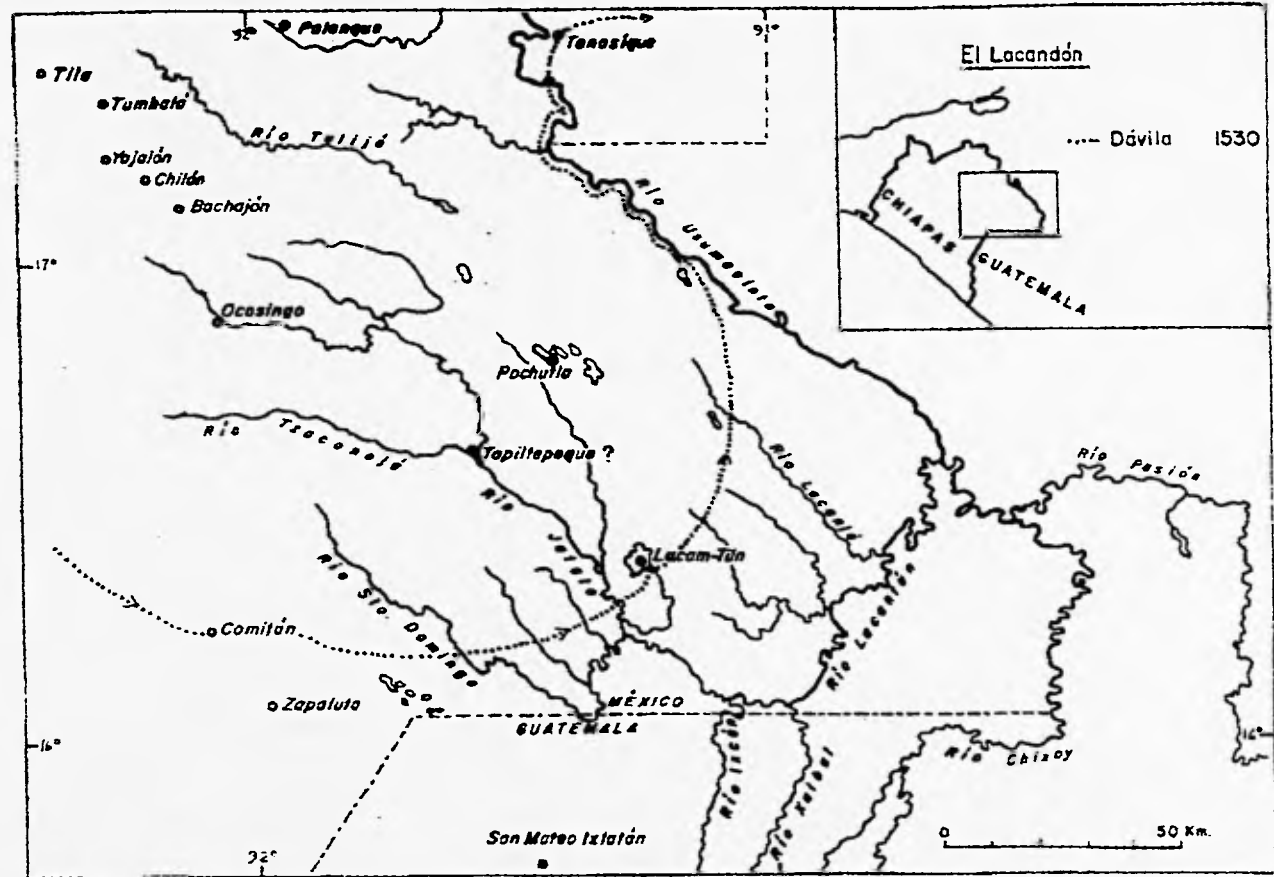
²² Fernández de Oviedo, *op. cit.*, t. III, lib. XXXII, cap. IV, p. 408-409.

Este relato, escrito detalladamente por Luján y que encontramos en la obra de Oviedo, nos revela algunos datos interesantes acerca del grupo lacandón. Además de las consideraciones mencionadas respecto a su actividad comercial, resalta el hecho de que el autor narre que en Lacam-Tún existían unas sesenta casas, de lo que se deduce que sus habitantes no eran muy numerosos, circunstancia que unida a una organización social desarrollada les permitió un rápido escape de su ciudad, lo que también puede indicarnos que no era extraño que el poblado sufriera repentinos ataques de algún otro grupo de la selva.

Es de importancia señalar que pese a que posteriormente los lacandones adquirieron la fama de ser uno de los grupos más belicosos de la región, en su primer contacto con los españoles no mostraron la actitud que se les atribuyó poco tiempo después. Lo que sí podríamos suponer es que esta fugaz incursión española provocó entre los habitantes de Lacam-Tún un profundo sentimiento de desconfianza, ya que a partir de ese momento evitaron los enfrentamientos directos con los conquistadores recurriendo a otros medios para atacar sus intereses, y convirtieron así a su hábitat en una verdadera región de refugio.

Por otra parte, a través de una real provisión expedida en Burgos el 18 de diciembre de 1527 se había establecido que la selva Lacandona, por ser parte de la gobernación de Chiapas, quedaría a partir de ese momento bajo la jurisdicción de Guatemala²³. El descubrimiento de Lacam-Tún por Alonso de Ávila parece que despertó el interés de Pedro de Alvarado, ya que en 1535 envió al capitán Francisco

²³ Jan de Vos, *op. cit.*, p. 63 y 333. Esta real provisión otorgó a Pedro de Alvarado la calidad de gobernador y capitán general de Guatemala, provincia que incluyó a la de Chiapas: *Libro viejo de la fundación de Guatemala*; ed. de Carmelo Sáenz de Santa María. Guatemala, Academia de Geografía e Historia de Guatemala, 1991. 230 p.; p.87-91.



Mapa 2. Ruta de la expedición de Alonso de Avila.*

*Mapa tomado y modificado del que presenta J. de Vos, La paz de Dios y del Rey, p.510

Gil Zapata a la conquista de aquella zona fronteriza con su gobernación para fundar una villa de españoles --que no se hizo--, que le permitiera ejercer un mayor dominio sobre los poblados recién pacificados en esa zona.

Esta expedición obtuvo algunos logros pero nunca entró en contacto con los lacandones, por lo que no relataré su desarrollo. Lo que sí diré es que se caracterizó por la crueldad con que fueron reducidos algunos poblados indígenas a los que posteriormente se obligó, siguiendo las costumbres españolas de la reconquista, a cambiar sus asentamientos a nuevos lugares donde pudiese ejercerse un mejor control sobre ellos.

Algunos de los poblados sometidos por el capitán Gil Zapata fueron: Ocosingo, Tila, Suteapa y Petalcingo. Sin embargo, esta labor no se consolidó enseguida, pues cuando el capitán español regresó a Guatemala muchos de estos asentamientos retornaron a su gentilidad y a sus antiguos asentamientos²⁴.

Probablemente debido al fracaso de esta expedición, Pedro de Alvarado perdió el interés por la región, ya que en el año de 1539 el adelantado de Guatemala cedió la provincia de Chiapas, que como ya habíamos señalado se encontraba bajo su jurisdicción, a Francisco Montejo obteniendo a cambio la de Honduras que quizá le pareciera más prometedora. De esta manera Montejo ocupó el cargo de gobernador de Chiapas en el mes de agosto del año 1539 --pese a que fue designado en 1527--, y lo ejerció hasta el mes de marzo de 1544.

Durante el tiempo que duró su gubernatura, Montejo realizó los primeros intentos serios para pacificar parcialmente la selva lacandona, lo que consideraba era necesario para que pudiera continuar con su proyecto de conquista de la península de Yucatán.

Estos intentos pacificadores estuvieron muy cerca de llevarlo a los lacandones, sobre todo con la expedición que encomendó a Pedro Solórzano a principios de 1542. Formada por un ejército de españoles y bastantes indios amigos (ninguna fuente señala cuántos), salió de Ciudad Real con el objetivo de someter a los indios rebeldes, quienes aprovechando su posición estratégica en peñoles e islotes se defendieron ferozmente.

²⁴ De Vos, *Op. cit.*, p. 65.

Después de grandes esfuerzos, la expedición de Solórzano logró someter los poblados de Tila, Petalcingo, Entena y Pochutla –recordemos que los dos primeros se creían pacificados por la entrada de Francisco Gil Zapata– con lo que el camino al asentamiento lacandón quedó prácticamente abierto, pues los indios conocedores de la región afirmaban que existía comunicación fluvial entre la laguna de Pochutla y la de Lacandón, aún más, los mismos pochutlas se ofrecieron como guías para incursionar en contra de sus vecinos. Este ofrecimiento no se aprovechó y al poco tiempo, por problemas con sus encomenderos, los pochutlas se rebelaron y aliaron con los lacandones para realizar incursiones contra los pueblos de paz²⁵.

Es de señalar que hasta este momento todas las entradas que se habían realizado con el fin de pacificar y colonizar el territorio selvático fueron de carácter exclusivamente militar. En ningún momento se pensó en una reducción pacífica, y por lo que toca al aspecto religioso, la conversión de sus moradores al cristianismo se encontraba definitivamente subordinada a los intereses de consolidación en la región.

Esta actitud agresiva de los conquistadores en su primera etapa es comprensible, ya que en una conquista es casi imposible que se piense en lograr la sujeción por medios pacíficos. Una situación de conquista suele ser violenta, ya que generalmente nadie se somete voluntariamente, y el conquistador busca como primer e importantísimo punto, una posición lo más fuerte posible dentro del territorio que quiere dominar, para lo que es necesario el conocimiento previo de la geografía del lugar.

De esta manera, hacia finales del siglo XVI la mayoría de los indios mopanes, tzentales y choles, vecinos de los lacandones, se encontraban reubicados en pueblos de paz y evangelizados, cuando menos aparentemente²⁶.

Por otra parte, los lacandones que hasta ese momento se habían mantenido al margen de los acontecimientos y tratando de evitar abiertos enfrentamientos con los españoles cambiaron de actitud, trocando su posición defensiva ante la conquista por una

²⁵ Cfr. De Vos, *op. cit.*, p. 69-73; Robert Chamberlain, *The governorship of Adelantado Montejo in Chiapas, 1533-1544*; Washington D.C., Carnegie Institution of Washington, 1948. 320 p.; p. 163-207.

²⁶ Gertrude Duby, *Los lacandones, su pasado y su presente*. México, Secretaría de Educación Pública, 1944. 96p. (Biblioteca enciclopédica popular, 30), p. 52.

actitud ofensiva, que consistió en iniciar ataques en contra de los pueblos cristianos vecinos, provocando verdadero pánico entre sus habitantes, quienes constantemente veían en peligro sus pertenencias e incluso su propia vida; y entre las autoridades españolas una gran preocupación, ya que veían en ello una amenaza a la frágil estabilidad colonial que habían logrado en el área.

Esta actitud agresiva de los lacandones en contra de los pueblos de paz, además de considerarse como una respuesta a la conquista, podría pensarse que fue ocasionada por la ocupación española que destruyó, en favor de los lacandones, el delicado equilibrio territorial que con el tiempo se había establecido entre las comunidades más numerosas de los altos y los grupos más guerreros de la selva.

II. GUERRA Y MISIÓN

No conocemos el momento preciso en el que la selva lacandona y sus inmediaciones recibieron la designación de Tierra de Guerra, pero en algunos textos y cartas del siglo XVI ya se refieren a esta región con ese término. Una razón acerca del porqué recibió este nombre dicho territorio, nos la señala fray Francisco Ximénez en su obra *Historia de la conquista de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, en la que dice:

...a principios del año de 1537, no había otra tierra por conquistar por éstas provincias cercanas a Guatemala, sino la de Tezulutlán tan montuosa, lluviosa y áspera como ella misma lo está demostrando, donde casi todo el año llueve; la gente que la habitaba era el coco de los españoles, porque tres veces la habían acometido y otras tantas le habían vuelto las espaldas, y así la tenían por gente feroz e imposible de domar y sujetar como habían hecho de las demás naciones y así la llamaban tierra de guerra...²⁷

A pesar de que en el texto no se menciona la extensión de la llamada Tierra de Guerra, en un memorial que Bartolomé de las Casas envió al rey Carlos V señala que ésta se conformaba por dos provincias: la de Tezulutlán y la del Lacandón²⁸.

²⁷ Francisco Ximénez, *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala, Orden de Predicadores*; Guatemala, Tipografía Nacional, 1929-30. (Biblioteca "Goathemala" de la Sociedad de Geografía e Historia, I,II y III). Vol. I, lib. II, cap. XII; p. 186.

²⁸ André Saint-Lu, *La Vera Paz: Esprit Evangélique et Colonisation*; Paris, Institut d'Etudes Hispaniques, Centre de Recherches Hispaniques, 1968. 658 p.; p. 155.

Algunos años después, Francisco Montero de Miranda escribió una memoria al oidor de la Audiencia de Guatemala, Diego García del Palacio, que resulta interesante porque aclara el hecho de que a partir de 1545 empieza a aparecer en los textos el nombre de Verapaz sustituyendo, o en ocasiones simultáneamente, al de Tierra de Guerra, a pesar de que aún se encontraban muchos grupos en el territorio en estado de gentilidad o de rebeldía. El texto dice:

...Esta tierra ha por nombre la Verapaz, y también se llama Tierra de Guerra. Nombres, por cierto, bien contrarios y diferentes...Llamáronla los castellanos seglares Tierra de Guerra, porque nunca ellos la sujetaron e hicieron de paz, entrándola y conquistándola, como hacían a las demás tierras por fuerza de armas. Y así, se quedó siempre con el nombre de no conquistada y, por consiguiente, se llamó "de guerra". Por el contrario, los padres y religiosos de Santo Domingo, a cuyo cargo está la buena doctrina...destos naturales, la llaman la Verapaz.²⁹

De lo mencionado anteriormente se desprende que la denominación de "Tierra de Guerra" corresponde a un concepto que se refería a aquel territorio que se encontraba en un proceso de conquista. Las tácticas para lograr el dominio de una región dependían de las circunstancias que imperaban en ella, y específicamente para el área que nos ocupa, este proceso de conquista tuvo características particulares.

La región selvática de las tierras bajas, que albergaba a dispersos y pequeños grupos indígenas, dificultaba la movilización de los ejércitos y la localización de los poblados, por lo que los españoles al encontrar un asentamiento dentro de la selva intentaban reducirlo y, en el caso de lograrlo, procedían a sacar a los pobladores de su

²⁹ Francisco Montero de Miranda, "Memoria de Diego García del Palacio", en: *Relaciones geográficas del siglo XVI: Guatemala*; edición de René Acuña. México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1982. (Serie antropológica, 45), p. 223-248; p. 227.

habitat y a concentrarlos en las llamadas *congregaciones* o *pueblos de paz* establecidos en los límites con la selva, para que así las autoridades civiles y religiosas de la Colonia pudieran ejercer un control real sobre ellos. Esta manera de reducción y pacificación utilizada por los conquistadores sobre las comunidades indígenas del área, trajo como consecuencia un gradual despoblamiento de la selva, pero también la convirtió en un refugio para aquéllos que lograban escapar de las nuevas condiciones de vida que se les habían impuesto. Así, la selva lacandona se convirtió en albergue no sólo de individuos aislados que huían, por ejemplo, de las haciendas cafetaleras o cacaotaleras en las que estaban encomendados³⁰, sino también de pequeñas comunidades que apostataban y abandonaban los nuevos asentamientos que les habían asignado los españoles, circunstancia que se presentaba, sobre todo, en aquellos pueblos de paz que se encontraban más alejados de los centros de autoridad seglar o religiosa.

Cabría señalar que ésta práctica española se llevó a cabo desde el siglo XVI hasta los inicios del XVIII, época en que fueron sometidos los itzáes, último grupo rebelde la región.

La llamada Tierra de Guerra primeramente y Verapaz con posterioridad --o como ya mencionamos, con ambos términos simultáneamente dependiendo de quien la nombrara--, se ubicaba según la *Relación* de Viana, Gallego y Cadena, realizada en el siglo XVI, "a la parte norte respecto de Guatemala, y treinta leguas distante della", y abarcaba:

En longitud de oriente a poniente...contiene sesenta leguas, contando en línea recta desde el mar océano y boca del río Nito, hasta el río Grande, llamado de Sacapula, y tierra del Chixoy, a donde por la parte de occidente se termina. Su latitud de norte a sur, será de cincuenta leguas. Comienza por la parte del sur (a donde tiene a Guatemala) en las sierras de Salamal y Rabinal...

³⁰ Sobre el repartimiento de indios en la región véase el trabajo de Nélida Bonaccorsi, *El trabajo obligatorio indígena en Chiapas, siglo XVI. (Los Altos y Soconusco)*; México, Centro de Investigaciones Humanísticas de Mesoamérica y el estado de Chiapas, UNAM, 1990. 74p.

Sobre sus pobladores señala:

...están los indios llamados de Ah Itzá en una isleta fuerte. Dicen ser más de dos mil y, en la tierra adentro tienen pueblos. Después está Acalá, y Lacandón, más abajo, gente infiel.³¹

Por lo que respecta a las condiciones naturales de la selva lacandona a mediados del siglo XVI, el oidor de la Audiencia de Guatemala, Arévalo Sedeño, refiere:

Los montes y valles son altos y ásperos, muy cerrados de arboledas, malezas y arcabuco. No se puede andar ni romper por ellas. Los indios tienen veredas por do andan y caminan desnudos. Y, si alguno lleva camisa o manta, se la quita y pone debajo del sobaco porque no se le rompa.

Las maderas y árboles que tienen son pinos muchos y muy buenos, liquidámbares, cedros, robles, encinas, zarzas, espinos, palmitos, palmas y parras silvestres, y otros infinitos de la tierra no conocidos ni nombrados en nuestra España...Hay también copal, michoacán, china.

...hay muchos tigres y leones, micos, zorros, cabras montesas, cual o cual venado, algunos conejos (no hay liebres); hay puercos y perros monteses, que destruyen las sementeses [sic]; hay monos grandes como mastines feos y horribles...hállanse algunas dantas...Hay muchas culebras y víboras, y en gran diferencia...hay muchas y diferentes aves como son águilas, garzas, gaviotas...muchos y diferentes papagayos. Hay algunos faisanes y pocas perdices.³²

³¹ Francisco de Viana, Lucas Gallego y Guillén Cadena, "Relación de la Provincia y Tierra de la Verapaz...", en: René Acuña ed., *op. cit.*, p. 201-222; p. 205-206.

³² *Op. cit.*, p. 206-209.

Sobre sus pobladores señala:

...están los indios llamados de Ah Itzá en una isleta fuerte. Dicen ser más de dos mil y, en la tierra adentro tienen pueblos. Después está Acalá, y Lacandón, más abajo, gente infiel.³¹

Por lo que respecta a las condiciones naturales de la selva lacandona a mediados del siglo XVI, el oidor de la Audiencia de Guatemala, Arévalo Sedeño, refiere:

Los montes y valles son altos y ásperos, muy cerrados de arboledas, malezas y arcabuco. No se puede andar ni romper por ellas. Los indios tienen veredas por do andan y caminan desnudos. Y, si alguno lleva camisa o manta, se la quita y pone debajo del sobaco porque no se le rompa.

Las maderas y árboles que tienen son pinos muchos y muy buenos, liquidámbar, cedros, robles, encinas, zarzas, espinos, palmitos, palmas y parras silvestres, y otros infinitos de la tierra no conocidos ni nombrados en nuestra España...Hay también copal, michoacán, china.

...hay muchos tigres y leones, micos, zorros, cabras montesas, cual o cual venado, algunos conejos (no hay liebres); hay puercos y perros monteses, que destruyen las sementeses [*sic*]; hay monos grandes como mastines feos y horribles...hállanse algunas dantas...Hay muchas culebras y víboras, y en gran diferencia...hay muchas y diferentes aves como son águilas, garzas, gaviotas...muchos y diferentes papagayos. Hay algunos faisanes y pocas perdices.³²

³¹ Francisco de Viana, Lucas Gallego y Guillén Cadena, "Relación de la Provincia y Tierra de la Verapaz...", en: René Acuña ed., *op. cit.*, p. 201-222; p. 205-206.

³² *Op. cit.*, p. 206-209.

Todos estos conocimientos fueron obtenidos por los españoles durante sus incursiones por la selva en busca de poblados indígenas, incursiones que, como hemos visto se caracterizaron por ser exclusivamente de carácter militar.

Después de aquellos primeros encuentros entre españoles e indios de la región, llegó a Guatemala en el año de 1537 fray Bartolomé de las Casas, quien luchó enérgicamente para que la conquista armada, realizada hasta entonces, fuera reemplazada por la predicación evangélica.

II.1. *Los misioneros en la selva Lacandona*

Con la fundación del obispado de Guatemala en 1534 y por invitación de su primer obispo, Francisco Marroquín, Bartolomé de las Casas dejó la isla La Española y pasó a Nicaragua. Sin embargo, muy pronto el dominico empezó a tener problemas con el gobernador Rodrigo de Contreras que era partidario de la conquista armada. Por ello, Las Casas aceptó los nuevos ofrecimientos que en repetidas ocasiones le había hecho Marroquín para ir a Guatemala, y hacia allí se dirigió con sus compañeros fray Luis de Cáncer y fray Pedro de Angulo.

Ya en Guatemala, y contando con el apoyo del obispo, Bartolomé de las Casas dirigió su atención hacia la Tierra de Guerra "...ya que no había otra tierra por conquistar por estas provincias cercanas a Guatemala..." ofreciéndose para conseguir el sometimiento del territorio por medio de la aceptación de "la fe católica sólo con la palabra de Dios"³³.

Para este fin, Las Casas entabló negociaciones con el licenciado Alonso Maldonado, oidor de la segunda Audiencia de México, y quien en ese momento se encontraba en Guatemala reemplazando en el gobierno al adelantado Pedro de Alvarado desde el 10 de mayo de 1536, ejerciendo la doble función de inquisidor y gobernador interino de esa ciudad, y quien, además, gozaba de la fama de ser hombre justo y defensor de los indios³⁴.

A través de estas pláticas, el misionero dominico pretendía obtener el beneplácito de las autoridades para su proyecto de conquistar pacíficamente los territorios que todavía permanecían insumisos en las gobernaciones de Chiapas y Guatemala, es decir, de la Tierra de Guerra, que como ya he señalado incluía las provincias de Tezulutlán y Lacandón, y de paso asegurar la presencia de los dominicos en esa región.

Como resultado de las conversaciones entre Las Casas y Alonso Maldonado, el 2 de mayo de 1537 se estableció un acuerdo que sirvió de base para la posterior

³³ Ximénez, *op. cit.*, vol. I, lib. II, cap. XII, p. 186.

³⁴ Saint-Lu, *op. cit.*, p. 47-49.

autorización real del trabajo misionero que habría de realizarse por los religiosos de la orden de Santo Domingo en la Tierra de Guerra, y a pesar de que en el escrito no se define claramente la extensión geográfica de ésta, en las reales cédulas de 1543 y 1544, en las que se confirman las condiciones pactadas en este tratado, se menciona que se trataba de las provincias de Tezulutlán y Lacandón. Esta puntualización abarca un territorio muy vasto y casi desconocido para los españoles, en donde se creía habitaban los lacandones y sus aliados³⁵.

Como todo tratado, las llamadas Capitulaciones de Tezulutlán, establecían diversas condiciones que, por cierto, hubieran sido muy difíciles de pactar sin los ideales de justicia que caracterizaron tanto a Las Casas como al licenciado Maldonado. En ellas, Maldonado se comprometió a abrir la Tierra de Guerra por medios pacíficos, a conseguir el sometimiento voluntario de sus habitantes y a que todos los indios que fuesen reducidos por los misioneros no pudieran ser entregados en encomienda a ningún colono español, sino que se someterían directamente a la corona española, convirtiéndose así en vasallos del rey. Además, se pactó que por un periodo de cinco años, contados a partir de la llegada de los primeros frailes doctrineros a la región, ningún español podría penetrar al territorio mencionado so pena de graves sanciones, a excepción hecha del gobernador, quien debería cumplir con la condición de ir acompañado de los religiosos³⁶.

Una vez pactado este acuerdo, de inmediato, Las Casas y sus compañeros fray Luis de Cáncer, fray Rodrigo de Ladrada y fray Pedro de Angulo (quien posteriormente sería obispo de la Verapaz), trabajaron en la búsqueda de una estrategia que les permitiera incursionar por Tezulutlán sin que fueran confundidos con espías militares españoles, confusión que no sólo comprometería el éxito de la empresa sino que seguramente, también acabaría con sus vidas.

Hablar de la manera en que los frailes dominicos lograron entrar y establecer los pueblos de Sacapulas y Cobán, ambos localizados en la Tierra de Guerra, no es el objetivo de este trabajo, pero sí señalaré algunos de los logros de los misioneros por su

³⁵ Jan de Vos, *op. cit.*, p. 77.

³⁶ Ximénez, *op. cit.*, vol. I, lib.II, cap.XIII, p.187-188.

relación indirecta --en un principio-- con los lacandones. Y digo que esta primera labor misionera afectó indirectamente a los lacandones, porque debido al hecho de que fuesen reducidos algunos pueblos del área que nos ocupa, se alteró el delicado equilibrio económico, social y territorial de las comunidades selváticas; posteriormente, lo sería de una manera directa, ya que los nuevos pueblos de paz se convirtieron en aliados de los españoles en su objetivo de conquistar la Tierra de Guerra.

Para poder entrar a Tezulután los misioneros dominicos enviaron, por medio de ciertos mercaderes indígenas, un mensaje a los habitantes de Sacapulas y Cobán, recibiendo a manera de respuesta una invitación del cacique del primer poblado para que fuesen a explicar las palabras del evangelio que los frailes les habían enviado. Para dar la seguridad de que no se trataba de una trampa, los religiosos decidieron que solamente uno de ellos iría al poblado. Fray Luis de Cáncer fue el misionero elegido.

Fray Luis fue recibido con grandes festejos en Sacapulas, y en poco tiempo logró bautizar a sus habitantes y evangelizar a algunos de los pequeños poblados aledaños. Acto seguido a este inesperado éxito, el dominico regresó a la ciudad de Guatemala para informar a Las Casas de los acontecimientos. Y durante la ausencia de Fray Luis, el cacique de Sacapulas, bautizado con el nombre cristiano de don Juan, realizó un casamiento entre su hermano y la hija de un principal del pueblo de Cobán, mismo en el que se aceptaron algunos de los preceptos marcados por el catolicismo.

Por su parte fray Bartolomé al tener conocimiento del éxito de la misión decidió ir al poblado indígena en compañía de fray Pedro de Angulo. Esta misión evangélica logró en un lapso de dos años la reducción de varias comunidades, la fundación del pueblo de Rabinal y la erección de Cobán como cabecera de doctrina, poblado que en 1544 con la creación de la diócesis independiente de la Verapaz, se convirtió en ciudad con iglesia catedral³⁷.

A partir de la fundación de Rabinal, Las Casas comenzó a influir sobre los caciques y nobles de otros grupos indígenas, convenciéndolos de que se trasladaran con su gente a nuevos terrenos en lugares más accesibles, donde se fundarían nuevos poblados

³⁷ Cfr. *Ibidem*; Antonio de León Pinelo, *op. cit.*, p. 13.

según el modelo español, y en los que se respetaría su autoridad, para así integrarlos más fácilmente al sistema colonial. Este tipo de concentraciones y desplazamientos de la población indígena recibió el nombre de *reducción*. En este sentido, la reducción de los indios suponía para los españoles cubrir la región con un gran número de fundaciones controlables, y por tanto, explotables económicamente, que permitirían "abrir" o hacer accesible el territorio ³⁸.

Ante estos inesperados y rápidos avances en el proceso de pacificación, el entusiasmo de los predicadores los llevó a pensar que la total reducción de la región se encontraba muy próxima, por lo que desde 1539 el nombre de Tierra de Guerra empezó a ser sustituido, por los dominicos, por el de Verapaz. Sin embargo no fue sino hasta 1547 que esta nueva denominación se hizo oficial, creándose la provincia de la Verapaz, en la que quedaba incluida la del Lacandón. Este nombre fue elegido debido a que su pacificación se logró de acuerdo con la idea Lascasiana, es decir, tan sólo "por la palabra de Dios" ³⁹. Sin embargo, el entusiasmo mostrado por los dominicos fue prematuro pues, si bien era cierto que se había logrado la reducción de algunos poblados indígenas, también lo era que aún quedaba un enorme territorio que no sería reducido sino hasta más de un siglo después.

Hacia 1539, siendo testigo el licenciado Alonso Maldonado del éxito del proyecto de pacificación dominico, y quizás presionado por los intereses de los colonos españoles o porque vio la oportunidad de obtener algunos beneficios personales —o ambas cosas a la vez—, inició una campaña contra algunos de los pueblos recién fundados en Tezulutlán y distribuyó a muchos de sus habitantes entre los encomenderos de la región. Ante esta flagrante violación de lo pactado en 1537, Las Casas protestó vivamente pero muy poco fue lo que consiguió al enfrentarse con los intereses de los encomenderos, funcionarios, e incluso a los de otras órdenes religiosas que ahora veían con malos ojos la gran zona de

³⁸ Nicolás de Valenzuela, *Relación en que se contiene lo ejecutado...*; edición de Götz Freiherr, *op. cit.*, vol. II, p. 16-17, 24-25, 195 y 256.

³⁹ León Pinelo, *op. cit.*, p. 14 y 15.

influencia lograda por la orden de los predicadores. Para todo este grupo, aquella tierra "...que ha estado siempre de guerra y nunca ha servido..."⁴⁰ de pronto se volvió susceptible de ser explotada, por lo que a partir de ese momento renació el interés por conquistarla, y continuamente los encontramos en oposición, franca o velada, con los dominicos.

Todos estos acontecimientos hicieron que Bartolomé de las Casas, en ese mismo año de 1539, regresara a España para intentar conseguir el apoyo de la corona para sus planes de pacificación y para buscar nuevos misioneros que lo ayudaran en la empresa. Así, el 9 de enero de 1540 obtiene una real cédula para el gobernador y el obispo de Guatemala. En ella se confirma el contenido de las capitulaciones de Tezulutlán, y de esta manera es que por vez primera Carlos V concede a la orden de Santo Domingo la protección de la Tierra de Guerra o Verapaz⁴¹.

Sin embargo, pese a su logro, Las Casas no regresa a América y permanece en España luchando por sus ideas y al año siguiente logra la real ratificación de las capitulaciones. También influye en la elaboración de un cuerpo de ordenanzas reales publicadas el 20 de noviembre de 1542 y que son conocidas como las Leyes Nuevas. En ellas se establecía que las colonias españolas serían gobernadas por Audiencias Reales (tribunales formados por un reducido número de oidores encabezados por un presidente) que, de entre sus principales obligaciones, destacarían la de evitar la esclavitud del indio y la de dar fin a los abusos que existían dentro del sistema de encomienda y repartimiento de indios⁴².

⁴⁰ En este caso el término de "nunca ha servido" debe entenderse como *nunca ha redituado*. "Carta a S.M. del Lic. Maldonado...", en: Jorge García Granados (ed.), *Libro viejo de la fundación de Guatemala y papeles relativos a Don Pedro de Alvarado*. Guatemala, Tipografía Nacional, 1934. 404 p. (Biblioteca "Goathemala" de la Sociedad de geografía e historia, XII); p. 347.

⁴¹ Bartolomé de las Casas, *Doctrina*, prólogo y selección de textos de Agustín Yáñez. México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1992. XXX-174p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 22); p. 168.

⁴² Las llamadas Leyes Nuevas "son de hecho dos Reales Provisiones" en las que los principales puntos abordados son: la reorganización del Consejo de Indias y de la administración de las Indias, el trato a los indígenas, el sistema de encomiendas, el tributario y, además, dan nuevas disposiciones para la realización

Desde 1539 el papa había autorizado la creación de una nueva sede episcopal en Ciudad Real, no sólo para Chiapas, sino con la inclusión del Soconusco, la Verapaz (que abarcaba al Lacandón), Tabasco y la todavía no conquistada península de Yucatán⁴³, pero no fue sino hasta 1544 cuando, en Salamanca, se consagró a su primer obispo: fray Bartolomé de las Casas.

Al año siguiente de su consagración llegó a Ciudad Real el obispo Las Casas en compañía de un grupo de misioneros dominicos con la firme determinación de aplicar las Leyes Nuevas, lo que le atrajo el odio de los colonos españoles que veían en peligro sus intereses. También durante su obispado consiguió la enemistad del obispo Marroquín quien, de apoyarlo pasó a acusarlo de haberle robado gran parte de su diócesis⁴⁴.

Por tener que enfrentar todos estos problemas, al obispo Las Casas le fue imposible pensar en la pacificación de los lacandones, empresa para la que hubiera necesitado de un gran número de hombres y, lo más indispensable, del apoyo de las autoridades civiles y de los colonos, circunstancias con las que no podía contar.

Con el tiempo los resentimientos hacia el obispo aumentaron en la diócesis, por lo que éste se vio en la necesidad de abandonarla, retirándose primero a la capital novohispana y después a España, desde donde renunció a su cargo episcopal en 1550.

Cuando en 1546 Bartolomé de las Casas se retiró de Chiapas para ir a México todos los asuntos del obispado recayeron sobre sus hermanos dominicos, quienes también tenían que enfrentar el problema de la evangelización de los indios gentiles que habitaban en los confines del territorio a su cargo y entre los cuales se encontraban los lacandones. Los misioneros, ante las numerosas dificultades que tuvieron que arrostrar, siguiendo una

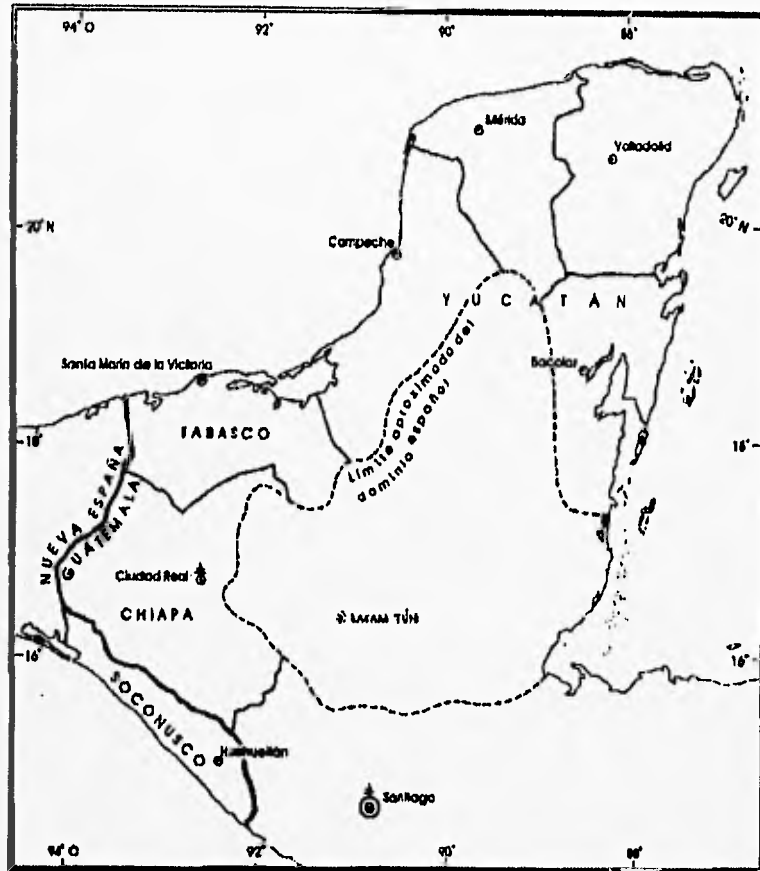
de descubrimientos". Véase: Francisco Morales Padrón, "Las Leyes Nuevas", en: *Teoría y leyes de la conquista*; Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1979. 542 p.; p. 419-447.

⁴³ Peter Gerhard, *op. cit.*, p. 121.

⁴⁴ Antonio de Remesal, *Historia general de las Indias Occidentales y particular de la gobernación de Chiapa y Guatemala*; est. prel. de Carmelo Sáenz de Santa María. México, Editorial Porrúa, 1988. 2 v. (Biblioteca Porrúa, 89 y 90); vol. I, lib. VI, caps. 2 y 3.

una actitud lógica, dedicaron sus esfuerzos a la consolidación de las posiciones logradas y a la organización de la iglesia entre los indios ya reducidos en vez de lanzarse a una empresa tan complicada.

Así, los misioneros dominicos iniciaron su labor obligando a los indios que vivían cerca de la frontera con la selva a abandonar sus asentamientos, estableciéndolos en los pueblos de paz que se fundaron en aquellos parajes que eran más accesibles para los frailes. Pero estas nuevas fundaciones si bien facilitaron a los religiosos y a las autoridades españolas el control de sus habitantes –pues fue una manera de cercar y dominar a la población indígena– también los desguarnecieron, y muy pronto se convirtieron en el blanco de los ataques que en contra de los intereses españoles, y quizá también por viejas rencillas entre comunidades, realizaron los grupos que todavía permanecían en la selva. (*Mapa 3.*)



Mapa 3. La ocupación española a mediados del siglo XVI.

(Tomado de: Gerhard, *La frontera sureste...*, p.13.)

III. INTENTOS PACIFISTAS Y ACTITUD DE LOS LACANDONES

Como ya señalamos, los misioneros dominicos al remover los originales asentamientos indígenas, que en su mayoría se encontraban fortificados o protegidos por alguna característica geográfica o manufacturada --o amabas a la vez--, para llevarlos a parajes más accesibles los dejaron, sin darse cuenta, sin ninguna defensa contra las incursiones de los grupos que aún permanecían en la selva y entre las cuales destacaron las realizadas por los lacandones.

Ya en el año de 1545 la Audiencia de los Confines había informado a la Corona acerca de los continuos ataques sufridos por los pueblos de paz de la provincia de Chiapas, ataques que se atribuían a los lacandones y a sus aliados pochutlas y acaloes; del poco interés que tanto frailes como indios amigos mostraban para contener a los agresores, y manifestando su inconformidad respecto a que la reducción de las comunidades selváticas la realizaran exclusivamente los misioneros dominicos a través de "la palabra de Dios".

Por toda respuesta, la Corona emitió una cédula real el 9 de julio de 1546, en la que exigía a la Audiencia un informe más detallado de los acontecimientos y le pedía enviara sugerencias sobre las medidas que podrían tomarse para remediar tal situación; mientras tanto, ordenaba que se intentara reducir a los lacandones y sus aliados pacíficamente. Así, Alonso Maldonado, ya para entonces presidente de la Audiencia, y los oidores Diego de Herrera y Juan Rogel comunicaron nuevamente sobre los daños

causados por los ataques y aseguraron que solamente por la vía de las armas podrían ser contenidos los infieles ⁴⁵.

Como se recordará, ya desde 1539 Maldonado había dado muestras de su cambio de intenciones con respecto a lo pactado con Las Casas en 1537 al dar en encomienda a muchos de los habitantes de los nuevos pueblos de paz, y ahora argüía que los ataques de los gentiles representaban una gran amenaza para la labor pacificadora que se estaba realizando, dado que éstos originaban inconformidad y deseos de revancha entre los indios que los sufrían, pues, con justa razón, deseaban defender con las armas la integridad de sus familias y sus personas. Con estos argumentos, Maldonado esperaba que la Corona permitiera la organización de entradas militares en la región.

Por su parte, la Corona no prestaba atención a las nuevas circunstancias que se le informaba existían en el área interesada en apoyar el proyecto pacifista de Bartolomé de las Casas quien, como ya señalamos, se encontraba en España defendiendo sus ideas, y continuó enviando reales cédulas que ratificaban las capitulaciones de 1537 ⁴⁶ y corroboraban los privilegios que los dominicos habían obtenido a través de ellas, exhortándolos a que reanudaran su labor pacificadora. Éstos, sin embargo, no avanzaban mucho en sus intentos, pues la mayoría de sus empresas quedaron en eso, en intentos, y los daños causados a los pueblos de paz por los insumisos empezaron a sentirse en la Verapaz ⁴⁷.

Esta situación fue aprovechada por los franciscanos, quienes se encontraban molestos con la posición adquirida por los dominicos, y en 1552 se dirigieron a la Corona, a través de su superior fray Juan de Mansilla, para reivindicar la labor de

⁴⁵ André Saint-Lu, "Un épisode romancé de la biographie de Las Casas: le dernier séjour de l'évêque de Chiapa parmis ouailles", en: *Melangés Bataillon*; Bulletin Hispanique, T. LXIV, p. 233-241.

⁴⁶ Las capitulaciones de Tezulutlán fueron confirmadas en distintas cédulas reales en 1539, 1540, 1543, 1547 y 1551.

⁴⁷ En 1547 el nombre de Tierra de Guerra o Tezulután fue oficialmente sustituido por el de Verapaz, y "es cierto que se incluyó en ella la de Lacandón". León Pinelo, *op. cit.*, p. 14-15.

reducción y pacificación que los religiosos predicadores no asumían; y para reforzar su petición, denunciaron los ataques realizados por los lacandones a los habitantes de Sacapulas y pidieron autorización para entrar a territorio lacandón, lugar que los dominicos no habían pisado todavía ⁴⁸. La Corona no dio tal autorización, pero con fecha de 20 de enero de 1553 envió una cédula real a los dominicos en la que "se les manda y encarga que procuren traerlas de paz [a las naciones gentiles] y poblar allí y hacer casas de doctrina para su conversión" ⁴⁹.

Sin embargo los frailes dominicos no esperaron a la llegada de la misiva real para poner su atención en la zona lacandona, quizá porque tuvieron conocimiento de las intenciones de los franciscanos ya que en el mismo año de 1552 fray Domingo de Vico, prior del convento de Cobán, organizó una entrada a territorio acalae, al oriente de los lacandones, área que había quedado incluida dentro de la diócesis de Chiapas como parte de la Tierra de Guerra.

Poco después ocurrió lo que ha dado en llamarse un "desastre" entre los pueblos de paz o congregaciones de Chiapas que obligó a los misioneros dominicos de esta provincia a considerar la pacificación y reducción de los lacandones y sus aliados como una necesidad urgente, inevitable e inaplazable. Esto ocurrió cuando los vecinos de Lacam-Tún y sus aliados acalae atacaron y destruyeron dos pueblos de indios cristianos, de los cuales uno se encontraba apenas a quince leguas de Ciudad Real --Jan de Vos señala que probablemente estos poblados fueron Ocosingo y Bachajón, pues el primero era el más cercano a la frontera de guerra, y todavía en el año de 1700 se sabe que sus habitantes conmemoraban de manera ritual la llegada de los lacandones; y el segundo, Bachajón, por ser el pueblo donde hasta hoy día se realiza un carnaval en memoria del mismo suceso ⁵⁰--

⁴⁸ Los franciscanos pertenecían a la provincia del Nombre de Jesús, y su sede se encontraba en la ciudad de Guatemala. Sin embargo, pese a todos sus esfuerzos esta orden mendicante no inició su labor en Chiapas sino hasta 1577. Gerhard, *op. cit.*, p. 121.

⁴⁹ Cfr. León Pinelo, *op. cit.*, p. 17-18; Saint-Lu, *La Verapaz...*, p. 284.

⁵⁰ De Vos, *op. cit.*, p. 344.

Contando estos acontecimientos el número de poblados asolados por los lacandones ascendía a catorce. La narración detallada de los ataques a Ocosingo y Bachajón se encuentra en varios documentos de los siglos XVI y XVII por el horror que produjeron, tanto entre indios como entre españoles. Una de las fuentes dice:

...Mataron y cautivaron [los lacandones] mucha gente, y a los niños sacrificaron sobre los altares de las iglesias, y al pie de las cruces, sacándoles los corazones y untando con la sangre las santas imágenes que se veneraban en los templos. Y hecho esto quemaron y destruyeron los pueblos, y llevándoselos cautivos, hombres y mujeres, decían en altas voces: Cristianos decid a vuestro Dios que os defienda; y otros oprovios, indignos aún de referirse; siendo los más de los agresores apóstatas...y lo cual sabido por fray Tomás Casillas, Obispo de Chiapa, salió con la gente que pudo recojer en busca de los infieles y apóstatas con ánimo y deseo de asegurar la tierra.⁵¹

Fray Tomás de Casillas, quien era el sucesor de Las Casas en la sede episcopal de Chiapas desde que éste renunciara en 1550, después de intentar inútilmente llamar a la fe a los infieles y rogarles que no hicieran más daños retornó a Ciudad Real, desde donde pidió ayuda a la Audiencia de Guatemala, pero ésta pudo mostrar su disgusto por la condición de los dominicos rehusándose a enviar tropas, alegando que por varias cédulas

⁵¹ Cfr. León Pinelo, *op. cit.*, p. 16-17; Juan de Villagutierre Soto-Mayor, *Historia de la conquista de El Itzá, reducción y progresos de la de El Lacandón*; Guatemala, Tipografía Nacional, 1933. XXV-516 p. (Biblioteca "Goathemala" de la Sociedad de Geografía e Historia, IX); lib. I, cap. IX, p. 47. Es de hacer notar que por vez primera aparece en las fuentes el término de *apóstata*, y la presencia de éstos no es de extrañar si pensamos en la selva como en una región de refugio a la que acudían los indios que lograban escapar del dominio español, y que al hacerlo es lógico suponer que algunos, o su mayoría, se unían a los grupos que habitaban en la selva.

reales no le estaba permitido hacer la guerra a los infieles del Lacandón.⁵² A esta contrariedad se aunó el levantamiento de cuatro pueblos cristianos, por lo que el obispo Casillas envió una carta a la Corona, con fecha del 3 de septiembre de 1553, dando cuenta de lo sucedido y sugiriendo que

Convendría poner remedio en ello, porque podría perderse aquella tierra, a causa que como los indios cristianos es gente nueva en la fe, y ven cuán maltratados son de los infieles y que no se castigan los malhechores, ni ellos son ayudados de los cristianos españoles, ni de Nos, fácilmente apostatarían, como lo han hecho muchos, que se han ido a morar con ellos...⁵³

Agregando además, que él mismo había ido a la región a llamarlos de paz, recibiendo, a manera de respuesta, los cadáveres de sus enviados.

A pesar del tono de urgencia presente en la misiva de Casillas, la respuesta de la Corona llegó dos años después. En la real cédula del 22 de enero de 1556 dirigida a la Audiencia de Guatemala, se decía que en los informes enviados por los oidores nunca se habían mencionado estos acontecimientos, por lo que se pensó que el obispo había exagerado en su comunicación, o bien, que ya se habría puesto un remedio a la situación; en caso contrario, la Corona recordaba a la Audiencia su obligación de relatar detalladamente los hechos y de tomar las medidas necesarias para que los rebeldes fueran castigados "...como viéredes que conviene y de justicia se pudiere y debiere hacer..."⁵⁴

⁵² *Ibidem.*

⁵³ Remesal, *op. cit.*, vol. II, lib. X, cap. 11, p.422-423.

⁵⁴ *Ibidem.*

Cabe señalar que este documento real es el primero que deja abierta la posibilidad para emplear la fuerza en contra de los lacandones después de las Capitulaciones de 1537. Ello dependiendo de la manera en que el concepto de "hacer justicia" fuese interpretado. Pero la actitud a tomar no dependía exclusivamente de la capacidad interpretativa, sino que, en realidad, a partir de ese momento se pudo contar con una justificación para hacer la guerra a los infieles, justificación que alegaba la defensa y protección de los pueblos de indios cristianos ante los ataques de los gentiles, entre los cuales, según lo señalaba el obispo Casillas en su carta, se encontraban indios apóstatas, y en ese caso la calidad jurídica del indio era diferente, ya que la guerra sí era permitida cuando se realizaba contra aquéllos que ya habían sido bautizados, y por lo tanto eran cristianos que habían renegado de su condición.

Mientras tanto, en España, el Consejo de Indias al darse cuenta de la ambigüedad en la que caía la real cédula de 1556 y queriendo concretar su contenido, le pidió a la Corona autorizara, de manera explícita, el hacer la guerra, específicamente en contra de los lacandones y sus aliados, argumentando nuevamente que ésa era la única vía que haría factible su sometimiento; pero sus peticiones no terminaban ahí, sino que además solicitó que se autorizara a los colonos a practicar la antigua costumbre de esclavizar a los infieles capturados en la guerra, con lo que pretendía motivar a los españoles que residían en la región para que participaran en las luchas de sujeción. Ante estos nuevos requerimientos la Corona se enfrentaba a una gran responsabilidad ya que, de aceptarlos estaría revocando uno de los señalamientos más importantes de los contenidos en el cuerpo de las Leyes Nuevas de 1542, y que expresamente prohibía reducir a la esclavitud a los indios de América, ya fuese por medio de la guerra o del rescate. Ante esta situación y por toda respuesta, la Corona dio al Consejo de Indias plena libertad para tratar el asunto, asegurando que asumiría su decisión ⁵⁵.

Algunos autores señalan, equivocadamente, que fue en la cédula del 22 de enero de 1556 donde quedaron asentadas las disposiciones que se expidieron posteriormente sobre

⁵⁵ De Vos, *op. cit.*, p. 86.

el asunto de la autorización para hacer la guerra a los indios de la región, lo que realmente ocurrió dos años después ⁵⁶.

Mientras en el Consejo de Indias se deliberaba sobre las medidas que debían tomarse para lograr la reducción de los infieles, la Corona recibió de manos de tres frailes dominicos una carta con fecha del 14 de mayo de 1556, en la que los predicadores informaban de la muerte de sus hermanos de orden fray Domingo de Vico y fray Andrés López a mano de los infieles, y se quejaban de la irresponsabilidad de la Audiencia que no actuaba para poner fin a tan desesperada situación.

Este nuevo ataque, realizado por lacandones, había sucedido en el año de 1555, cuando los misioneros dominicos Domingo de Vico y Andrés López penetraron al territorio de este grupo para tratar de remediar la "sangrienta" situación en la que vivían los pueblos de paz.

Los dos misioneros habían decidido realizar su entrada pacífica desde Cobán, con el objetivo de indagar lo que de cierto había en los rumores que aseguraban la apostasía de los indios cristianos del pueblo de San Marcos. Antes de que los religiosos iniciaran su viaje, el cacique de Cobán, don Juan Chamelco, insistió en acompañarlos con trescientos indios fieles, pero los misioneros rechazaron el ofrecimiento aduciendo que un contingente tan grande alarmaría a los lacandones, pero finalmente, cediendo a la insistencia de don Juan Chamelco, aceptaron la escolta de treinta indios cristianos y partieron. Apenas arribaron los frailes y sus acompañantes al pueblo de San Marcos, fueron atacados por los acalaes y los lacandones quienes muy pronto terminaron con los misioneros, sus acompañantes y con todos los indios del poblado que habían aceptado ser bautizados. Es de señalarse que en las fuentes nada se dice de la apostasía de los habitantes de San Marcos ⁵⁷.

⁵⁶ Cfr. Carlos Cáceres López, *Historia general del estado de Chiapas*, México, Imprenta mexicana, 1958. 2 vols. Vol. I, p. 128; León Pinelo, *op. cit.*, p. 16 y 17; Villagutierre, *op. cit.*, lib. I, cap. IX, p. 49.

⁵⁷ Cfr. León Pinelo, *op. cit.*, p. 18-19; Villagutierre, *op. cit.*, Lib. I, cap. IX, p. 49-50.

El cronista Juan Villagutierre de Soto-Mayor, relata que los lacandones y los acalaes se acercaron a fray Domingo de Vico solamente después de que se aseguraron que éste había muerto, y que esta actitud obedecía a la creencia que tenían estos indígenas de que el contacto con un religioso cristiano causaba la muerte, y añade que al dominico le fue sacado el corazón para ofrecerlo al Sol ⁵⁸. Fue de esta manera que la causa de la conquista del Lacandón obtuvo sus primeros mártires.

Cuando estos sucesos fueron conocidos en los territorios ocupados por los españoles, los caciques cristianos de Tezulutlán, Cobán y Sacapulas organizaron por su cuenta varias expediciones punitivas contra los insumisos, lo que enfrentó a los dominicos a uno de los contratiempos más serios de su obra evangelizadora, a más de ser un duro golpe para su política pacifista.

Como ya mencioné, el 14 de mayo de 1556 los dominicos rindieron el informe de estos acontecimientos a la corona española, y por boca de sus emisarios propusieron a su majestad una solución concreta que distaba mucho de los lineamientos seguidos hasta entonces por la orden: sacar a los indios de la provincia del Lacandón y establecerlos en un territorio despoblado que se encontraba cerca de Ciudad Real, agregando que los españoles de Chiapas y Guatemala que participaran en esta reducción, que sería realizada por medio de la fuerza, podrían ser recompensados con los tributos que se obtuvieran de los pueblos fundados ⁵⁹.

Las continuas quejas de los predicadores y la presión del Consejo de Indias hizo que la Corona se pronunciara en favor de la represión armada, lo que quedó establecido en la real cédula del 16 de marzo de 1558. En ella, no sólo se autorizó a hacer la guerra a los infieles, sino que también se ordenó a la Audiencia de Guatemala que sacara a los lacandones y a los pochutlas de sus refugios en la selva y, atendiendo la sugerencia de los

⁵⁸ Villagutierre, *op. cit.*, Lib. I, cap. IX, p. 50. Pienso que esta creencia de los lacandones no es de extrañar si pensamos en las enfermedades que los españoles trajeron al Nuevo Mundo y que eran desconocidas por sus habitantes, además de que por el territorio selvático habían incursionado casi exclusivamente misioneros y quizá por eso a ellos se les atribuyó esa cualidad.

⁵⁹ *Ibidem.*

dominicos, se les estableciera en nuevos poblados que se fundarían entre Ciudad Real y alguna otra ciudad importante, para que de esta manera pudieran ser fácilmente controlados y vigilados, para así "poder evitar sus desmanes". Por lo que toca a la manera de llevar a cabo estas nuevas disposiciones, también se aceptaron los consejos de los predicadores, ya que se estableció que serían los vecinos de la provincia de Chiapas y los de la ciudad de Guatemala quienes realizarían esta empresa y que, a manera de retribución por sus servicios, recibirían los tributos que originarían los nuevos poblados⁶⁰, pero en la cédula real se agregó:

...que si por este medio no se pudiessen sujetar, constando dello por información bastante, se les hiziesse la guerra formada, i los que en ella fuessen pressos, quedassen dados por esclavos.⁶¹

Mientras tanto, y dadas las condiciones que existían en la Verapaz, los dominicos de Chiapas y Guatemala adelantándose al mandato real de marzo de 1558, en enero de ese mismo año celebraron un capítulo provincial en Cobán, en el que se concluyó que el recurso de la guerra no sólo era lícito sino "obligado en conciencia", y que en defensa de los indios ya evangelizados era necesario someter a los infieles⁶².

De esta manera, se abrió una nueva etapa en el proceso de conquista de la selva lacandona, y se dejó atrás la idea de someter al territorio "tan sólo por la palabra de Dios", para dar lugar a una nueva serie de entradas militares que intentarían someter a los lacandones.

⁶⁰ Cfr. Villagutierre, *op. cit.*, Lib. I, cap. IX, p. 49; León Pinelo, *op. cit.*, p. 18-20.

⁶¹ León Pinelo, *op. cit.*, p. 20.

⁶² Villagutierre, *op. cit.*, Lib. I, cap. IX, p. 50.

IV. LAS ENTRADAS MILITARES

A pesar de que la cédula real del 16 de marzo de 1558 se publicó en la ciudad de Guatemala casi un año después, el 3 de enero de 1559⁶³, las autoridades de esa ciudad y de la provincia de Chiapas ya habían iniciado la organización de una entrada de carácter militar a la zona lacandona, esto desde la llegada de la real cédula del 22 de enero de 1556, que dada su ambigüedad parecía lo permitía, pues ellos estaban convencidos de que ésta era la única manera de "hacer justicia" a los pueblos de paz que constantemente se veían amenazados y atacados por los infieles, por lo que vivían en un estado continuo de pánico, además de que estos asaltos constituían una amenaza para las posiciones españolas de la región.

Estos ataques ocasionaron que ya para la segunda mitad del siglo XVI, los lacandones –y bajo este nombre me parece que quedaron ya incluidos sus aliados los pochutlas y acalaes– ganaran la fama, principalmente entre los indios cristianos, de ser verdaderos "criminales" ante los que no había nada qué hacer por la vía de la palabra de Dios.

Entre los preparativos que ya se habían hecho para la realización de esta entrada punitiva en contra de los rebeldes, encontramos el nombramiento de un capitán por parte de la Audiencia de Guatemala para que dirigiera la expedición, cargo que fue para el oidor Pedro Ramírez de Quiñones⁶⁴; y las autoridades de Chiapas hicieron lo propio

⁶³ Remesal, *op. cit.*, vol. II, lib. X, cap. 11, p. 425.

⁶⁴ Ramírez de Quiñones había estado con Gasca en los disturbios del Perú.

nombrando a Gonzalo Dovalle --o de Ovalle o de Valle--, como capitán de las fuerzas que participarían por esta provincia. Este ánimo belicista no fue exclusivo de los colonos españoles del área, como lo demuestra el hecho de que el cacique don Juan Chamelco, cuando recibió la noticia de la autorización real para hacer la guerra a los infieles juró exterminar a los lacandones y a sus poblados, para así poder vengar la muerte de los misioneros Domingo de Vico y Andrés López ⁶⁵ (y seguramente también la de los treinta indios de su pueblo que los acompañaban).

Antes de seguir adelante cabría señalar que la mayoría de las fuentes que narran el desarrollo de la expedición encabezada por el licenciado Ramírez de Quiñones y De Ovalle, efectuada en 1559, la presentan como si se tratara de dos empresas distintas, sin ninguna relación entre sí, y es Villagutierre de Soto-Mayor el único en señalar que ambos contingentes formaban parte de una labor conjunta entre Chiapas y Guatemala para luchar contra los infieles, lo cual parece lógico si recordamos que en ese tiempo, mediados del siglo XVI, la provincia de Chiapas se encontraba bajo la jurisdicción de la Audiencia de los Confines ⁶⁶.

Volviendo a los preparativos de esta entrada militar de 1559, mencionaré a cada grupo participante por separado, ya que así es más fácil percibir la importancia que ésta representó, tanto para Chiapas como para Guatemala. Al parecer, por las características de esta expedición, podría pensarse que su objetivo primordial, además de ser el de la reducción de rebeldes y obtener así las ganancias que ello les proporcionaría, fue un intento de revivir las grandes empresas caballerescas de la reconquista española.

Por lo que toca a la provincia de Chiapas, las autoridades designaron, ya lo habíamos mencionado, a Gonzalo de Ovalle como capitán de la empresa, quien había sido uno de los fundadores de la ciudad de Santiago de Guatemala y en ese momento se encontraba en la provincia de Chiapas. De entre los, aproximadamente, cincuenta

⁶⁵ Duby, *op. cit.*, p. 51.

⁶⁶ Gerhard, *op. cit.*, p. 120.

españoles que se encontrarían bajo su mando, destaca la presencia Nicolás López Izárraga o Lizárraga que era alguacil mayor de la Audiencia. También se organizaron a seiscientos indios de Chiapa y a doscientos de Zinacantán, esto por mandato expreso de la Audiencia, quienes nombraron a sus propios capitanes. Cuando el grupo de participantes estuvo completo se procedió a dotarlos de:

...banderas muy galanas, tambores y trompetas, vistiendo a los mismos con libreas y penachos que lucían bastante bien, al grado de parecer viejos soldados de Italia; además se dotó a cada soldado de un calabazo para transportar agua y que al mismo tiempo en los ríos y lagunas les sirviera para nadar.⁶⁷

Finalmente, se incorporaron tres religiosos como capellanes y, todo listo, partieron a Comitán, lugar en el que se reunirían con el contingente procedente de Guatemala, haciendo gala de sus bastimentos, mismos que, como señala el cronista Remesal, no se habían visto nunca, pues se gastó tanto en ellos que ni los hijos de los expedicionarios pudieron cubrir las deudas contraídas por sus padres para esta empresa⁶⁸.

Mientras tanto en Guatemala, Ramírez de Quiñones en su calidad de capitán general de la expedición reunió a un grupo indeterminado de indios amigos que lo acompañarían; también compró una gran cantidad de bastimentos, tales como trigo, maíz, carnes, cecinas y legumbres⁶⁹, y una vez que todo estuvo dispuesto:

⁶⁷ Cáceres, *op. cit.*, p. 128-129.

⁶⁸ Remesal, *op. cit.*, vol. II, lib. X, cap. 11, p. 426.

⁶⁹ Villagutierre, *op. cit.*, Lib. I, cap. XI, p. 58.

...los capitanes nombrados apercibieron a su gente, e hicieron sus banderas muy galanas, y vistosas, sus tambores y trompetas y todos muy bien vestidos y empenachados; y hicieron armas para todos, lanzas, arcos, flechas, rodelas, escaupiles o cotas todo a costa de sus pueblos.⁷⁰

Ya organizados y pertrechados se dirigieron a Comitán, lugar en el que ambos grupos se encontraron y recibieron la bendición de sus armas y banderas del propio obispo Casillas, quien además hizo regalos a los soldados españoles en los que gastó más de lo que le producían sus rentas en un periodo de dos años⁷¹. Acto seguido, se procedió a organizar a la gente y a designar a aquellos que quedarían en los cargos principales. Así tenemos que Ramírez de Quiñones quedó como capitán general de la entrada, Gonzalo de Ovalle como capitán de la gente española, Juan de Guzmán como maese de campo y Nicolás Lizárraga como alférez real⁷².

Todo listo, el grande y vistoso ejército emprendió su marcha hacia la montaña pero, viendo que la ruta por la que iban era demasiada cerrada por la exuberante vegetación y no les permitía avanzar con comodidad –recordemos lo "engalanados" que estaban–, se comisionó a los indios de Chiapa para que fueran por delante abriendo el camino, trabajo sumamente rudo que hacía que el grupo no adelantara todo lo rápido que se deseaba. Así pasaron quince días de penoso viaje hasta que sus esfuerzos se vieron coronados. Repentinamente se encontraron en la ribera de una laguna que, para su sorpresa era la del asentamiento lacustre de Lacam-Tún. En ese mismo punto asentaron su real y observaron que los infieles se encontraban fortificados en su peñol, desde donde hacían muy poco caso del ejército que los acechaba.

⁷⁰ *Ibidem.*

⁷¹ Cáceres, *op. cit.*, p. 129.

⁷² Villagutierre, *op. cit.*, Lib. I, cap. XI, p. 58.

Los españoles permanecieron varios días vigilando la actitud de los lacandones. Las fuentes señalan que durante este tiempo los indígenas se alimentaron de los peces y tortugas que podían sacar de las aguas, pero los españoles no quisieron gozar de esta comida fresca pues pensaban que estos animales se alimentaban con los cuerpos de los muertos que los lacandones deberían de arrojar al agua.

Finalmente se rompió la expectativa que reinaba en ambos bandos cuando un grupo reducido de lacandones abandonó el peñol a bordo de unas canoas y se dirigió a los españoles

...mostrando mucho ánimo en el hablar, preguntaban a los nuestros [los españoles]; que qué era lo que querían ó buscaban allí en su tierra. Y respondiéndoles: que sólo iban a verlos, y a hablarles de paz; se retiraban, como que iban a comunicar con los que quedaban en el pueblo; y después volvían diciendo: que ellos querían paz, y ser amigos de los españoles y recibir su religión.⁷³

En la lectura de este párrafo resalta el hecho de la actitud pacífica de ambos grupos, que no parece ir de acuerdo ni con las intenciones del contingente español, ni con la conducta que los lacandones habían mostrado frente al dominio colonial. Los españoles, quizá al conjeturar esto mismo, tomaron por falso el ofrecimiento de paz hecho por los indios, sospechando además que si los lacandones tan sólo enviaban once canoas pequeñas para que ellos cruzaran al peñol aduciendo que no tenían más y "siendo todo falso; porque eran muchísimas las que tenían escondidas" ⁷⁴ pensaron que los irían matando conforme fueran desembarcando en el islote, por lo que brearon uno de los dos

⁷³ *Op. cit.*, p. 61.

⁷⁴ *Op. cit.*, p. 62.

bergantines que llevaban y tan pronto como estuvo listo lo arrojaron a la laguna con la intención de alcanzar la ciudad. La reacción de los lacandones al ver el bergantín que rápidamente se dirigía hacia ellos es descrita en el texto de Villagutierre:

...como los del Lacandón vieron un monstruo tan grande en su laguna, y lleno de tanta gente armada,...se dieron a la fuga.⁷⁵

Sin embargo, si tomamos en cuenta el número de prisioneros que los españoles tomaron en este primer encuentro, y que fue de ciento cincuenta, podríamos pensar que la mencionada fuga no fue todo lo rápida que señala el cronista. Pero si se ha de hacer justicia hay que señalar que la captura de estos lacandones, entre los que se encontraban el cacique y el sacerdote principal, se debió en gran parte a los indios de Chiapa, que debido a la destreza con que se manejaban en el agua atraparon a un buen número de los lacandones que, según las fuentes, huían nadando a través de la laguna.

Antes de seguir adelante, y pese a todas las consideraciones, hay que resaltar el hecho de que los lacandones fueron atacados aunque habían aceptado los requerimientos de los españoles y se habían ofrecido de paz. Esta falta fue reconocida por los conquistadores, quienes justificaron su conducta asegurando que no se podía confiar en los infieles. Que se haya ignorado el ofrecimiento de paz hecho por los lacandones no es de extrañar, ya que, por lo general, los conquistadores los ignoraban y tampoco mostraban mucho interés en que sus requerimientos fuesen aceptados, pues así les estaba permitido hacer la guerra y conseguir con ello los beneficios que ésta les brindaba, como por ejemplo, capturar al enemigo para después esclavizarlo. Pero además, para este caso en particular, no hay que olvidar las enormes erogaciones que los participantes en la

⁷⁵ *Ibidem.*

expedición habían hecho, por lo que es lógico suponer que no les interesó el ofrecimiento, ya que esperaban una compensación.

Con la huida de los lacandones, su ciudad se quedó desamparada y a merced de los españoles, quienes registraron todas las casas y adoratorios que en ella había, descubriendo con gran sorpresa que no se encontraba ningún "ídolo" en ellas – probablemente porque debieron de haberlos llevado consigo, o porque éstos se encontraban en algún otro lugar más oculto y, por lo tanto, más seguro–, sin embargo Villagutierre nos ofrece otra explicación al respecto:

...sólo debían dar adoración al cuerpo solar; pues delante de él, y no de otra forma, ejecutaban sus adoraciones y sacrificios; diferenciándose en esto de los Itzaes y demás naciones de aquellas montañas que tenían, adoraban y sacrificaban a innumerables ídolos.⁷⁶

Acto seguido a esta inspección, los españoles despojaron las casas de los indios "de los escasísimos ajuares, y de los cortos y bastos mantenimientos, que en ellas fueron hayados"⁷⁷, derribando y prendiendo fuego a continuación a todos los edificios que se encontraban en el peñol.

Una vez que Lacam-Tún fue tomada, Ramírez de Quiñones envió a un cabo, según Villagutierre, o al maese de campo según el licenciado León Pinelo, con treinta soldados españoles y un grupo de indios flecheros a dar alcance a los lacandones fugitivos que habían logrado escapar a bordo de sus canoas por el río. Pero esta pequeña expedición no tuvo éxito y regresó al lugar donde estaba asentado el real, entonces se

⁷⁶ *Ibidem.*

⁷⁷ *Ibidem.*

levantó el campamento, se echó a pique el bergantín construido y emprendieron la marcha hacia otro poblado rebelde llamado Topiltepeque.

La expedición avanzaba sin recelo y festejando su triunfo cuando repentinamente, en un estrecho formado por dos cerros, se vieron ferozmente atacados por aquellos lacandones que habían logrado escapar, quienes después de herir a muchos de los soldados españoles y de sus acompañantes indígenas desaparecieron, sin dar oportunidad a que sus enemigos se organizaran para defenderse.

De esta manera, el contingente español cargando con los heridos, los pertrechos y casi sin alimentos llegó finalmente a Topiltepeque, sin embargo, quizá, ya sabedores sus habitantes del grupo que se acercaba abandonaron el poblado, pero dejaron suficientes bastimentos y víveres con los que las tropas se repusieron lo mejor posible. Una vez restablecidos se dirigieron a Pochutla, ciudad que como ya lo habíamos señalado, y al igual que Lacam-Tún, se encontraba en el islote de una laguna y sus habitantes ahora eran aliados de los lacandones.

Aquí, en Pochutla, tuvo lugar una gran batalla de la que resultaron vencedores los conquistadores pero, sin que se sepa la razón --quizá por el estado de su gente--, Quiñones ordenó la retirada, misma que se efectuó aun en contra de la voluntad de muchos de sus hombres⁷⁸.

Así fue que la expedición regresó a Comitán con más pena que gloria; allí los esperaba el obispo Casillas con grandes regalos, pero quedó sumamente contrariado y preocupado al enterarse de que los españoles habían hecho la guerra a los lacandones a pesar de que éstos los recibieron de paz, y posiblemente también porque muchos de los prisioneros se les habían escapado al igual que el dinero invertido en la empresa.

⁷⁸ Cfr. Villagutierre, *op. cit.*, Lib. I, cap. XI, p. 62; León Pinelo, *op. cit.*, p. 21.

Finalizada esta entrada, sabemos que algunos de los españoles que participaron en ella fueron premiados aunque las fuentes no nos señalan con qué. A los indios de Chiapa se les rebajó el tributo que tenían asignado, y a sus principales se les otorgó espada y alabardas, distinciones que les fueron retiradas por el sucesor de Quiñones en la Audiencia de Guatemala, alegando que aquéllas no eran armas para indios ⁷⁹.

Pero no todos los expedicionarios corrieron con la suerte de ser gratificados, y en la obra de Remesal encontramos la narración del caso de uno de los indios que participó en la empresa y quien, para no regresar sin nada a su pueblo llevó consigo una cesta de piedras, cuyo peso "le hizo sudar mucho", y "su mujer, codiciosa de las riquezas que entendía que el marido traía de la guerra abrió el chicubite y como le iba aligerando iba también apedreando al que le había traído aquellas alhajas a casa" ⁸⁰.

Por lo que toca a la suerte de los prisioneros lacandones que no pudieron escapar, el obispo Casillas se opuso a las intenciones de Quiñones de querer marcarlos con el hierro de guerra para esclavizarlos, basando su defensa en la actitud pacífica que habían mostrado en el momento del encuentro. Por otra parte, León Pinelo asegura que a los pocos días de haber llegado a Comitán, estos lacandones huyeron uno a uno hasta que escaparon todos ⁸¹. Y el investigador Jan de Vos, asegura que éstos fueron llevados presos a Guatemala desconociéndose la suerte que tuvieron allí ⁸².

En lo concerniente a los lacandones que quedaron en la selva, éstos regresaron a su peñol, reconstruyeron sus casas y se hicieron fuertes nuevamente, reanudando casi inmediatamente sus ataques en contra de los pueblos de indios cristianos.

⁷⁹ Cáceres, *op. cit.*, p. 132. En efecto, el otorgamiento de espadas y alabardas a estos indios principales fue una gran distinción, ya que según los preceptos españoles ningún indígena podía portar armas por considerarse que podrían utilizarlas en contra de la seguridad de los conquistadores, es por ello que el sucesor de Quiñones se las retiró.

⁸⁰ Remesal, *op. cit.*, vol. II, lib. X, cap. 12, p. 429-430.

⁸¹ León Pinelo, *op. cit.*, p. 21-22.

⁸² De Vos, *op. cit.*, p. 98.

En este punto quiero resaltar que, mayor éxito que el obtenido por Ramírez de Quiñones en su intento por conquistar la selva lo consiguió el cacique de Cobán, Juan Chamelco, quien además de apoyar al primero, aprovechó las circunstancias y organizó otra entrada por su cuenta para atacar a los acaloes. Tan contundente fue, que los pocos acaloes sobrevivientes se retiraron a territorio de sus aliados lacandones en busca de refugio, y una vez allí, según me parece, se integraron a sus comunidades, pues a partir de ese momento las fuentes ya no hacen distinción entre acaloes y lacandones⁸³.

Resumiendo diré que, si bien la expedición de 1559 no logró la reducción de los indios rebeldes de la selva, sí originó un reacomodo de estas comunidades dentro del territorio. Y también hay que señalar que asestó un fuerte golpe al ideal Lascasiano de conquistar pacíficamente la Tierra de Guerra, pero aun así encontramos un último intento de conseguirlo por esta vía, iniciativa individual del dominico fray Pedro Lorenzo, quien padeció numerosas vicisitudes para lograr sus anhelos de evangelizar a los infieles "tan sólo con la palabra de Dios".

⁸³ Nicolás de Valenzuela, *op. cit.*, vol. II, p. 62 y 66. De Vos, *op. cit.*, p. 97 y 98.

IV.1. *Fray Pedro Lorenzo*

Si bien es cierto que la actuación de este misionero dominico no incidió de manera directa sobre el grupo lacandón considero que debe ser mencionada en un apartado, pues al lograr la reducción de otros grupos indígenas que compartían la selva con ellos, los aisló y debilitó sus estrategias de resistencia ante la dominación española. Además de que, como ya lo mencioné, constituye el último intento en la región de realizar una conquista pacíficamente.

Lo que no logró Ramírez de Quiñones en su expedición contra los lacandones y sus aliados pochutlas lo consiguió, en gran medida, fray Pedro Lorenzo con su labor evangelizadora, ya que redujo a este último grupo rápidamente, "milagrosamente" según las palabras de Francisco Ximénez ⁸⁴.

Fray Pedro llegó de España a la provincia de Chiapas en el año de 1560, y trabajó cerca de veinte años entre las congregaciones tzendales y los grupos rebeldes de la selva lacandona, para lo cual aprendió y llegó a dominar las lenguas tzotzil, tzeltal, chontal y chol ⁸⁵.

Tres años después de su llegada, el misionero decidió evangelizar y reducir a los pochutlas, que junto con los lacandones, atacaban continuamente a los pueblos de paz establecidos en la periferia de la selva ⁸⁶. Para ello, buscó la compañía de diez indios amigos, entre los que se encontraba un pochutla ya convertido, y se dirigió a la ciudad lacustre de Pochutla, en donde fue recibido amistosamente por el cacique, llamado Chanaghoal o Canagual. En tan sólo tres días el dominico logró que el cacique y su gente

⁸⁴ Ximénez, *op. cit.*, t. II, lib. IV, caps. XLVII y XLVIII.

⁸⁵ De Vos, *op. cit.*, p. 102.

⁸⁶ Remesal, *op. cit.*, vol. II, lib. X, cap. XVII, p. 458-460.

se desplazaran a Ocosingo, lugar en el que se les asignó un barrio propio y separado de los demás ⁸⁷.

Al contrario de lo que pudiera esperarse, la reacción de la Audiencia de Guatemala y de los superiores del predicador ante su proeza fue de desaprobación.

La Audiencia no quiso ayudar al misionero con dinero de la caja real para que se abastecieran de lo indispensable los recién llegados mientras obtenían sus propias sementeras ⁸⁸, lo que quizás podría atribuirse al disgusto que le produjo a la Audiencia el que un sólo religioso lograra tan fácilmente y en tan poco tiempo lo que ella no había conseguido con su gran entrada de 1559; pero además, con su conducta, fray Pedro Lorenzo desvirtuaba las peticiones que la propia Audiencia –y la misma orden religiosa también–, hacían a la Corona en favor de que se autorizara el sometimiento por las armas de los pueblos rebeldes.

Es probable que por estos mismos motivos los superiores dominicos también hayan reprobado la conducta del misionero, pues empezaron a quejarse continuamente ante la Corona de que fray Pedro se encontraba fuera de la obediencia de la orden, viviendo además, lejos del control de la congregación ⁸⁹.

Como resultado de estas quejas, las autoridades ordenaron que el religioso fuese recluido en su monasterio, empleando para ello la fuerza en caso de ser necesario. No obstante, y pese a esta disposición en su contra, el predicador consiguió burlar a sus superiores y continuó con su misión evangelizadora entre los habitantes de la selva ⁹⁰, por

⁸⁷ Ximénez, *op. cit.*, t. II, lib. IV, cap. XLVII, p. 150.

⁸⁸ *Ibidem.*

⁸⁹ Esta conducta del misionero fray Pedro Lorenzo, también nos puede hacer pensar que dentro de la comunidad dominica existía una división entre aquellos que creían firmemente en las ideas Lascasianas, y entre los que apoyaban, dadas las nuevas circunstancias, al obispo Casillas.

⁹⁰ De Vos, *op. cit.*, p. 104.

lo que se le consideró como un insubordinado por ambas autoridades: la seglar y la secular.

Después de que tuvieron lugar estos acontecimientos no es fácil dar cuenta precisa de la labor del dominico, pues al parecer la selva también se convirtió en su refugio. Tan sólo se puede afirmar que fray Pedro consiguió la evangelización de varios poblados que se encontraban en la frontera de Chiapas con Tabasco, siendo los más importantes el de Los Ríos, Iztapa, Popane, Usumacinta, Petenecté, Tenosique, Tepetitlán, Macuspana, Aguacapa y Palenque, siendo en este último en donde se conservó su memoria por muchos años. Su labor también se aprovechó para la fundación de las poblaciones coloniales de Tumbalá y Tila, ambos, al igual que Palenque, de habla chol; y las tzeltales de Bachajón y Yajalón ⁹¹.

A manera de conclusión diré que, en la década de los sesenta del siglo XVI se realizó un movimiento de los grupos choles y tzeltales del interior de la selva hacia su periferia, por lo que sus moradores se redujeron aún más, quedando el territorio casi despoblado con excepción de los grupos itzá y lacandón. A estos últimos también los visitó fray Pedro Lorenzo sin conseguir su evangelización ni el que adoptaran algunas de las costumbres españolas, sin embargo les ofreció que, en caso de verse amenazados por otra entrada militar española, acudieran a refugiarse –si es que no para integrarse– al pueblo de Palenque ⁹².

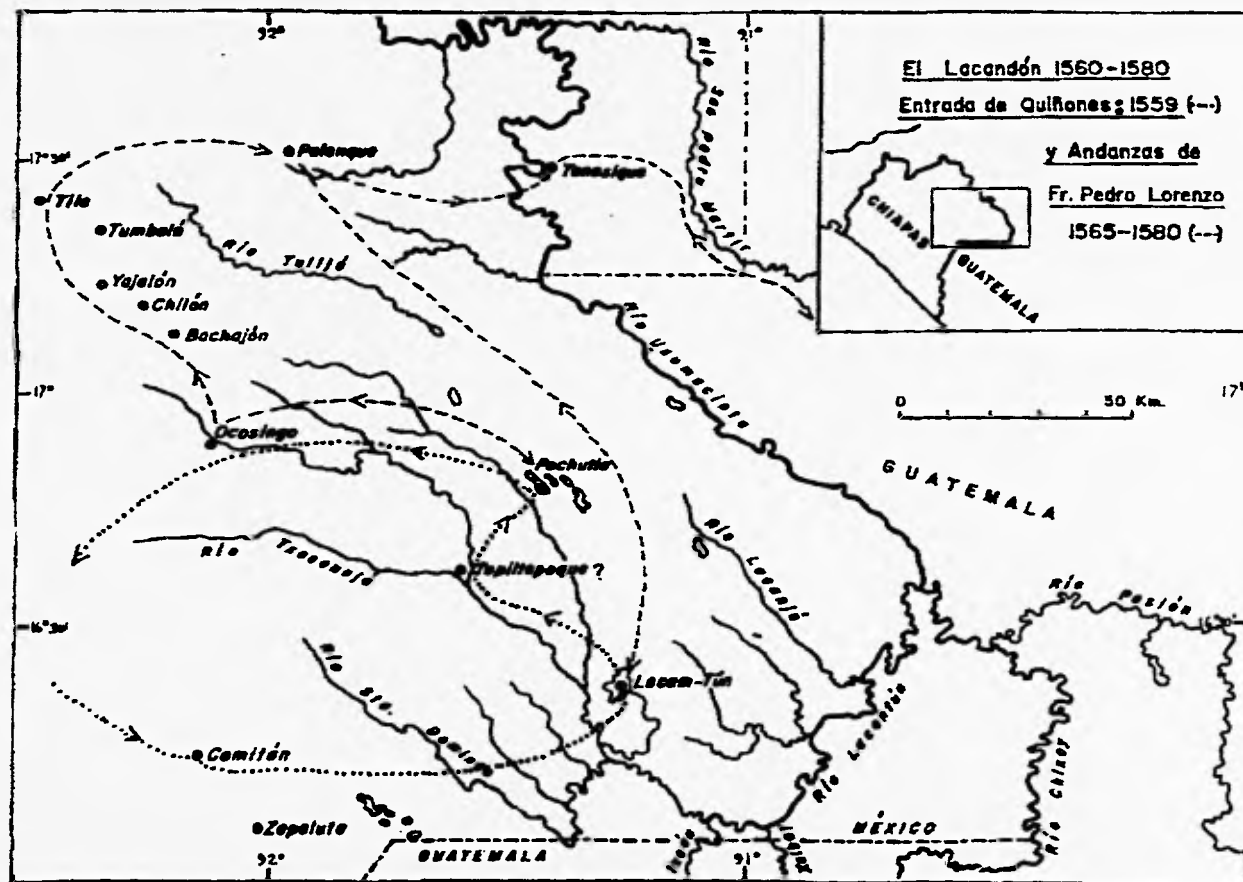
Considero necesario insistir en la negativa lacandona de acompañar al misionero, ya que algunos estudiosos han confundido la reducción de los pochutlas lograda por fray

⁹¹. Véase: Ximénez, *op. cit.*, tomo II, lib. IV, cap. XLVIII, p.151-155; De Vos, *op. cit.*, p. 104.

⁹². De Vos, *op. cit.*, p. 105. Considero importante hacer notar, para aquéllos que tienen confusa la filiación lingüística de los lacandones, que el dominico les ofreció refugio, o la posibilidad de incorporarse, en la única población chol, Palenque.

Pedro Lorenzo con la de los lacandones, tal es el caso de Gertrude Duby y Carlos Cáceres⁹³.

⁹³ Cfr. Cáceres, *op. cit.*, vol. I, p. 136-139. Duby, *op. cit.*, p. 54.



Mapa 4.

[Tomado de: Jan de Vos, La paz de Dios y del Rey, p. 119.]

V. LA ENTRADA MILITAR DE 1585.
SITUACIÓN GENERAL DE LA SELVA LACANDONA A FINES DEL
SIGLO XVI

Al finalizar el siglo XVI la mayor parte de los habitantes de la selva lacandona ya se encontraban establecidos en pueblos de paz e integrados al sistema colonial español, por lo que gran parte del territorio conocido como Tierra de Guerra se encontraba despoblado, y solamente los lacandones y los itzáes, como comunidades, mantenían su gentilidad y continuaban establecidos en la parte meridional de la selva, atacando constantemente a los pueblos de indios cristianos.

Ante esta situación que parecía irremediable, las autoridades de la región volvieron a manifestar sus inquietudes a la Corona. En esta ocasión fue el nuevo obispo de Chiapas, Pedro de Feria ⁹⁴, quien dirigió una carta al monarca español denunciando los daños que causaban los lacandones ⁹⁴. Estas quejas fueron las últimas, pues la Corona respondió con una real cédula, fechada en 17 de enero de 1583, en la que ordenaba, ya sin ninguna clase de miramientos, la organización de una entrada militar que sometiera definitivamente a los rebeldes. Sin embargo, esta real orden tardó tres años en cumplirse, pues fue hasta el 17 de febrero de 1586 cuando partió la expedición.

⁹⁴. Fray Pedro de Feria (1524-1588), dominico, regresó de España en 1575 como sexto obispo de Chiapas, cargo que mantuvo hasta su muerte.

⁹⁴. De Vos, *op. cit.*, p. 109.

Los acontecimientos que tuvieron lugar en esta entrada, que duró desde el mes de febrero hasta el de julio del mismo año, no son mencionados en ninguna de las relaciones escritas por los cronistas de los siglos XVI, XVII o XVIII, con excepción de Francisco Ximénez y Antonio de Ciudad Real, quienes tan sólo señalan que ésta se llevó a cabo ⁹⁵. Quizá sea por esta razón, que la mayoría de los estudiosos contemporáneos hacen lo propio, como es el caso de Ralph Roys, France Scholes, Manuel B. Trens, Eric Thompson y Alfonso Villarojas, entre otros. Es Jan de Vos el único autor que trata detalladamente el desarrollo de esta empresa, y para ello se basó en una documentación que encontró y revisó en el Archivo General de Guatemala, y es por esta obvia razón que me he basado en su trabajo para la reconstrucción de esta entrada de 1586 ⁹⁶.

Para la realización de esta nueva entrada militar, la Audiencia de Guatemala nombró a un hidalgo chiapaneco, don Juan de Morales Villavicencio, "capitán por su majestad para la jornada y pacificación del peñol del lacandón" ⁹⁷ a través de una provisión real, encomendándole también la reclutación, en la provincia de Chiapas, de los hombres necesarios para la empresa que saldría de Comitán para seguir la misma ruta que la de Quiñones en 1559.

A pesar de que para los participantes no se ofrecieron tantos beneficios como los que hubo para los de la entrada anterior, el trabajo de alistamiento no fue muy difícil pues, como los lacandones eran cada vez más osados en sus correrías, llegando incluso a actuar dentro de las fincas españolas, hubo un buen número de voluntarios ⁹⁸.

⁹⁵ Cfr. Ximénez, *op. cit.*, T. II, lib. IV, cap. LXXVIII, p. 252; Antonio de Ciudad Real, *Tratado curioso y docto de las riquezas de Nueva España...*, edición de Josefina García Quintana y Víctor Castillo, prólogo de Jorge Gurría Lacroix, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1976. 2 v. (Serie de historiadores y cronistas de Indias, 6); vol. II, cap. LXI, p. 36-38.

⁹⁶ De Vos, *op. cit.*, p. 109-125. De entre los documentos que para estudiar lo acaecido en la entrada de 1586 maneja el autor, parece ser que el más completo es: *Fee de la llegada al peñol de los lacandones, 1586*, (A.G.G. A1. 12-7011-333).

⁹⁷ Blom, *op. cit.*, p. 6.

⁹⁸ Ciudad Real, *op. cit.*, t. II, cap. LXI, p. 36-37.

El ejército que partió de Comitán en 1586 bajo las órdenes de Morales de Villavicencio, fue más pequeño que el que participó en la entrada anterior, ya que contaba con cuatrocientos cincuenta hombres, de los cuales cuarenta y dos eran vecinos españoles de Ciudad Real, setenta y nueve de Comitán, ciento setenta y cinco de Chiapa de Indios, cuarenta y dos de Coapa, treinta de Ocosingo, veinticinco de Bachajón, veinte de Topiltepeque y veinticinco de Ixcatepeque. Es fácil notar que, al igual que en la expedición de 1559, los indios de Chiapa formaron el contingente más numeroso. Por otra parte, es importante señalar la presencia de los indios bachajones y topiltepeques, antiguos enemigos de los lacandones, que en esta expedición se convirtieron en valiosos acompañantes de los españoles, no sólo por el conocimiento que poseían del territorio, sino también de las costumbres del enemigo; pero más preciada fue la presencia de dos indios, uno de ellos cacique de Topiltepeque y el otro vecino de Coapa, quienes por haber vivido en calidad de prisioneros entre los lacandones se encontraban muy familiarizados con su lengua.

Como ya mencioné, la expedición partió de Comitán el 17 de febrero de 1586, y después de quince días de penosa marcha arribó a la laguna del Lacandón, y asentó su real en el mismo sitio en que lo habían hecho los hombres de Quiñones.

A continuación, los españoles procedieron a ocupar el desagüe de la laguna que se encontraba por su parte oriental, para así bloquear a los sitiados su salida hacia el sur, por los ríos Azul y Jataté. Después, el capitán Morales de Villavicencio mandó proclamar por tres veces el requerimiento prescrito por las leyes de Indias, mientras que por su parte "los lacandones, yendo y viniendo en sus canoas ligeras, se burlaron abiertamente de los españoles, engañándoles con vagas promesas de sumisión."⁹⁹

Sería interesante conocer en qué consistía la vaguedad de las promesas de los indios, o si por el contrario, los españoles las calificaron así para tener la justificación, de acuerdo con las leyes de Indias, de hacerles la guerra y obtener mayores beneficios de la

⁹⁹ De Vos, *op. cit.*, p. 111.

empresa; por otra parte, también es muy probable que, debido a la experiencia obtenida de la entrada anterior, los lacandones no tomaran en serio estos requerimientos.

Pasaron veinte días, durante los cuales ambas partes se mantuvieron expectantes, hasta que una noche "particularmente oscura" los lacandones aprovecharon para embarcarse, por el lado opuesto del peñol, y alcanzar la orilla septentrional del lago, desapareciendo a continuación entre la espesa vegetación. Así que, cuando a la mañana siguiente los españoles entraron al poblado lo encontraron abandonado. Poco tiempo tardaron los intrusos en darse cuenta de que los papeles se habían invertido: ellos, los conquistadores, ahora se encontraban en el islote, mientras que los lacandones los rodeaban desde el litoral.

Rápidamente, los lacandones iniciaron el ataque contra los españoles enviando a un grupo de hombres armados con arcos y flechas a bordo de diez canoas y dio principio la contienda, que no duró mucho tiempo, pues los lacandones al comprender la superioridad de las armas españolas, se retiraron hacia el norte, después de recoger a sus heridos y muertos que flotaban en las aguas.

Por su parte, los españoles se dedicaron a inspeccionar las zonas aledañas al lago en busca de los fugitivos, pero sus esfuerzos fueron vanos, por lo que procedieron a organizarse para incursionar a través de la selva desconocida.

Este reconocimiento duró trece días, durante los cuales los españoles encontraron y destruyeron más de cuarenta milpas que pertenecían a los lacandones y que éstos tenían distribuidas en parajes cercanos a su ciudad, pero su mayor éxito fue la captura de un guerrero lacandón.

A través de tan valioso prisionero, los españoles tuvieron conocimiento del plan de guerra de su enemigo, que consistía en la formación de pequeños grupos que se retirarían cada vez más hacia el interior de la selva en busca de las milpas más escondidas e inaccesibles que tenían, y desde allí esperarían a que se retiraran los invasores. Pero, en previsión de que este plan no diera resultado, tenían pensado ir a refugiarse al pueblo de

Palenque lugar a donde, como ya lo habíamos mencionado (*vid supra*), habían sido invitados por fray Pedro Lorenzo, su fundador, en dos ocasiones.

Con esta información, los expedicionarios regresaron a la laguna, y por órdenes de Morales de Villavicencio se exploró cuidadosamente toda su área meridional de la siguiente manera: un grupo navegó en canoas hacia el río Jataté o Pasión; otro, incursionó río abajo, por el desaguadero y el río Azul; mientras que un tercero se internó en la selva.

Éste último se topó, a unas ocho o diez leguas de la laguna, con una ranchería de unas veinte casas cuyo nombre era Cabenal ¹⁰⁰, sin embargo, también estaba abandonada.

Pese a todas estas contrariedades, el capitán español no perdía la esperanza de que los lacandones cayeran en sus manos, por lo que se organizó a un nuevo grupo para que se dirigiera a las montañas del norte. A su paso, la pequeña tropa acabó con cuarenta y cinco milpas recién sembradas, y logró apresar a otro guerrero lacandón, del que también obtuvieron valiosa información.

En el interrogatorio a que fue sometido, el prisionero dijo que los suyos no pensaban rendirse pese a que cada día se encontraban más desesperados y acosados por el hambre; que en un principio habían decidido formar una delegación de personas principales para ir a ofrecer la paz a los españoles pero que, ante la táctica española de la tierra quemada, determinaron continuar la lucha hasta el final.

Para entonces, los españoles llevaban ya cuatro meses en la selva y también habían empezado a sufrir por la falta de bastimentos, así que a fines del mes de junio decidieron hacer un último intento para dar con su huidizo enemigo.

¹⁰⁰ Es muy probable que este asentamiento fuese lacandón, ya que poco más de un siglo después de estos acontecimientos, cuando se fundó el pueblo de Nuestra Señora de los Dolores del Lacandón, uno de sus caciques se llamaba Cabnal, nombre que seguramente es el mismo que el de Cabenal.

Con este fin, un grupo se dirigió hacia las montañas del noreste con la instrucción de hacer un triple requerimiento en los dos lugares en los que habían sido capturados los guerreros lacandones. Este requerimiento difería del que había sido hecho anteriormente y, en efecto, se hizo en alta voz desde la cima de un cerro y en cuatro lenguas distintas que fueron: castellano, náhuatl, tzeltal y lacandón (chol).

Pienso que es interesante reproducir el texto de este requerimiento, pues es uno de los pocos ejemplos que al respecto se ha conservado. Éste decía así:

...Lacandones taluca chiquín, mira que os vengo a hablar de parte del Capitán, el cual dice que no tengais miedo, que él no os quiere hacer mal, que solamente quiere que salgais de esta tierra porque no hagais de aquí adelante mal a los cristianos, que escojais vosotros a dondequereis estar y hacer vuestro pueblo, si quereis entrar en Ocosingo o en Comitán, o en Utatlán, que es pueblo del Capitán, o en Chiapa, o en Palenque, o a donde vosotros quisiéredes, y que escojais, y que allí hareis vuestro pueblo, y estareis con vuestras mujeres e hijos a vuestro placer, y os daran tierras a donde hagares vuestras milpas y sembréis vuestro cacao, y que tendreis todo lo que hubiéredes menester y no pagareis tributo en seis o siete años, sino que tan solamente hareis lo que hubiéredes menester, y cuando salgais os dará maíz, ají y frijoles, y sal y gallinas que criéis y comaís; y que salgais de aquí a ocho días o enviéis a vuestros mensajeros a hablarle, y no les hará mal sino tornarán a venir a donde vosotros estais a deciros sus palabras; y si no quereis hacer lo que os dice, ni salir por bien y de paz como os llama, que todos os habeis de morir así de hambre, y los españoles y chiapas os han de buscar y os han de atar y hacer esclavos: por eso venid y no tengais miedo y que recibais sus palabras en vuestro corazón, que ocho días os da de término, que vengan vuestros mensajeros; y los españoles que aquí están no vienen a hacerles mal ninguno, sino que vienen conmigo para que yo os

hable, y luego nos hemos de ir al peñol y donde está el Capitán, por eso vayan allá vuestros mensajeros y hagan humo junto a la laguna, y vendrá una canoa por ellos para que vayan a donde está el Capitán, que tiene muy buen corazón y os tratará muy bien, no tengais miedo, no tengais miedo, y vuestros mensajeros tornarán luego a volver...¹⁰¹

Hay que observar en este documento la cantidad de veces que los españoles piden a los lacandones que dejen de sentir temor hacia ellos, los grandes favores que se les ofrecen y tan sólo, en una ocasión, advierten lo que pasaría en el caso de que no se presentaran pacíficamente y de buena voluntad.

Fue el propio Morales de Villavicencio quien redactó este requerimiento y ordenó a don Francisco Méndez que lo pregonara. La orden se ejecutó en el mes de julio de 1586, y a pesar del tono benevolente en el que está redactado, los lacandones no dieron ninguna respuesta, por lo que el capitán español en su afán de reducirlos hizo una concesión más: liberó a uno de los prisioneros para que fuera en busca de los suyos con un mensaje en el que se decía que en caso de rendirse, los lacandones recibirían mayores favores, incluso se les ofreció lo que parecería una cierta libertad religiosa, que obviamente no podría ser tolerada. Este mensaje decía así:

...en cuanto a ser cristianos, no se les haría fuerza para que lo fueren, porque aquello no se podrá hacer, ni Dios lo quería, sino los que hubiesen de ser cristianos, lo fuesen muy de su voluntad y así que lo que haría en este caso era que los Padres Religiosos les predicaran la palabra de Dios y que, si Dios fuese servido alumbrarles los corazones, serán cristianos,

¹⁰¹ De Vos, *op. cit.*, p. 117 y 165.

pidiéndoles ellos de su voluntad, y si no, que no se les habrá de hacer por ello ningún mal...¹⁰²

Acerca de esta comunicación de Morales de Villavicencio, es importante señalar que no fue hecha de manera oficial, sino absolutamente personal.

De cualquier manera los españoles no obtuvieron ninguna noticia de los lacandones, peor aún, el prisionero liberado no regresó, y el otro logró escapar cobijado por la espesura de la selva.

Ante estas circunstancias los conquistadores, que ya para entonces se encontraban cansados y desilusionados, destruyeron por completo la ciudad desocupada de Lacam-Tún, siendo así asolada por segunda ocasión. Sobre sus ruinas, el capitán español plantó una gran cruz de madera a la que el ejército adoró, y un poco más lejos se levantó una horca con una soga de nudo corredizo "para que los lacandones no se atrevieran a tocar la cruz y entendieran que quien lo hiciera sería ahorcado."¹⁰³

El 7 de julio de 1586 la expedición emprendió el retorno hacia el pueblo de Ocosingo, a donde llegaron diez días después. Desde allí, españoles e indios regresaron a sus casas sin haber conseguido ni gloria ni esclavos, muy por el contrario, lo que obtuvieron la mayoría de ellos fueron enfermedades ocasionadas por la deficiente alimentación y por el clima perjudicial de la selva, en la que habían estado casi medio año. Fue el propio capitán Morales de Villavicencio quien despidió a sus hombres, pidiéndoles aliviarse y reponer sus fuerzas para que en los primeros días del siguiente año, pudieran participar en una nueva entrada que él planeaba contra los infieles.

¹⁰² *Op. cit.*, p. 119 y 147.

¹⁰³ *Op. cit.*, p. 112.

En resumen, los resultados de esta expedición, al igual que las anteriores, fue desfavorable para los españoles puesto que los lacandones continuaron viviendo en estado de gentilidad protegidos por su aliado inseparable, la selva.

Sin embargo, Morales de Villavicencio no se conformó con la derrota y, adelantándose a sus propios planes, en el mes de noviembre del mismo año de 1586 planeó realizar una exploración sistemática del territorio selvático en el que moraban los lacandones, esto con el doble propósito de constatar si su táctica de la tierra quemada había dado resultado y, al mismo tiempo, darse cuenta de si el enemigo había vuelto a sembrar o había regresado a su ciudad lacustre. Así mismo, en caso de que los lacandones no hubiesen vuelto a Lacam-Tún, el grupo expedicionario tendría la misión de localizar su nuevo paradero; y todo ello debería de cumplirse para poder organizar lo mejor posible la nueva entrada de 1587.

Para la realización de este reconocimiento se designaron a veinte indios cristianos procedentes de Topiltepeque y Bachajón. La elección no fue hecha al azar, ya que estos indígenas eran grandes conocedores de la región y se encontraban perfectamente aclimatados al medio ambiente, además de que hasta hacía muy poco tiempo habían sido hombres de guerra, por lo que conocían la manera de actuar del enemigo. Una prueba de la animosidad que poseían y de la lealtad que en ese momento mostraban al proyecto español --o de su rivalidad hacia los lacandones--, se evidencia en el hecho de que el cacique principal de los topiltepeques se ofreció para hacer la guerra a los lacandones, pero con la condición de que los españoles no intervinieran, "...indios contra indios..." y "a su modo antiguo" ¹⁰⁴. Realmente creo muy probable que los topiltepeques vieran en ese momento la oportunidad de saldar alguna cuenta pendiente entre ellos y los lacandones.

Las condiciones se aceptaron, por lo que los veinte exploradores indígenas partieron de Ocosingo, el 19 de noviembre de 1586, y durante diez días recorrieron el

¹⁰⁴ *Op. cit.*, p. 113.

área. A su regreso, los expedicionarios llevaron malas noticias al capitán español, pues no pudieron encontrar a ningún lacandón ni vestigio de ellos. Pero por sus informes, el capitán Morales de Villavicencio supo que el peñol de Lacam-Tún permanecía en las mismas condiciones en que él lo había dejado, es decir, que continuaba destruido y despoblado, aunque se habían encontrado rastros de que sus habitantes habían regresado, pues la cruz y la horca que los españoles habían levantado se encontraron derribadas, al igual que los otros refugios y cruces que dejaron en el lugar en que habían asentado su real.

Por la falta de documentación en torno a la proyectada entrada de 1587, parecería que ésta no se llevó a cabo. Si fue así, quizá se debió a que Morales de Villavicencio la suspendió ante el resultado desalentador del reconocimiento ordenado; pero también pudo ser que el capitán no consiguiera despertar entre los colonos de Chiapas el entusiasmo necesario para que nuevamente se aventuraran a participar en otra expedición al interior de la selva. Haya sido como haya sido, la realidad fue que al terminar el siglo XVI los lacandones permanecían infieles dentro de su territorio.

* * *

Llegados a este punto, me parece interesante hacer una comparación entre las dos grandes incursiones militares que en contra de los lacandones se realizaron en el siglo XVI, la de 1559 encabezada por el oidor Pedro Ramírez de Quiñones y la de Juan Morales de Villavicencio en 1586.

Por principio, destaca el hecho de que para la segunda expedición los preparativos fueron menores, al igual que el número de los participantes, lo que muy probablemente se debió a que los colonos españoles no se hubieran repuesto de las deudas que adquirieron para la realización de la entrada de 1559; y quizá por esta misma razón, o porque se dieron cuenta de que ante la táctica del enemigo y por las condiciones de su territorio no funcionaban los grandes aparatos militares, fue que los españoles e indios de Guatemala no quisieron participar en la de 1586.

Por lo dicho anteriormente, resulta ocioso señalar que la entrada capitaneada por Morales de Villavicencio fue exclusivamente chiapaneca, pero sí señalaré que por esta misma razón todas las erogaciones que ocasionó recayeron sobre los habitantes de la provincia de Chiapas, principalmente sobre los encomenderos y sus indios, además de que éstos últimos también fueron obligados a acompañar al ejército conquistador como exploradores, macheteros, cargadores, y en el caso de las mujeres como "tortilleras" o vivanderas. Para los indígenas, participar en una entrada armada significaba, casi siempre, y en el mejor de los casos, la pérdida de su cosecha debido a la ausencia prolongada, la pérdida de animales, de la salud, por los climas malsanos de la selva, sino es que morían al tener que enfrentarse al enemigo o por las enfermedades contraídas.

Por otra parte, a pesar de que Lacam-Tún también fue arrasada por el grupo de Quiñones, sus pobladores retornaron a ella, la reconstruyeron y la habitaron nuevamente; pero no sucedió lo mismo después de la destrucción ordenada por Morales de Villavicencio, pues seguramente por la táctica de la tierra quemada realizada por los españoles en esta expedición de 1586, se puso a los lacandones en una situación difícil, ya que se arruinaron unas cien de sus milpas, sin contar con las sementeras pequeñas, número que, si lo comparamos con el de posibles habitantes de Lacam-Tún —basándonos para ello en las cien casas que dijeron los españoles haber visto—, nos indicaría que éstos se vieron en la necesidad, al menos durante un año, de alimentarse de la caza y de la recolección de frutos silvestres:

...lo que comían eran palmitos y zapotes colorados y caracoles y la caza que podían matar de monos...y que hasta entonces no se había muerto ninguna gente de hambre, aunque...muchas mujeres...estaban enfermas...¹⁰⁵

¹⁰⁵ *Op. cit.*, p. 360.

También es necesario señalar que los dominicos no participaron en la entrada de Morales de Villavicencio, mientras que dieron todo su apoyo a la de Quiñones, y acerca de este hecho el investigador Jan de Vos da la siguiente explicación:

Ya sabemos que Antonio de Remesal no menciona para nada la entrada de Morales de Villavicencio; a no ser que este silencio indicara precisamente que los frailes predicadores no estaban de acuerdo con la expedición militar y por esta misma razón no querían participar en ella. Sabemos por el mismo Remesal que la entrada de 1559 debido a la violencia innecesaria utilizada contra los rebeldes, había causado entre los misioneros cierto remordimiento por haberla apoyado y hasta bendecido.¹⁰⁶

Esta explicación quizá sea correcta, pero en caso de aceptarla no iría de acuerdo con la actitud tomada por los mismos dominicos en contra del fraile Pedro Lorenzo y su labor de pacificación tan sólo utilizando la palabra de Dios. Yo pensaría que tal vez Remesal, que era dominico, no menciona en su obra esta entrada simplemente porque los predicadores no intervinieron en ella.

Por último, si bien la entrada de 1586 no dejó a sus participantes beneficios económicos, sí les otorgó un conocimiento más preciso de los lacandones y del área geográfica que ocupaban. Además, sirvió para comprobar que en ese entonces la selva se encontraba casi despoblada, y si añadimos el resultado obtenido por la exploración indígena ordenada por Villavicencio posteriormente, todo parecería indicar que las zonas de selva aledañas a los pueblos de paz también se encontraban deshabitadas, lo que en gran medida se debió a la labor pacificadora del dominico Pedro Lorenzo.

¹⁰⁶ *Op. cit.*, p. 119.

VI. NUEVO ESTABLECIMIENTO LACANDÓN

Después de la entrada militar española de 1586 y de las dificultades que les ocasionó, los lacandones decidieron, en vez de reconstruir su ciudad ya en dos ocasiones arrasada, buscar otro lugar más apartado en donde establecerse y replantar sus sementeras. Con este objetivo parece que navegaron por el río Jataté con rumbo al sureste ¹⁰⁷.

Después del abandono lacandón de su peñol, éste nunca volvió a poblarse, y es muy probable que para los fugitivos su ciudad lacustre se convirtiera con los años en un lugar prohibido y que conservaran vivo el recuerdo de los acontecimientos que en ella sucedieron. Prueba de ello es el hecho de que en nuestros días esta prohibición ha sido adoptada por los indios a los que hoy confundimos con los antiguos lacandones o lacandones históricos, quienes no quisieron acompañar al investigador Frans Blom a la laguna lacandona, conocida actualmente como de Miramar, arguyendo que tienen una tradición desde tiempos remotos que dice "...que alguna vez vino gente de afuera matando a muchos de sus antepasados con escopetas" ¹⁰⁸.

Debido a la falta de información en las fuentes no se puede determinar con exactitud el momento en que se inició el éxodo lacandón, sin embargo, este debe haber sido poco después de la entrada de Morales de Villavicencio, es decir, entre el mes de julio y octubre de 1586, pues cuando el grupo de indígenas sometidos exploraron la laguna y sus alrededores, en noviembre de ese año, ya no encontraron ningún rastro de ellos, pero

¹⁰⁷ *Op. cit.*, p. 124.

¹⁰⁸ Frans Blom y Gertrude Duby, *La selva lacandona y tierras colindantes*, (Mapa 1: 250 000), 1953. p. 218.

sí los vestigios de la destrucción de los objetos dejados por los españoles. Esto indica que los lacandones regresaron a Lacam-Tún, quizá con la esperanza de encontrar y recuperar algunas de sus pertenencias, destruyeron los rastros de la presencia española e iniciaron su viaje en canoas por el río buscando un nuevo lugar en dónde establecerse.

Para la localización de este nuevo asentamiento lacandón, el llamado Kak Balam, tenemos que adelantarnos en el tiempo más de un siglo, pues fue hasta 1695 que los españoles pudieron dar con su paradero. Pese a todos los años transcurridos desde la migración lacandona de Lacam-Tún hasta el descubrimiento de la nueva Kak Balam, pienso que es muy probable que esta última se haya fundado poco después de la entrada de 1586, pues como veremos más adelante en ese mismo año empiezan a sufrir ataques los poblados de indios cristianos aledaños a esta región.

El nuevo establecimiento de los infieles, se localizó a corta distancia de la margen izquierda del río Lacantún o Lacanjá; aproximadamente a dos leguas río abajo de la confluencia del río Ixcán con el Jataté inferior, lugar en el que ambas corrientes se transforman en el río Lacantún o Lacanjá (*mapa 6*). De la ubicación de este nuevo asentamiento resalta el hecho de que se trate de una posición estratégica, propicia tanto para la defensa como para la retirada.

En resumen, el nuevo poblado lacandón se estableció a unas doce leguas de Miramar (Lacam-Tún), en una gran sabana de poca elevación (entre 250 y 400 m.s.n.m.), que cuenta con la protección natural del río Tzendales al norte; al este y sur con la del Lacanjá y al oeste con la de la sierra Caribe ¹⁰⁹.

En cuanto al nombre indígena de esta fundación, los criterios no se encuentran unificados; por una parte, el cronista real Alfonso de Tovilla, quien estuvo en él, lo

¹⁰⁹ De Vos, *op. cit.*, p. 124-125.

menciona en su crónica bajo el nombre de *Cagbalán* o *Caguatán*¹¹⁰, siendo muy probable un error en la transcripción dos investigadores contemporáneos han emitido su opinión. El primero de ellos es Eric Thompson, quien señala que lo más probable es que el nombre haya sido el de Kak Balam, que significa "Jaguar de Fuego"¹¹¹; y el otro autor es Jan de Vos, quien lo denomina Sac Bahlan, que quiere decir "Tigre Blanco"¹¹².

En lo personal me inclino por la opinión del mayista Thompson, pues me parece más factible que exista un error en la transcripción de dos letras finales que en una inicial y otra final (Cag por *Kak*, y Balaz por *Balam*; que Cag por *Sac*, aunque el sonido de Balan y Bahlan sea igual), además, si "kak" significa "fuego", el término de Kak Balam iría más acorde con las repetidas menciones que aparecen en las fuentes sobre el culto solar practicado por los lacandones.

Como ya lo señalé, una vez que los lacandones se encontraron establecidos en su nuevo poblado de Kak Balam reanudaron sus ataques en contra de los pueblos de paz que se encontraban en las cercanas montañas de los Cuchumatanes, penetrando en esta área a través de los valles de los ríos Ixcán y Chajul¹¹³.

Por la información que encontramos en las fuentes, parece ser que los pueblos cristianos de la provincia de Chiapas nunca volvieron a ser molestados, ya fuese porque éstos se encontraban más retirados de Kak Balam o porque la experiencia había mostrado a los lacandones que sus ataques en esa región eran contestados con entradas militares

¹¹⁰ Alfonso M. Tovilla, "Relación histórica descriptiva de las provincias de la Verapaz y de la del Manché del Reino de Guatemala", en F. Scholes y E. Adams (eds.) *Relaciones histórico descriptivas de la Vera Paz, el Manché y Lacandón, en Guatemala*. Guatemala, Ed. Universitaria, 1960. p. 21-250. (Universidad de San Carlos, 35); p. 208-210.

¹¹¹ Thompson, *op. cit.*, p. 52.

¹¹² De Vos, *op. cit.*, p. 125.

¹¹³ *Ibidem*.

españolas. En Kak Balam los lacandones se encontraban seguros, lo que queda demostrado con el hecho de que por más de un siglo no sufrieron la amenaza de soldados españoles ni las infiltraciones de misioneros.

VI.1. *Nuevas noticias sobre los lacandones*

Sobre los nuevos ataques que los lacandones pronto reiniciaron en contra de los pueblos cristianos, pero ahora entre los más cercanos a Kak Balam, la información aparece en una carta fechada en 1596 redactada por el alcalde mayor de Totonicapán, y que actualmente se encuentra en el Archivo General de Guatemala ¹¹⁴. En ella, el funcionario español reportaba a la Audiencia de Guatemala que "de diez años a esta parte" es decir, desde 1586 --año en el que se realizó la entrada de Villavicencio y el éxodo lacandón--, los lacandones habían saqueado en dos ocasiones el pueblo de San Mateo Ixtatán y una vez el de Santa Eulalia, poblaciones ambas, las más septentrionales del distrito de Huehuetenango. De los daños ocasionados, lo único que se menciona es que secuestraron a unos indios. La misma fuente señala que posteriormente a estos acontecimientos, en 1593, fue atacada la población de Ylón, de donde los lacandones se llevaron a siete hombres, a una mujer y sacrificaron a otra en el lugar.

La siguiente noticia que encontramos sobre los lacandones es con referencia a un nuevo ataque y es dada por fray Francisco Ximénez, quien señala que éste ocurrió en el año de 1609, cuando cerca de Chajul los rebeldes raptaron a un grupo de indios cristianos entre los que se encontraba un niño de nueve años. Este niño logró escapar de sus

¹¹⁴ *Op. cit.*, p. 125, 128-129.

captorees veinte años después para volver a su pueblo natal y brindar valiosa información sobre la comunidad de los infieles ¹¹⁵.

También es importante señalar que en ese mismo año de 1609 el obispado de la Verapaz fue suprimido y se integró al de Guatemala. Acerca de las razones de este hecho el licenciado Antonio de León Pinelo señala la siguiente: "por haberse impedido los aumentos de la Fé y progresos de la predicación que se esperaban en aquellas provincias por las crueldades de los Lacandones" ¹¹⁶; de esta manera y desde ese momento en adelante, todas las disposiciones que se tomaran sobre los lacandones dependerían exclusivamente de Guatemala, y también con esta medida se abrió la zona de influencia dominica a las demás ordenes religiosas.

Después de diecinueve años, durante los cuales los lacandones y sus acciones quedan sumidos en el silencio, en 1628 vuelve a oirse hablar de ellos, y esta vez, por primera ocasión, las quejas son emitidas por el lado de la Verapaz. En ellas se dice que a seis leguas del pueblo de Cobán, en unas milpas pertenecientes a los indios de San Pedro Carchá los lacandones apresaron a siete personas, entre las que se encontraban dos niños que fueron sacrificados en el mismo lugar ¹¹⁷.

El gran número de quejas que fueron presentadas en contra de los lacandones desde la primera mitad del siglo XVI, unidas a la fama que a éstos precedía de ser feroces guerreros, hicieron que la Corona se mantuviera siempre alerta ante este grupo, y como consecuencia de ello durante el siglo XVII se realizaron varias entradas militares, aunque ninguna de ellas tuvo la envergadura de las realizadas en el siglo anterior.

Por lo que toca a los frailes dominicos, después de haber permanecido por largo tiempo en un estado más de observación y consolidación que de acción, a principios del siglo XVII reanudaron su labor de conquista espiritual entre los grupos rebeldes. Sin

¹¹⁵ Ximénez, *op. cit.*, tomo II, lib. IV, cap. LXX, p. 222.

¹¹⁶ León Pinelo, *op. cit.*, p. 22.

¹¹⁷ *Op. cit.*, p. 28.

embargo, en esos momentos sus intereses en el territorio no eran los mismos que cuando se inició la evangelización de Chiapas y la Verapaz. Habían surgido nuevas inquietudes que se manifestaban, por ejemplo, en el interés que tenía la orden –y también las autoridades– por la apertura de una ruta comercial entre la Verapaz y Campeche, y por el establecimiento de prósperas haciendas en aquellas tierras de las que se contaban maravillas. Todo esto hizo que los dominicos se acercaran a las autoridades civiles para unir sus esfuerzos.

Los predicadores ofrecían brindar a los capitanes de las entradas militares que se organizaran la experiencia que tenían sobre los infieles y su territorio, a cambio de que se les otorgara protección armada en el caso de que sus nuevas misiones y los poblados de paz ya existentes sufrieran ataques de los rebeldes ¹¹⁸. Esto porque los frailes veían cómo poco a poco desaparecían los pueblos de paz fundados por ellos en los límites de la selva, pues cuando uno de los ataques ocurría se provocaba en los pueblos cercanos a aquel que lo sufría un abandono por parte de sus habitantes, quienes se refugiaban en el interior de la selva, de la cual raramente regresaban.

La apertura de un camino real entre la Verapaz y Campeche había sido una preocupación constante del gobierno de Guatemala desde principios del siglo XVII ¹¹⁹, pues pensaban, acertadamente, que la nueva ruta serviría para acercar política y económicamente a Campeche y Yucatán con la capitanía general de Guatemala. Pero además, cabe pensar que sobre todo ayudaría a las provincias de Chiapas y de la Verapaz a superar su aislamiento comercial, ya que sus productos podrían tener una salida por tierra al golfo de México y así se evitarían numerosas pérdidas, pues por entonces las mercancías de la región tenían que trasladarse hasta Honduras, para de allí embarcarse con destino a Veracruz, y sucedía muchas veces que en su ruta por el mar Caribe las naves sufrían los ataques de los piratas. Además, esta nueva ruta permitiría que la comunicación entre estos territorios y la metrópoli fuera más directa.

¹¹⁸ De Vos, *op. cit.*, p. 133.

¹¹⁹ León Pinelo, *op. cit.*, 24.

Pero para la realización de este proyecto era necesario sortear varios obstáculos. El principal, en opinión de los españoles, eran los lacandones, ya que estaban seguros de que eran ellos quienes controlaban toda la zona y todo el cauce del río Usumacinta.

Nuevamente se puede señalar el error en que se caía con esta concepción, pues entre estos "lacandones" "dueños de la región" se encontraban confundidos otros grupos indígenas, ya fuesen rebeldes o apóstatas que se habían refugiado en la selva, siendo uno de los más importantes el de los itzáes, quienes fueron más numerosos y poderosos que los lacandones, pero a quienes nunca se les reconoció tal superioridad. Por todo ello, es de suponerse que a mediados del siglo XVII el término de "lacandones" ya había dejado de ser un gentilicio para convertirse en un nombre genérico que designaba a los moradores de la selva. Cabe señalar que esta confusión denominativa tuvo lugar hasta finalizar el pasado siglo, cuando se tuvo noticia de una comunidad selvática de la que sus descubridores rápidamente pensaron que estaba integrada por aquellos famosos lacandones. Así, tenemos que a partir del final del siglo XIX la palabra "lacandón" vuelve a ser un gentilicio que ahora designa a un grupo indígena que habita en la zona de Najá y Lacanjá.

Sabiendo el concepto que los españoles tenían de los lacandones, es fácil comprender que los misioneros dominicos hayan retomado su acción evangelizadora entre aquellos grupos que consideraban más débiles y por lo tanto menos peligrosos, tal fue el caso de los indios del Manché, quienes también compartían la selva con los lacandones.

En el año de 1626 el dominico fray Gabriel de Salazar, activo en la misión del Manché, consideró esta empresa lo suficientemente consolidada como para empezar a realizar exploraciones que permitieran dar con los lacandones ¹²⁰, y así fue que fray Gabriel salió en compañía de un grupo pequeño en busca de los infieles, pero apenas

¹²⁰ De Vos, *op. cit.*, p. 136.

habían llegado al río Chixoy cuando sus guías indígenas lo abandonaron y el predicador se vió obligado a regresar sin haber cumplido con su objetivo¹²¹.

Sin embargo, este fallido intento de fray Gabriel de Salazar, unido a la incursión lacandona sobre San Pedro Carchá en 1628 (*vid supra*), ayudó para que se organizara una expedición punitiva capitaneada por el entonces alcalde mayor de la Verapaz, don Juan de Santiago Velasco, y que estuvo integrada por unos cuarenta soldados españoles y muchos (no se precisan cuántos) indios amigos de Cobán.

Para esta expedición se alistó fray Francisco Morán, compañero de fray Gabriel de Salazar durante la reducción del Manché, y que en ese momento era prior del convento de Cobán, amén de un gran conocedor de la lengua chol. Para que lo acompañara en esta misión, fray Francisco invitó a su amigo fray Thomas Gage¹²².

Acerca de los sucesos que ocurrieron en esta expedición existen varias versiones, por un lado contamos con la que sobre ella realizó el propio Thomas Gage¹²³, quien presencié los acontecimientos; y por otro, tenemos las de Antonio de León Pinelo, Martín Alfonso Tovilla y la de Gabriel de Salazar, estas últimas escritas algunos años después de los sucesos.

Las versiones de León Pinelo y de Tovilla son muy semejantes, la de este último más detallada, pero ambas coinciden en que la expedición marchó hacia el norte hasta el río Chixoy, desde donde salió un reducido grupo de hombres para reconocer el área. Esta partida después de tres días de exploración, según Tovilla, y seis días, según León Pinelo, se vió obligada por su capitán, Juan de Santiago Velasco, a regresar a Cobán¹²⁴.

¹²¹ *Ibidem*.

¹²² León Pinelo, *op. cit.*, p. 23.

¹²³ Thomas Gage, *Nuevo reconocimiento de las Indias occidentales*. México, SEP/FCE, 1982. 368 p. (SEP/80, 38).

¹²⁴ Cfr. León Pinelo, *op. cit.*, p. 22-25 y Tovilla, *op. cit.*, libro 2, cap. 9.

En cuanto a las narraciones realizadas por los dos religiosos, ambas son muy semejantes si no tomamos en cuenta algunas de las exageraciones de Gage, pero difieren enormemente de las versiones de los dos cronistas oficiales.

Según Salazar, la entrada fue una farsa, pues todos los participantes españoles ostentaban nombramientos y tenían sus propias ideas acerca de la mejor manera de llevarla a cabo, y añade que fueron la discordia y la cobardía, exceptuando a fray Francisco Morán, las que terminaron con la expedición ¹²⁵.

Esta entrada, se supo después por los informes del indio de Chajul cautivo entre los lacandones, fue observada por los infieles que se mantuvieron ocultos todo el tiempo, sin intervenir, tomando a fray Francisco por una mujer por "verle los hábitos largos" ¹²⁶.

Por lo dicho anteriormente, podemos notar que la expedición de Velasco no tuvo ninguna consecuencia para los españoles, pero sí sirvió para alertar al grupo lacandón, pues su encuentro le indicó que de nueva cuenta se le buscaba para someterlo.

Dos años después de que esta entrada se realizó, los itzáes penetraron en la región del Manché y capturaron a más de trescientos indios, y como consecuencia de ello, once poblados de los considerados ya reducidos en el área se rebelaron y huyeron a la selva. Ante estos levantamientos, el alcalde mayor Martín Alfonso Tovilla y el presidente de la Audiencia ordenaron que se fundara en la zona una ciudad de veinte vecinos españoles y mestizos casados, esto con el fin de ejercer un mayor y mejor dominio del territorio. Esta fundación se estableció en San Miguel del Manché y tuvo por nombre Toro de Acuña ¹²⁷.

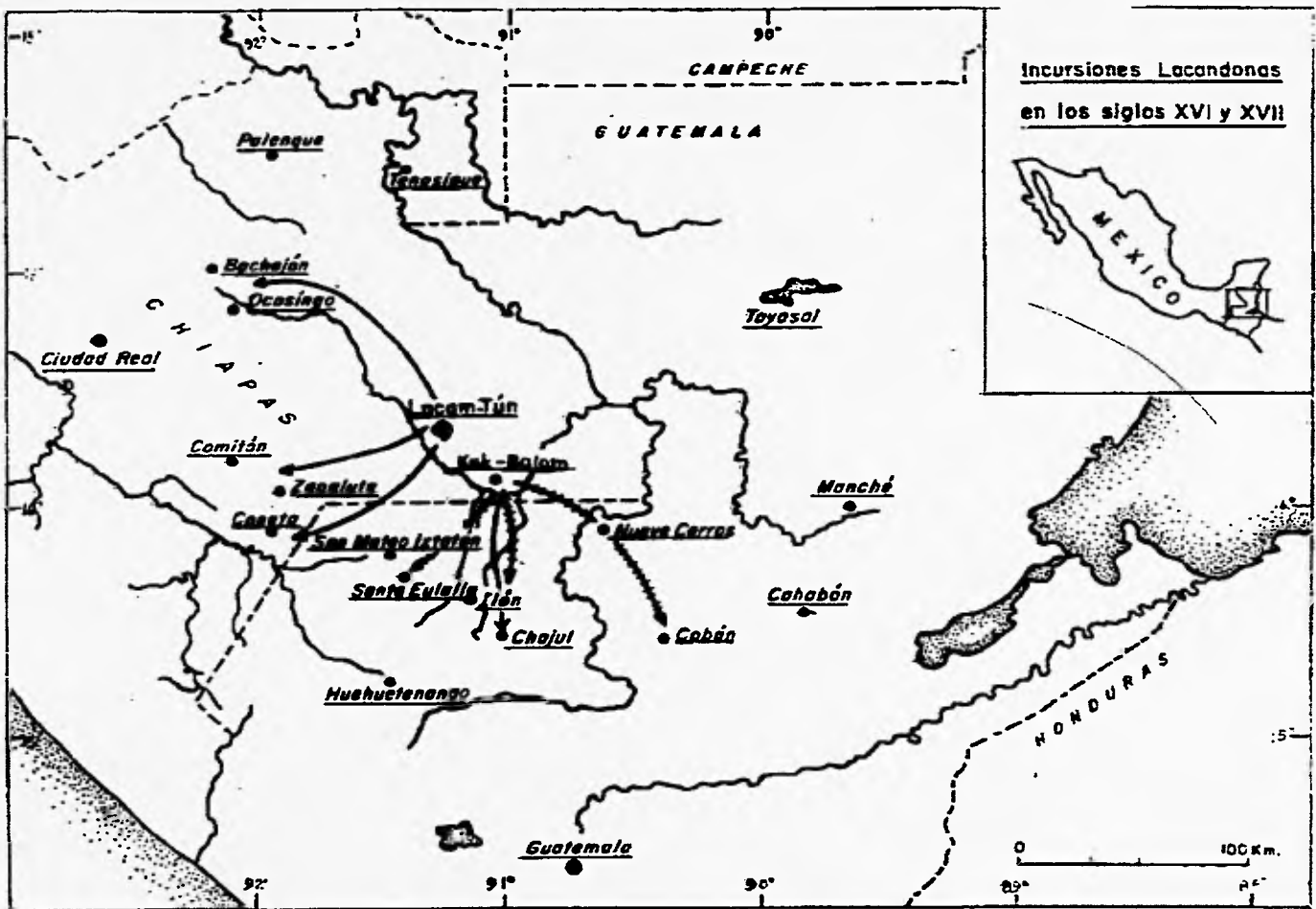
¹²⁵ Cfr. el Memorial de fray Gabriel de Salazar, reproducido por Francisco Ximénez, *op. cit.*, t. II, lib. IV, cap. 69, p. 214-217, y Jan de Vos, *op. cit.*, p. 137.

¹²⁶ Tovilla, *op. cit.*, p. 209-210.

¹²⁷ León Pinelo, *op. cit.*, p. 24-25.

La nueva ciudad, que además de su originaria función serviría de punto estratégico y de aprovisionamiento para las futuras entradas contra lacandones y manchés apóstatas duró muy poco tiempo, pues en 1635 tuvo que ser abandonada debido a los frecuentes ataques indígenas que sufría ¹²⁸.

¹²⁸ *Ibidem.*



Mapa 7.

*Mapa tomado y modificado de: J. de Vos, La paz de Dios y del Rey, p. 514.

VI.2. Valiosa información sobre los lacandones proporcionada por un indio de Chajul

He querido incluir este informe en un apartado por su importancia, ya que fue la única información directa que los españoles pudieron obtener acerca de los lacandones, además de que fue decisiva para las medidas que a partir de ese momento se tomaron contra ellos.

En el mismo año de la fundación del poblado de Toro de Acuña, el alcalde mayor Tovilla decidió recorrer el Manché para conocer de manera directa la situación en que se encontraba. En uno de estos viajes el alcalde llegó al pueblo de Chajul.

Allí, Tovilla encontró al indio que había sido secuestrado por los lacandones en su ataque al poblado en 1609, y que después de vivir veinte años entre sus captores logró escapar y se encontraba nuevamente entre los suyos. Los informes que esta persona proporcionó a Tovilla seguramente constituyen una de las fuentes etnográficas más importantes que se tienen sobre los lacandones de la primera mitad del siglo XVII.

El informante indígena dijo al alcalde que el territorio lacandón era muy extenso pero con escasos habitantes, ya que tan sólo tenían dos poblados distantes unas ocho leguas entre sí. Sus nombres eran Cagbalan (Kak Balam) y Culuacan¹²⁹. Como puede apreciarse, el nombre de la primera es de origen maya mientras que el de la segunda es náhuatl, y no podemos atribuir este hecho a que se haya realizado una traducción del nombre original a esa lengua, pues la información nos llega a través de un hombre que no hablaba náhuatl ni contaba con la intervención de un intérprete de esta lengua, así que este hecho seguramente se deba a la influencia –¿y presencia?– de grupos nahuatlatos del

¹²⁹ Tovilla, *op. cit.*, p. 209-210.

periodo posclásico en la región, y que quizás también habían encontrado en la selva un refugio.

La ciudad de *Cagbalan* era la más importante, ya que contaba con trescientas casas y tenía cuatro señores principales --lo que muy probablemente indica que estaba dividida en cuatro barrios--, sus nombres eran: Cabnal, Tunhol, Tuztécat (también náhuatl) y Chancuc, y en ella habitaba el sacerdote principal llamado Cuzit-Cazqui.

Cabe señalar, que estos mismos nombres de señores principales les son dados nuevamente a los españoles cuando se funda el poblado de Nuestra Señora de los Dolores del Lacandón en 1695, y también hay que recordar que durante la entrada de 1586 se descubrió una ranchería lacandona llamada Cabenal, que perfectamente podría haberse llamado Cabnal si consideramos un error en la transcripción. Este hecho podría indicarnos que en ocasiones el nombre del principal era utilizado para designar a un poblado o barrio¹³⁰ del grupo lacandón. Así mismo, la aparición de un señor principal llamado Cabnal en tres ocasiones temporalmente muy distantes entre sí --la primera en 1586; la segunda, mencionada por el indio chajulero, en 1635, y la última durante la fundación de Dolores en 1695--, hace evidente que los jefes del grupo tomaban el mismo nombre generación tras generación, o bien que el nombre de Cabnal era una asignación ritual dada al gobernante, o también que aquellos que recibieron la información escucharon algo así como "el señor de Cabnal", pueblo o barrio.

En cuanto a los nombres de los otros tres gobernantes --Tunhol, Chancuc y Tuztécat--, los dos primeros son de origen mayance, Tuztécat o Tuxtécatl es náhuatl; mientras que el del sacerdote principal, Cuzit-Cazqui, podría ser mayance o náhuatl. Es probable que estos barrios o poblados los constituyesen grupos diferentes, ya sea de comunidades que habitaban la selva desde antes de la llegada de los españoles, o más recientes, formadas por indios fugitivos, las cuales al irse despoblando la región y sentir

¹³⁰ Utilizo el término "barrio", sin ser el más adecuado, porque quizá debido a las condiciones del territorio selvático donde habitaban los lacandones, la ranchería de Cabenal podría formar junto con otras tres, el núcleo principal de este grupo.

más cercana la presencia de los conquistadores decidieron unirse, aunque conservando cierta independencia, para tener así más oportunidades de sobrevivir.

Por lo que toca al pueblo de Culuacan, éste contaba con 140 casas, casi la mitad de las que había en Kak Balam, y al igual que éste último tenía cuatro señores principales (lo que nos hace suponer que también estaba dividido en cuatro barrios) y que se llamaban: Bibaao, Julamná, Acchicel y Cagtei. Su sacerdote principal era Cuichilaquín Aequé Urabal¹³¹. Quizá se puedan hacer algunas correcciones a los nombres señalados: *Bibaao* probablemente sea Bib Ahaa, y la parte final de *Cuichilaquín* seguramente sea Ah Kin, vocablo maya yucateco que designa a un sacerdote principal. La presencia de voces mayas yucatecas podría indicar que para mediados del siglo XVII ya existía una relación cercana entre lacandones e itzáes, los dos grupos que aún no habían sido reducidos.

El informante de Tovilla también declaró que entre los dos poblados existía una estrecha colaboración para la actividad comercial que mantenían con los mayas chontales de Tabasco, lugar al que tardaban treinta y cinco días en llegar. Por lo relatado, parecería ser que las mercancías más solicitadas por los habitantes de Kak Balam y Culuacan eran hachas y machetes, herramientas que muy pronto aprendieron a apreciar, y a cambio, quizá, los lacandones ofrecían sal, ya que acudían a unas salinas, probablemente las de Nueve Cerros, que estaban muy cerca del río Chixoy. Estas salinas, no eran otras que aquellas a las que el capitán Velasco había llegado en la expedición de 1628. Dichas salinas se encontraban dentro del antiguo territorio de los acalaes, y los lacandones tardaban dieciseis días en llegar a ellas (dos días por tierra, cuatro por agua y diez más por tierra)¹³², de lo que se deduce que el lugar en donde se encontraba el grupo de Velasco, y que fue observado por los lacandones, todavía estaba muy retirado del nuevo asentamiento lacandón, cuya ubicación aún era desconocida por los españoles.

¹³¹ Tovilla, *op. cit.*, p. 209.

¹³² *Op. cit.*, p. 210.

Por lo que respecta al número de personas con las que contaba la comunidad lacandona hacia el año de 1630, el informante de Chajul no proporciona datos precisos, pero afirma que "los lacandones vivían en casas, cada una de una familia entera, que en ella están padres, hijos, yernos y nueras y nietos" ¹³³. Según datos obtenidos de los censos realizados en 1696 y 1712, el investigador Jan de Vos llega a la conclusión de que una familia lacandona estaba formada de cinco a diez personas, por lo que si nos basamos en este cálculo, podemos decir que la población de Kak Balam (300 casas) y la de Culuacan (140 casas), sería de 2 200 habitantes como mínimo o de 4 400 como máximo, "...número aceptable para una comunidad selvática, que desde el siglo XVI tenía fama de ser poco numerosa y que sufrió además, en menos de treinta años dos entradas militares que desarreglaron profundamente su sistema de vida socioeconómico" ¹³⁴.

¹³³ *Ibidem.*

¹³⁴ De Vos, *op. cit.*, p. 131.

VII. FIN DE LA INFLUENCIA DOMINICA EN LA REGIÓN. INTERVIENEN OTRAS ÓRDENES RELIGIOSAS

Retomando los sucesos que ocurrieron en la primera mitad del siglo XVII y de la actuación de fray Gabriel de Salazar, señalaré que éste dirigió un memorial en 1636 a la Audiencia de Guatemala, en el que solicitaba autorización para llevar a cabo una nueva entrada al Lacandón, y que tomaría como base de operaciones la ranchería de San Marcos.

Es muy probable que para el misionero dominico, la localización y reducción de los manchés que habían apostatado fuera lo más importante y urgente, pero en su memorial hizo hincapié en la posibilidad de una definitiva apertura del anhelado camino hacia las costas de Campeche y en la necesidad de reducir a los lacandones. En su proyecto, Salazar pedía que los militares no participaran en la empresa, pues el objetivo — aseguraba— podía lograrse tan sólo con la labor misionera. Sin embargo, este ánimo pacifista de fray Gabriel no tenía las mismas características que el que imperó entre los dominicos del siglo XVI, ya que ahora el religioso pedía como recompensa al finalizar su labor, que el convento de Cobán obtuviera para su sostenimiento una renta perpetua de peaje a todas las mercancías que circularan por la nueva ruta comercial, además de una merced de "Tres o cuatro leguas de buena tierra para fundar una estancia de ganado para la comunidad"¹³⁵. Para justificar la petición de estos beneficios, fray Gabriel se basaba en que sería el convento de Cobán el que asumiría todos los gastos de la entrada.

¹³⁵ Ximénez, *op. cit.*, t. II, lib. IV, cap. LXIX, p. 216.

El proyecto de fray Gabriel de Salazar no obtuvo respuesta por parte de la Audiencia, por lo que no se llevó a cabo, pero el misionero dominico pasó el resto de su vida, es decir desde 1637, fecha del memorial, hasta su muerte en 1649, en inútiles intentos por encontrar a los apóstatas fugitivos del Manché ¹³⁶.

Mientras que fray Gabriel estaba convencido de la eficacia de la labor evangélica para lograr las reducciones, su antiguo compañero de la misión del Manché, fray Francisco Morán, sostenía lo contrario y era firme partidario de que se hiciera una entrada militar.

En España, donde fray Francisco Morán se encontraba como procurador oficial de su provincia religiosa, conoció al capitán Diego de Vera Ordóñez y Villaquirán, caballero de la orden de Calatrava, quien después de escuchar al misionero hablar de sus inquietudes, se mostró dispuesto a emprender, desde Chiapas, una expedición armada en contra de los lacandones, y gracias al apoyo que siempre encontró en fray Francisco, obtuvo la aprobación por parte del Consejo de Indias para llevar a cabo el plan de pacificación.

Los detalles de este proyecto se encuentran en la *Relación* de Antonio de León Pinelo, ya que él mismo redactó los puntos en su calidad de relator del Consejo del Rey, por lo que he escogido su trabajo para el estudio de esta nueva expedición militar. Se transcriben a continuación partes de este plan en la forma en que fue presentado ante el Consejo de Indias, ya que por lo que toca a este estudio es el único documento que señala los puntos de una iniciativa para conseguir una reducción.

En el documento se señalan las ventajas que se obtendrían con esta empresa, lo que es muy interesante para conocer los beneficios que verdaderamente se querían obtener de ella, mismos que en resumen son estos diez:

¹³⁶ *Op. cit.*, t. II, lib. IV, cap. LXX, p. 217-222.

I, La conversión de tantas almas como en aquellas provincias viven en su idolatría y gentilidad...

II, la manutención y amparo de los indios que están ya bautizados, que son más de cuatro mil...[quienes]...por no tener quien los defienda...han apostatado y dejado la Fe...

III, que pacificándose las naciones que están de guerra se aseguran las que están de paz, y en particular las de Verapaz y Chiapa...

IV, que se castigarán los daños que de más de ochenta años a esta parte han hecho y delitos que han cometido los Lacandones, Pochutlas, Acalaes, Taitzaes...que hasta ahora no han cesado en hacer daños a las tierras cristianas...[por lo que] hay razón para tratar de que se pacifiquen...y para que esto sea con armas y rigor.

V,...descubrir pacificar y poblar una porción de tierra que está tan cerca de ciudades de españoles y de provincias sujetas que parece cosa indigna que entre Yucatán y Guatemala, Honduras y Chiapa, se consienta una mancha tan notable de gentilidad...

VI, porque las calidades de la tierra persuaden su población...El temple (aunque caliente) sano, y a propósito; la tierra fértil de frutos, maíz, cacao, achiote, miel, cera, sal, y otros...cortada y regada [la tierra] de ríos caudalosos, hermoseaada con montañas, llanos, valles y sierras apacibles; y al fin todo acomodado para la habitación humana.

VII,...se abrirán caminos desde Guatemala a Yucatán y Tabasco...

VIII,...es que abriendo estos caminos, se podrá excusar el viaje que con tan reconocido riesgo y tan ordinarios desastres hacen las naos de Honduras y Guatemala; conduzcan sus frutos por Yucatán a Campeche, a donde los carguen las naos, y se junten con la flota de Nueva España...

IX,...lo que interesa a su Majestad con esta pacificación, así por los nuevos vasallos y sus tributos, como por el interés del comercio...y en particular de la salina...Y los derechos ordinarios de almojarifazgo, de alcabalas, de oficios y los demás...

X,...la facilidad con que esta pacificación se puede hacer...El gasto, se supone que Su Majestad no le ha de hacer en todo ni en parte, así porque don Diego de Vera...ofrece depositar para esta pacificación 30,000 pesos en las Cajas de Guatemala, Yucatán y Chiapa...Lo que toca a la gente, armas, municiones y otras cosas necesarias, depende de la capitulación que se otorgare, y sus condiciones...¹³⁷

Como era de esperarse, ante propuestas tan convenientes, el Consejo de Indias no sólo aprobó la propuesta de Diego de Vera otorgándole el encargo de la conquista sino que, además, se le dio el cargo de alcalde de la provincia de Chiapa y el título de "Adelantado del reino del Próspero", pues bajo ese nombre se conocerían las tierras a pacificar en un periodo de tres años.

Las capitulaciones respectivas fueron redactadas el 29 de marzo de 1639 en Madrid, en ellas se enfatizaba que la reducción de los indios se haría pacíficamente, es decir, solamente a través de la palabra de Dios. La presencia de militares en la expedición sería permitida, pero únicamente en calidad de escolta de los misioneros y como defensores y protectores de los pueblos de paz¹³⁸.

Así fue que llegó Diego de Vera a Ciudad Real en calidad de alcalde mayor de Chiapas. Sin embargo, al poco de instalarse De Vera se olvidó del contrato que había celebrado con la Corona, lo que probablemente sucedió cuando se enteró de que la

¹³⁷ León Pinelo, *op. cit.*, p. 38-44.

¹³⁸ Saint-Lu, *La Verapaz...*, p. 342.

experiencia había mostrado que la empresa de conquistar la selva lacandona era muy costosa y sus beneficios muy escasos, por no decir que eran nulos.

Hacia el año de 1644 fray Francisco Morán, al observar la conducta de aquél a quien tanto había ayudado y apoyado, tuvo tal decepción que presentó en contra de su protegido una acusación de incumplimiento de contrato ante el Consejo de Indias. Esta denuncia quizá fue la que logró que finalmente Diego de Vera iniciara los preparativos para su entrada.

La única fuente con la que contamos para la reconstrucción de esta expedición es la obra de Francisco Ximénez ¹³⁹, en donde el autor señala que el capitán De Vera lo único que hizo fue salvar las apariencias.

Diego Ordóñez de Vera y Villaquirán organizó desde Ocosingo una pequeña expedición que se adentró unas quince leguas aproximadamente en la selva, sin encontrar ningún rastro de los infieles. Finalmente, el reducido contingente llegó a un pequeño paraje al cual el capitán español bautizó solemnemente con el nombre de El Próspero, con lo que parecería que Diego de Vera consideró cumplida su misión, pues en seguida ordenó el retorno a Ciudad Real en donde aseguró que había conquistado la selva lacandona ¹⁴⁰.

Al respecto, el cronista Francisco Ximénez comenta que la falsa propaganda realizada en torno a esta entrada, ocasionó un sinnúmero de confusiones en escritos posteriores puesto que se empezó a hablar de "el reino del Próspero" y de la "Ciudad del Próspero", cuando la realidad fue que Diego de Vera no hizo más que establecer un rancho provisorio a una distancia de dos jornadas de Ocosingo ¹⁴¹.

¹³⁹ Ximénez, *op. cit.*, t. II, lib. IV, cap. LXXII, p. 228 y cap. LXXVI, p. 246.

¹⁴⁰ *Op. cit.*, t. II, lib. IV, cap. LXXVI, p. 246-247; y cap. LXVIII, p. 250-251.

¹⁴¹ *Ibidem.*

Esta opinión acerca de la entrada de De Vera no es exclusiva de Ximénez, ya que inclusive miembros de la propia expedición se mostraron decepcionados con la conducta de su capitán; prueba de ello es que tres de sus soldados, descontentos con la orden de retirada, clandestinamente continuaron por su cuenta con la exploración del territorio, para lo que contaron con la ayuda de un indio pochutla de Ocosingo.

La penosa marcha de los cuatro exploradores duró poco más de un mes, tiempo que tardaron en llegar a Tenosique y durante el cual no lograron encontrar a ningún indio rebelde. Sin embargo, estos solitarios expedicionarios escribieron un diario durante su travesía que quedó guardado en el archivo del convento dominico de Guatemala ¹⁴².

Años después de estos sucesos, cuando Diego de Vera terminó el periodo de su gobierno como alcalde mayor de Chiapas, parece que tomó conciencia de la gravedad del fraude que había cometido con la "conquista del reino del Próspero"; y con el fin de evitar un severo juicio de residencia, al que todo funcionario debía de someterse, procedió a organizar en el año de 1646 una nueva entrada, esta vez desde el pueblo de Tenosique, cuyo objetivo sería el de dar con el paradero de los lacandones.

Con gran alegría, por parte de todos los que participaron en ella, ésta tuvo un éxito casi inmediato, pues a una distancia de quince leguas de Tenosique y a treinta de Palenque con rumbo a Ocosingo, la comitiva dio con un pequeño grupo de indios infieles que se encontraban asentados cerca de la laguna que ellos llamaban Noh-há (Agua grande) ¹⁴³.

¹⁴² De Vos, *op. cit.*, p. 141.

¹⁴³ Para conocer los detalles de esta entrada véase: Diego López de Cogolludo, *Historia de Yucatán*; México, Imprenta de Manuel Aldana Rivas, 1868. 2 v. T. II, lib. XII, caps.3-7, p. 510-537.

Al parecer estos indígenas eran de carácter pacífico y hablaban un dialecto parecido al maya yucateco, por lo que el fraile dominico que acompañaba a los expedicionarios, y que hablaba lengua chol y chontal no pudo entenderse con ellos¹⁴⁴.

De Vera dejó como responsable de la reducción de este grupo a un capitán mestizo llamado Juan de Bilbao, y se dirigió hacia Yucatán en busca de misioneros que hablaran el yucateco para así poder evangelizar a los pobladores de Noh-há. En Mérida, el capitán Diego de Vera tuvo tratos con el gobernador, Esteban de Azcárraga, quien le ofreció ayuda para el cumplimiento de esta comisión; asimismo consiguió que fray Gerónimo de Prat, provincial de la orden de San Francisco, comisionara a fray Hermenegildo Infante y a fray Simón de Villasís para que trabajaran en la conversión de los indios

Después de la misión de Noh-há pasaron casi diez años sin que se realizaran nuevos intentos por conquistar la selva lacandona. Tocó nuevamente a fray Francisco Morán, pese a la decepción que sufrió con la conducta de su protegido, reanudar las diligencias en favor del sometimiento de ella.

¹⁴⁴ Sobre este grupo mayance del que pocos cronistas hacen mención, el investigador Jan de Vos piensa que es a sus descendientes a los que actualmente se les conoce como lacandones. De Vos, *op. cit.*, p. 227-246.

En 1655 el misionero ya se encontraba en América, y escribió dos cartas a la Corona, la primera con fecha del 29 de abril de 1655 y la segunda del 19 de mayo de 1656. En ambas fray Francisco insiste en la necesidad de establecer una villa de españoles en la región de las salinas que se encontraban en la ribera del Chixoy¹⁴⁵. Desde su punto de vista, esta fundación tendría dos objetivos fundamentales: por una parte, el de explotar los ricos yacimientos salinos, y por la otra, servir como guarnición en la frontera con el Lacandón.

Al igual que en la ocasión anterior, la Corona fue favorable a las peticiones de fray Francisco Morán y con fecha del 23 de julio de 1658 envió a las autoridades civiles y eclesiásticas de Centroamérica una serie de disposiciones, por medio de las cuales ordenaba que se apoyara y ayudara al misionero dominico en sus intentos de reducción¹⁴⁶.

Poco tiempo después de que se recibieron estas ordenanzas se iniciaron en la ciudad de Guatemala los preparativos para una nueva expedición a la selva, y el 13 de octubre de 1661 fray Francisco Morán informó a las autoridades que la entrada al Lacandón estaba a punto de partir, encabezada por el presidente de la Audiencia, y que él mismo se uniría al grupo en el próximo mes de noviembre. Sin embargo, estos planes tan optimistas pronto se vieron truncados, ya que la fecha para la salida del contingente fue aplazada y fray Francisco murió tres años después sin poder ver realizado el sueño por el que tanto luchó: la completa reducción y pacificación del Lacandón¹⁴⁷.

Con la muerte de fray Francisco Morán, el interés de la orden de los predicadores por lograr el sometimiento de los lacandones se vio reemplazado por una gran actividad entre las misiones del Manché, región que por su cercanía con los pueblos de paz representaba un peligro más apremiante para la consolidación de los avances en la

¹⁴⁵ *Op. cit.*, p. 144.

¹⁴⁶ *Ibidem.*

¹⁴⁷ *Ibidem.*

evangelización y de la conquista española. Pero no sucedió lo mismo con otras órdenes religiosas que veían la posibilidad de obtener algún beneficio de los territorios por sujetar, tal fue el caso de los mercedarios, quienes aprovechando que los dominicos no extendían su labor evangelizadora hacia la zona lacandona desde hacía casi veinte años, decidieron llevar a cabo una entrada a ese territorio y así romper con el monopolio que los predicadores habían mantenido en la región durante tantos años.

Fray Diego de Rivas, provincial de la orden de la Merced en Guatemala, pidió autorización al presidente de la Audiencia, Enrique Enríquez de Guzmán, para llevar a cabo una expedición al Lacandón que partiría desde los poblados de Santa Eulalia y San Mateo Ixtatán, en Huehuetenango. Para ello el provincial mercedario contaba con el apoyo de fray Andrés de las Navas, obispo de Guatemala, y que también pertenecía a la misma orden religiosa ¹⁴⁸.

La mediación del obispo sin duda fue de gran ayuda para la obtención de la autorización del proyecto de fray Diego de Rivas. También, el prelado otorgó al fraile mercedario un informe que él había recibido acerca de los lacandones para que el religioso lo presentara ante la Audiencia, al tiempo que él realizaba una intensa campaña entre los miembros de la orden de la Merced para animarlos a participar en el proyecto. El informe que el obispo Navas facilitó a Diego de Rivas había sido realizado por fray Alonso de León Degollado, cura doctrinero del poblado de Solomá, y en él se mencionaba el probable paradero de los lacandones. Esta noticia aparece en una carta que fray Diego presentó a la Audiencia de Guatemala y el investigador De Vos pudo consultarla en el Archivo general de Guatemala. El estudioso dice que en ella se menciona que los lacandones tenían cultivos de cacao, plátano, caña de azúcar y zapote tan sólo a un día de camino del pueblo de Santa Eulalia; que desde hacía algún tiempo existía un trato comercial clandestino entre los lacandones y los habitantes de San Mateo Ixtatán, actividad que resultaba muy productiva para ambas partes, pues mientras que los indios cristianos del poblado proporcionaban monedas de plata y herramientas agrícolas a

¹⁴⁸ *Op. cit.*, p. 145.

los infieles, ellos recibían de éstos cacao silvestre, sal y achiote, principalmente. Contra lo que pudiera pensarse, este intercambio de productos no se realizaba en medio de ningún paraje oculto o desconocido de la selva, sino que, por el contrario, los lacandones entraban a San Mateo y algunas veces hasta solían pasar la noche en él refugiándose en las casas de sus amigos cristianos¹⁴⁹.

A través de esta información se puede apreciar la actividad comercial que caracterizó a los antiguos lacandones y el inicio de un proceso de aculturación, pues, pese a que se encontraban perseguidos por los españoles, los lacandones los burlaban y realizaban sus transacciones mercantiles con los pueblos cristianos. A través de estos tratos los lacandones muy pronto supieron aprovechar los desconocidos productos traídos por los europeos, pero no sólo de aquellas que, como en el caso de las herramientas agrícolas, debieron ser muy apreciadas por ellos, sino que también conocieron el valor de las monedas de plata, las que también recibían, y que ellos a su vez aprendieron a utilizar en sus movimientos comerciales.

Este informe, al ser presentado ante la Audiencia logró despertar el suficiente interés como para que se ordenara la realización de una nueva entrada al territorio, misma que se llevó a cabo en el año de 1685. El 8 de marzo partió el contingente desde Santa Eulalia, llevando a la cabeza a fray Diego de Rivas y a Melchor Mencos, corregidor de Huehuetenango¹⁵⁰.

Los participantes en esta nueva entrada fueron quince soldados españoles, un grupo no definido de indios amigos de la región de Huehuetenango y tres frailes mercedarios: el propio Diego de Rivas, Mateo de Figueroa y Alonso de León, este último era el guía. En cuanto al ánimo de los indios cristianos participantes, éstos se

¹⁴⁹ *Ibidem.*

¹⁵⁰ Jan de Vos señala como la fecha del inicio de esta expedición el 8 de marzo de 1686, pero en la *Relación...* de Nicolás de Valenzuela, en la que aparece reproducido el informe que sobre ella realizara el propio Diego de Rivas para Enríquez de Guzmán, presidente de la Audiencia, fechado en 22 de marzo de 1685, se señala que el contingente partió el 8 de marzo de 1685, por lo que el investigador De Vos coincide en el día y mes pero no en el año. Cfr. De Vos, *op. cit.*, p. 145-146; Nicolás de Valenzuela, *op. cit.*, p. 15-19.

encontraban divididos. Por una parte, los que eran de San Mateo se manifestaban a disgusto con la empresa, actitud lógica si recordamos la lucrativa relación que mantenían con los infieles; y por otra, los pobladores de Santa Eulalia se mostraban preocupados por tener que realizar la apertura de caminos, los cuales, en el caso de que la reducción no se llevara a cabo de manera completa y definitiva permitirían que los lacandones realizaran de manera más sencilla sus incursiones en contra del poblado.

Esta actitud recelosa por parte de los indios participantes en la expedición, originó que el corregidor Mencos interviniera tomando represalias contra algunos de ellos, después de lo cual el contingente pudo partir.

El grupo marchó, por lo menos en lo que toca a los españoles, con gran entusiasmo, realizando a lo largo de su camino varias misas y bautizando los asentamientos indígenas que iban encontrando, como fue el caso de Jehatán o Jehachán que recibió el nombre de San José; de Icalá o Ycala, que recibió el de Limpia Concepción; Tipench o Tipeneh el de Santo Nombre de Jesús, y Lopocoop o Laconocop el de San Pedro Nolasco en memoria del fundador de la orden de Nuestra Señora de la Merced. Así mismo, la comitiva se topó durante su trayecto con los restos abandonados de dos ciudades antiguas, en las que las imágenes de las deidades indígenas encontradas fueron destruidas, sustituidas por cruces, y recibieron los nombres cristianos de Nuestra Señora de Belem y Los Reyes¹⁵¹.

Sin embargo, toda la alegría y entusiasmo mostrados por los participantes españoles parece que se desvaneció con el hallazgo de los primeros rastros de los lacandones, pues inexplicablemente, en el momento mismo en que dan con ellos, la expedición da media vuelta y regresa a Huehuetenango. A manera de explicación de esta actitud, el corregidor Mencos alegó el que no se encontraba obligado a mantener un choque violento entre su gente y los infieles; mientras que fray Diego de Rivas declaró

¹⁵¹ Cfr. Valenzuela, *op. cit.*, p. 16-18; Villagutierre Soto-Mayor, *op. cit.*, lib. III, cap. V, p. 140-142.

que esta entrada no había sido sino un primer intento de acercamiento, y que era muy riesgoso para los participantes el seguir adelante ¹⁵².

Acerca de estos acontecimientos, Jan de Vos atribuye al miedo la razón por la que se retiraron los españoles ¹⁵³, pero quizá no habría que ser tan severos, y más bien deberíamos pensar que se trató de una actitud prudente, pues recordemos que el grupo expedicionario no era muy numeroso y los indígenas participantes se mostraban muy poco cooperativos, por lo que hubiera sido muy arriesgado para los españoles el enfrentarse a los lacandones, de quienes se decía eran 2 000 ó 4 000, y que tenían la fama de ser terribles guerreros, amén de que sobre estos hombres recaía toda una tradición de fracasos dejada por las experiencias obtenidas de los diversos intentos por someter a los lacandones. Por todo ello, el hecho de que los españoles de la expedición quisieran contar con más hombres y recursos para la empresa me parece que se debió más a la cautela que a la cobardía.

Pese al final que tuvo no hay que subestimar a la entrada de 1685. De ésta habría que subrayar el hecho de que fue la primera empresa mercedaria en la región, con lo que terminó el monopolio dominico; también que fue la primera que partió en busca de los infieles desde el lado de Huehuetenango; y además, y quizá esto sea lo más importante, es que a ella se le podría considerar como el último intento de someter a los lacandones antes de que aparecieran las grandes entradas combinadas de la siguiente década. Para los españoles, también significó más de un siglo de infructuosos intentos por reducir a este grupo selvático.

¹⁵² Cfr. Valenzuela, *op. cit.*, p. 19; Villagutierre Soto-mayor, *op. cit.*, lib. III, cap. V, p. 144-145.

¹⁵³ De Vos, *op. cit.*, p. 146.

VIII. LA GRAN ENTRADA COMBINADA DE 1695 Y LA FUNDACIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES DEL LACANDÓN

Antes de hablar de la entrada combinada de 1695 es necesario señalar la labor realizada en el interior de la selva por dos frailes franciscanos: Antonio Margil de Jesús y Melchor López.

Estos dos religiosos habían trabajado con éxito en Costa Rica y en Nicaragua, y llegaron a territorio de Guatemala en 1586¹⁵⁴ dedicándose a la predicación entre los pueblos cristianos, por lo que recorrieron casi toda la región. Su labor fue tal, que alcanzaron el respeto y la admiración tanto de la Audiencia como de las órdenes que durante años habían sido rivales: la de Santo Domingo y la de Nuestra Señora de la Merced, que eran muy celosas de cualquier intromisión en sus áreas de evangelización. Tocó a estos dos franciscanos el dar con el asiento lacandón que por tantos años había sido buscado por los españoles sin ningún resultado.

Los autores que tratan sobre estos acontecimientos son Francisco Ximénez, Villagutierre Soto-Mayor y Nicolás de Valenzuela. Este último incluye en su obra el informe que los dos religiosos enviaron al entonces presidente de la Audiencia de Guatemala, Jacinto de Barrios Leal¹⁵⁵.

¹⁵⁴ Cfr. Valenzuela, *op. cit.*, cap. IX, p. 81; Ximénez, *op. cit.*, t. III, lib. V, cap. LV, p. 3.

¹⁵⁵ Ximénez, *op. cit.*, t. III, lib. V, cap. LV, p. 3-6; Villagutierre, *op. cit.*, lib. III, cap. X, p. 156-158; Valenzuela, *op. cit.*, cap. IX, p. 81-92.

Fue a mediados de 1693 cuando fray Antonio Margil y fray Melchor López decidieron emprender una entrada independiente y personal al territorio lacandón, eligiendo como punto de partida la ciudad de Cobán. Durante su travesía, en dos ocasiones los misioneros se vieron en la necesidad de regresar a este poblado al haber sido abandonados por sus guías, pero finalmente, el cacique del barrio de San Marcos de Cobán se comprometió a acompañarlos con algunos de sus hombres hasta el Lacandón, ya que ellos también deseaban que los infieles fuesen sometidos cuanto antes. El grupo sufrió cinco meses de penosa marcha, durante los cuales se realizaron grandes rodeos, hasta que por fin arribaron a una población de unas cien casas, aproximadamente, y que para su asombro se trataba de Kak Balam, la cabecera del Lacandón, que finalmente había sido localizada ¹⁵⁶.

Gracias al carácter amable y paciente de los dos franciscanos se lograron importantes avances, pues convencieron a tres caciques y a nueve principales lacandones para que acompañaran fray Antonio de regreso a Cobán, para que así ofrecieran la paz al alcalde mayor de la Verapaz, Lucas de Montealegre; mientras que fray Melchor permanecería en Kak Balam como rehén.

Sobra decir el entusiasmo con que recibieron esta noticia las autoridades de Cobán, quienes inmediatamente procedieron a organizar una gran bienvenida para el misionero y sus acompañantes lacandones.

Cuando la embajada lacandona llegó a Cobán fue invitada y festejada, tanto por los caciques indígenas como por las autoridades españolas, pues parecía muy cercana ya la reducción de este grupo que por tantos años había preocupado a españoles e indios cristianos. Sin embargo, cuando en el viaje de regreso a Kak Balam diez de los doce embajadores murieron misteriosa e inesperadamente "...ya fuese por los demasiados

¹⁵⁶ Es importante señalar que de las 300 casas reportadas en los informes de 1635, en 1693 solamente existían 100. Lo que quizá podría atribuirse a un desmembramiento de la ciudad principal para formar otros asentamientos o barrios cercanos, los franciscanos en su informe hablan de otras cuatro aldeas lacandonas "de veinte casas cada una" (Valenzuela, *op. cit.*, cap. IX, p. 84). Expreso esta opinión ya que el registro de la epidemia más cercana a esta fecha es de 1581. (Gerhard, *op. cit.*, p. 123).

convites que tuvieron en Cobán, ya fuese porque la tierra y su temperamento no fuese apropiado para su salud"¹⁵⁷, o cualquiera otra que haya sido la causa de tal desastre, lo cierto es que al llegar a Kak Balam los dos sobrevivientes acompañados del religioso y dar noticia de lo sucedido muy poco faltó para que fray Antonio fuese linchado por los enfurecidos lacandones. Los misioneros franciscanos lograron escapar y se dirigieron a Cobán, en donde dieron a conocer el funesto desenlace de esta prometedora empresa.

A más de la inesperada y desalentadora información, el presidente de la Audiencia de Guatemala recibió de fray Antonio de Margil y de fray Melchor López otras noticias concernientes a los lacandones, noticias no conocidas a ciencia cierta por las autoridades españolas.

En esta relación, reproducida por Nicolás de Valenzuela en su obra¹⁵⁸, los franciscanos afirman que los lacandones tenían un poblado principal, Kak Balam, que contaba con cien casas, y en las cercanías de éste había otros cuatro pueblos más pequeños, de veinte casas cada uno; que el asentamiento principal se encontraba a dieciséis días de camino desde Cobán y a tres de Ocosingo. También dieron cuenta de las dificultades que tuvieron que enfrentar para realizar su labor evangelizadora, y finalmente, su opinión personal acerca de las medidas que deberían de tomarse para la reducción de los infieles.

Es interesante observar que los dos franciscanos, a pesar de haberse mostrado siempre en favor de la vía pacífica para lograr la conquista, en este momento sugieren lo contrario a Jacinto Barrios Leal, presidente de la Audiencia:

...con bastante confuzión nuestra dever la corttedad de nuestro espírttu a la vista de ttantto exemplo, partticularmente de los dos dichos santtos

¹⁵⁷ Ximénez, *op. cit.*, t. III, lib. V, cap. LV, p. 5.

¹⁵⁸ Valenzuela, *op. cit.*, cap. IX, p. 83-85.

mártires del horden de nuestro padre Santto Domingo [se refieren a las pertenencias de fray Domingo de Vico y fray Tomás de la Torre, asesinados por los lacandones en 1555 y que les fueron mostradas]; y el no avverse conseguido [la pacificación], carísimo Señor, nos parece según Dios Nuestro Señor es que dichas nazioni, según su rebeldía, nezesittan que Vuestra Señoría tome en la mano la espada de su justizia y los compela a entrar en Nuestra Santta Madre Yglesia...y así, si Vuestra Señoría no es el medianero, nos parece que ttodo el trabajo de los ministros del Santto Evangelio será en vano... ¹⁵⁹

Y agregan:

...esperando el horden de Vuestra Señoría, si se dignare de señalarnos por capellanes dela armada...nos ofrezemos a la boluntad del que Vuestra Señoría nombrare por cabo... ¹⁶⁰

Pero esta actitud de los franciscanos si bien parecería curiosa no es de extrañar si pensamos en las dificultades que pasaron para poder salir con vida del poblado lacandón; ésto, sumado al hecho de que este grupo llevaba más de un siglo sin poder ser controlado, hacía que los religiosos no vieran otra vía para someterlos que no fuera la de las armas, para así finalizar de una vez por todas con la inquietante situación en la que los infieles los mantenían.

¹⁵⁹. *Op. cit.*, p. 85.

¹⁶⁰. *Ibidem.*

La propuesta de fray Antonio y fray Melchor fue bien acogida por Barrios Leal, quien buscaba una oportunidad para reacreditarse públicamente, puesto que en 1691 había sido destituido de su cargo como presidente de la Audiencia de Guatemala para ser sometido a un juicio de residencia, acusado de malversación de fondos, y que terminó con la restitución de su puesto en 1694 ¹⁶¹. A todo esto se aunaban las presiones que la Corona ejercía sobre la Audiencia de Guatemala desde la llegada de la real cédula de 1686, en la que se le ordenaba que se terminara de una vez por todas con los reductos de rebeldía en su distrito ¹⁶², lo que hacía que el proyecto de los dos frailes franciscanos resultara doblemente atractivo para Barrios Leal.

Ya poco antes de estos sucesos, y tratando de cumplir con lo mandado por las reales cédulas, en el año de 1692 don Martín de Ursúa, en ese momento gobernador de Yucatán, y el capitán Juan de Mendoza, expedicionario en Costa Rica, habían enviado al Consejo de Indias dos ofertas que parecían prometedoras: ambos se comprometían a reducir a los lacandones y a los itzáes.

Así, con fecha del 24 de noviembre del mismo año de 1692, la Corona envió una nueva cédula, en la que informaba que aprobaba el proyecto de Ursúa y Mendoza; y ordenaba que se realizaran dos entradas: una desde Yucatán, bajo el mando del gobernador, y la otra desde Guatemala, con Juan de Mendoza como cabo. Por lo que respecta a la entrada que se haría desde Guatemala, la Corona opinaba que ésta debería de dividirse en tres grupos que se reunirían en algún punto para caer posteriormente sobre los infieles. El primer grupo estaría encabezado por frailes mercedarios y saldría desde Huehuetenango para seguir la ruta que en 1686 había realizado fray Diego de Rivas; en cuanto a los dos grupos restantes, uno saldría de Chiapas y el otro de la Verapaz. Y se

¹⁶¹ Ximénez, *op. cit.*, t. II, lib. V, cap. LII, p. 492-493 y cap. LIV, p. 501.

¹⁶² Villagutierre, *op. cit.*, lib. III, cap. VI, p. 145 y 146.

agregaba que la expedición debería de contar con hombres armados, cuya función sería, exclusivamente, la de proteger a los religiosos en el caso de que esto fuera necesario ¹⁶³.

El cumplimiento de lo ordenado por esta real cédula fue el acto pacificador más importante que realizó Guatemala, ejecutándose durante los años de 1695 y 1696.

En Guatemala, los preparativos para la gran expedición se iniciaron a mediados de 1694, y considero interesante señalar algunos de sus detalles por haber sido olvidados en los trabajos de investigadores contemporáneos ¹⁶⁴.

El presidente de la Audiencia, Jacinto Barrios Leal, solicitó voluntarios para que participaran en la empresa, ofreciendo remunerar sus servicios conforme al grado que cada uno mereciera. Se llamó a juntas de guerra a los frailes Diego de Rivas, Agustín Cano, José Delgado, Tomás Guerrero y Pedro Monzón ¹⁶⁶; así como a algunas personas que poseían conocimientos prácticos sobre las fronteras con la tierra de guerra ¹⁶⁵. Los participantes en estas juntas eran los superiores de las distintas órdenes religiosas; y los franciscanos, a pesar de que no habían sido mencionados en la real cédula de 1692 por no tener misiones colindantes con la mencionada tierra de guerra, también estuvieron presentes debido a la gran influencia con la que fray Antonio Margil contaba entre los miembros de la Audiencia.

¹⁶³ Cfr. Valenzuela, *op. cit.*, cap. VIII, p. 79-80, reproduce el texto de esta real cédula; Villagutierre, *op. cit.*, lib. III, cap. VII, p. 149.

¹⁶⁴ La obra de Nicolás de Valenzuela, quien acompañó a Jacinto Barrios Leal en su expedición al Lacandón, para que "como scrivano...me vaya asistiendo..." (Valenzuela, *op. cit.*, cap. XVII, p. 180), reúne un sinnúmero de detalles sobre el desarrollo de esta empresa, desde su organización hasta su conclusión. Juan de Villagutierre Soto-Mayor, en su calidad de relator del Consejo de Indias, para la descripción de estos acontecimientos en su obra *Historia de la conquista...*, utilizó como una de sus fuentes más importantes la *Relación* de Valenzuela. Francisco Ximénez también participó en esta entrada acompañando al capitán Juan Díaz de Velasco, grupo que partió desde la Verapaz, y aunque no llegó a Kak Balam por dirigirse hacia el itzá, también incluyó en su obra estos sucesos (*op. cit.*, t. III, lib. V, caps. LVI-LXXX, p. 6-94).

¹⁶⁶ Sabemos que Diego de Rivas era mercedario, pero de los demás religiosos solamente pude encontrar que Juan Cano pertenecía a la orden de los dominicos.

¹⁶⁵ Cfr. Valenzuela, *op. cit.*, cap. IX, p. 81-92; Villagutierre, *op. cit.*, lib. IV, cap. I, p. 170. Es interesante hacer notar la reaparición del término "tierra de guerra" en los documentos.

De las determinaciones que fueron tomadas, se ordenó que se informara a las alcaldías mayores de Verapaz y Huehuetenango; así como a don Roque de Soberanis y Centeno, quien en ese momento era el gobernador de la provincia de Yucatán.

Ante la petición de ayuda que Barrios Leal presentó a Roque de Soberanis, éste respondió que por el momento se encontraba imposibilitado para auxiliarlo o participar en la empresa, debido a que, por pleitos y diferencias con el obispo de Yucatán, se encontraba excomulgado y por lo tanto nada podía ejecutar ¹⁶⁶.

La noticia significó un gran contratiempo para los planes de Barrios Leal, pues se contaba con la participación de Yucatán para poderlos llevar a cabo. Afortunadamente este obstáculo duró poco tiempo, pues Roque de Soberanis fue requerido en España y Martín Ursúa volvió a quedar en el cargo de gobernador de la provincia, por lo que en seguida informó a Guatemala de su disposición para participar en la próxima reducción ¹⁶⁷.

Una vez que las autoridades de las tres regiones participantes estuvieron en conocimiento sobre lo que debería de ser la entrada, Barrios Leal comenzó a disponer las medidas necesarias para que ésta se llevara a cabo.

Por principio, Jacinto Barrios convocó a los principales vecinos de la ciudad de Guatemala, exhortándolos para que sirvieran a Dios y al Rey, ya fuese con su participación personal o con donativos para la expedición, a lo que los habitantes respondieron inmediatamente, iniciándose la reclutación de soldados y el acopio de aportaciones ¹⁶⁸.

¹⁶⁶ Estas dificultades fueron con el obispo fray Juan Cano Sandoval por asuntos de jurisdicción. Véase: Valenzuela, *op. cit.*, cap. XIII, p. 133 y 134; y, Villagutierre, *op. cit.*, lib. IV, cap. II, p. 172.

¹⁶⁷ Villagutierre, *op. cit.*, lib. IV, cap. III, p. 176.

¹⁶⁸ Cfr. Valenzuela, *op. cit.*, cap. XVI, p. 161; Villagutierre, *op. cit.*, lib. IV, cap. I, p. 170.

A fines de 1694 fueron llegando a la ciudad de Guatemala los diversos donativos que sus diferentes distritos le enviaban, el licenciado José de Scals, caballero de la orden de Santiago, que se encontraba en la villa de La Santísima Trinidad de Sansonate, remitió al presidente de la Audiencia trescientos ochenta pesos obtenidos de la venta de 56 caballos donados por los vecinos de esta villa; el capitán Juan Jerónimo Mejía, corregidor y teniente del partido de Quetzaltenango ¹⁶⁹ envió 14 caballos, tres de ellos aparejados, y cien pesos que puso de su propia bolsa; y así, de manera similar, mandaron sus contribuciones Sochitepec, Acasaguastlán, Chiquimula, Soconusco, Escuintepeque, Guazacapán, San Salvador, San Miguel, Huehuetenango y Totonicapán ¹⁷⁰.

De las prevenciones y órdenes hechas por Jacinto Barrios Leal, y a manera de ejemplo, de Huehuetenango se recibieron 50 hombres de infantería, 50 reses, 50 arrobas de sal, 150 gallinas, 20 mulas, 950 fanegas de maíz y 127 albardillas; y a su vez, el propio distrito de Huehuetenango recibió para la organización de su grupo expedicionario 50 armas de fuego "con sus frascos y bolsas", 5 quintales de pólvora, 2 cajas de balas, 3 quintales de cuerda, 12 barretas, 20 cotas, 10 azadones y 20 machetes; y para la manutención de sus hombres durante la entrada, 50 fanegas de frijol, 50 de chile, 20 de trigo, 3 arrobas de azúcar, 25 cajas de dulce; y, para teminar: una caja de medicinas, 100 costales y 12 petacas ¹⁷¹.

De manera semejante, durante los últimos meses de 1694 y principios de 1695 se fueron tomando las disposiciones necesarias para las provincias de Chiapas y Verapaz.

Cuando todo estuvo listo, a principios del mes de febrero, los tres cuerpos expedicionarios que habían sido formados se dirigieron a sus bases de partida: el

¹⁶⁹ Nicolás de Valenzuela (*op. cit.*, cap. XVI, p. 162) apunta "Quesaltenango", mientras que Villagutierre de Soto-Mayor (*op. cit.*, lib. IV, cap. II, p. 173) anota "Gueguetenango", y poco más adelante (misma página) habla de Francisco de Mella como teniente del partido de Totonicapa y Gueguetenango, evidentemente se trata de un descuido del real cronista.

¹⁷⁰ Valenzuela, *op. cit.*, cap. XVI, p. 161-167; Villagutierre, *op. cit.*, lib. IV, cap. II, p. 173-174.

¹⁷¹ Valenzuela, *op. cit.*, cap. XIV, p. 141 y 142. Para conocer los detalles de las prevenciones y envíos de todos los distritos y provincias, véanse en la misma obra los capítulos XI a XVI, p. 99-171.

contingente principal era el encabezado por Jacinto Barrios Leal, y contaba con la presencia de fray Antonio Margil y seis religiosos más —cinco dominicos y un franciscano—, y era en el que participaban más hombres, pues tenía tres compañías españolas, dos compañías de cincuenta indios cada una —éstos principalmente de Chiapa de Indios y de los barrios mexicanos de Ciudad Real—, y más de 600 cargadores, gastadores y "vivanderos" ¹⁷², éste representaba a los participantes de Chiapas y partió hacia el poblado de Ocosingo.

El grupo de Huehuetenango, bajo el mando del provincial de los mercedarios, fray Diego de Rivas, y del capitán Melchor Rodríguez Mazariegos, contó con seis misioneros más, una compañía de cincuenta soldados españoles y doscientos indios de guerra y gastadores, reclutados éstos últimos de San Mateo Ixtatán, Santa Eulalia y San Juan Solomá; y salió a San Mateo Ixtatán ¹⁷³.

Y por último, el grupo de la Verapaz, encabezado por fray Agustín Cano y el capitán Juan Díaz de Velasco se dirigió a Cobán. Con ellos iba fray Francisco Ximénez. Posteriormente, este grupo tomó el rumbo del noreste, penetrando en territorio mopán e itzáe, por lo que no hablaré de ellos en este trabajo ¹⁷⁴. Finalmente, se convino como fecha de salida simultánea para los tres grupos participantes el 28 de febrero de 1695.

El contingente de Chiapas, encabezado por Jacinto Barrios, partió de Ocosingo puntualmente con dirección al oriente, y llegó al lugar en donde en 1644 Diego de Vera y Villaquirán había fundado su efímero y fantasmagórico reino de El Próspero, rebautizándolo con el nombre de Santa Cruz del Próspero ¹⁷⁵, allí asentó su real y se dedicó durante varios días a explorar las cercanías en busca de algún rastro de los infieles

¹⁷² Valenzuela, *op. cit.*, caps. XI, XII y XV.

¹⁷³ Cfr. Valenzuela, *op. cit.*, cap. XIV, p. 133; Villagutierrez, *op. cit.*, lib. IV, cap. X, p. 194.

¹⁷⁴ Para conocer con detalle el desarrollo de esta expedición véase la *Relación* de fray Agustín Cano que reproduce Ximénez en su obra. (Ximénez, *op. cit.*, t. III, lib. V, cap. LVI-LVII, p. 6-23 y caps. LXV-LXXI, p. 52-97).

¹⁷⁵ Valenzuela, *op. cit.*, cap. XXII, p. 235.

sin obtener ningún resultado, por lo que decidieron proseguir la marcha a través de la selva. Fue un viaje muy penoso, durante el cual los expedicionarios tuvieron que abrirse camino entre la espesa vegetación, sufrir el intenso calor, la humedad, los insectos y la mala alimentación. La agobiada expedición había intentado, en la medida de lo posible, seguir el cauce del río Jataté, por lo que empezó a tomar la dirección del sureste. El 12 de marzo asentó un nuevo real al que llamaron San Juan de Dios, y permanecieron ocho días en él esperando la respuesta a una orden enviada al corregidor de Huehuetenango, don Gabriel Vargas, para que les mandara 200 indios con los bastimentos que habían quedado en Ocosingo ¹⁷⁶. Una vez recibida la ayuda, el grupo continuó su camino y asentó otro real a orillas del Jataté que bautizaron con el nombre de Monte Santo, y ahí permanecieron celebrando los oficios de Semana Santa. Sin embargo, los sentimientos religiosos se encontraban mezclados con una sensación de desaliento por no haber encontrado ningún rastro de los lacandones. A pesar de ello, reanudaron la marcha, y catorce días después llegaron a la orilla de la laguna que albergaba al peñol de la antigua Lacam-Tún, pero pronto comprobaron que tanto el peñol como sus alrededores se encontraban despoblados. Asentaron un nuevo real e hicieron un reconocimiento de las cercanías, en donde descubrieron un camino, "más o menos ancho", por el que el grupo decidió continuar, pero esta brecha -a la que entusiastamente llamaron "camino de los lacandones"- terminaba abruptamente en un pantano. Explorando la zona pronto descubrieron otra senda que parecía muy trillada, por lo que decidieron avanzar por ella ¹⁷⁷. De pronto, los expedicionarios tuvieron la suerte de encontrarse con tres lacandones que estaban pescando y lograron capturar a uno de ellos. El valioso prisionero fue llevado ante la presencia de Barrios Leal para ser interrogado, e informó a sus captores que su pueblo se encontraba a cuatro leguas de distancia, y que éste contaba con sesenta casas de más de veinte personas cada una; y que muy cerca de él existían tres poblados pequeños y uno grande.

¹⁷⁶ Villagutierre, *op. cit.*, lib. IV, vap. XV, p. 210-211.

¹⁷⁷ Véase la *Relación* de Pedro Alvarez de Miranda reproducida por Ximénez (*op. cit.*, t. III, lib. V, cap. LX-LXIV, p. 34-52), quien al igual que Nicolás de Valenzuela fue capitán de esta misión. Cfr. con: Valenzuela, *op. cit.*, cap. XXVI, p. 288.

El cautivo reconoció a fray Antonio Margil, le preguntó por fray Melchor López, y a partir de ese momento sólo se mostró receloso en probar la comida que le era ofrecida, seguramente por recordar el destino de los diez lacandones que habían ido a Cobán con el franciscano y abían sido agasajados; incluso, el prisionero se ofreció para servir de guía a los expedicionarios hasta su pueblo, para una vez allí hacerles algunos obsequios, maíz, cacao, gallinas y puercos del monte ¹⁸⁰.

Es en esta ocasión, la primera vez que encontramos en las fuentes una descripción de la apariencia de un lacandón, y ésta fue escrita por el capitán Pedro Alvarez de Miranda en su *Relación* y que transcribió Francisco Ximénez en su obra. En ella, se señala que el cautivo era muy moreno, que llevaba el pelo largo hasta la cintura y suelto; que presentaba la nariz y las orejas horadadas; que por vestido usaba una especie de casaquilla sin mangas, de manta gruesa y hasta la cintura, y un pequeño taparrabos ¹⁷⁸.

Como es de suponerse, las declaraciones del prisionero produjeron un favorable cambio de ánimo entre el ejército pacificador, que se dispuso a partir inmediatamente en pos de su nuevo guía lacandón. Finalmente, después de dos días de marchas forzadas, el 18 de abril de 1695, alcanzaron la cabecera lacandona, Kak Balam, pero

...sobrevino común y general desconsuelo de la noticia que dio a Su Señoría [Jacinto Barrios Leal] el dicho Capittán Melchor Rodríguez, que con algunos pocos soldados de su compañía auía salido a reseuir a Su Señoría del pueblo del Lacandón...ymformándole auía onse días que con su

¹⁸⁰ Cfr. Valenzuela, *op. cit.*, cap. XXVI, p. 292-294; Ximénez, *op. cit.*, t. III, lib. V, cap. LXII, p. 43-47; Villagutierre, *op. cit.*, lib. IV, cap. XVI, p. 213. Es interesante señalar que tanto Valenzuela como Miranda hacen una observación acerca de la lengua que hablaba el prisionero lacandón. Valenzuela (*op. cit.*, cap. XXVI, p. 293), dice que ésta era una mezcla de "lenguas Yucateca, Choltí, Mame y Achí"; mientras que Miranda (en Ximénez, *op. cit.*, t. III, lib. V, cap. LXII, p. 46) que lo que hablaba era una mezcla de yucateco, chontal y cendal "de suerte que de todas tiene vocablos". De este último parecer, Jan de Vos (*op. cit.*, p. 383) afirma que se trata de una definición "burda" pero bastante aceptable de la lengua chol.

¹⁷⁸ Ximénez, *op. cit.*, t. III, lib. V, cap. LXII, p. 45. Véase nota número 172.

compañía aún llegado a él, escolttando a el dicho reverendo Padre Maestro Prouincial Fray Diego de Riuas...¹⁷⁹

Fueron pues, los expedicionarios que partieron del distrito de Huehuetenango los primeros en llegar al asentamiento lacandón, pero no habían podido evitar que todos sus habitantes huyeran a refugiarse entre la espesura de la selva, por lo que en Kak Balam sólo se encontraban los españoles y sus acompañantes indígenas¹⁸⁰.

La expedición encabezada por el capitán Melchor Rodríguez de Mazariegos había partido, también puntualmente, el 28 de febrero de 1695 con dirección noreste¹⁸¹. Después de catorce días fatigosos, el grupo se topó con un río que bautizaron con el nombre de San Ramón; siguieron su cauce y el 18 de marzo encontraron otro, más grande, al que llamaron San José. Continuó avanzando por la ribera de este último y llegó a uno más, denominándolo Río Grande –que no era otro que el Lacanjá o Lacantún–, y a la orilla de éste encontraron rastros recientes de los infieles, por lo que decidieron vadearlo pero no pudieron, entonces, mientras el grueso de la expedición se dedicaba a fabricar canoas para cruzarlo, el capitán Rodríguez mandó que se hiciera una "balsilla" para que en ella fuera una avanzada a reconocer el territorio. Fray Pedro de la Concepción se propuso para seguir las huellas de los presuntos lacandones y ver si encontraba su poblado, y así ofrecer la paz e iniciar la evangelización de sus habitantes. Su oferta fue aceptada y el franciscano partió en compañía de cuatro indios. Al día siguiente, fray Diego de Rivas recibió una misiva de aquel que decía:

¹⁷⁹ Valenzuela, *op. cit.*, cap. XXVI, p. 296.

¹⁸⁰ *Op. cit.*, cap. XXVI, p. 296-297.

¹⁸¹ Para el conocimiento de los sucesos que ocurrieron en esta entrada, contamos con la obra de Villagutierre (*op. cit.*, lib. IV, cap. X-XIV, p. 194-208), quien tuvo en sus manos dos informes escritos por fray Diego de Rivas, el mercedario que encabezó este contingente. Para saber con minuciosidad los detalles de la misma, véase: Valenzuela, *op. cit.*, cap. XXXIV, p. 367-381, donde el autor reproduce uno de los informes de Diego de Rivas bajo el título de "Derrottero del Padre Maestro Fray Diego de Riuas".

Mui Reuerendo Padre...Por q'los porttadores darán larga razón a Vuestra Paternidad..., sólo digo q'este escribo a la vista de un pueblo como Solomá, q'después de estos bolcanes está en unas grandes sabanas; a los quatro compañeros no les a dado el Señor boluntad de pasar de aquí, por lo qual me boy luego en nombre del dulcíssimo Jesús crusificado al pueblo de Nuestra Señora de los Dolores a anunciarles la paz de Dios y del Rey, encomiéndeme Vuestra Paternidad...al Señor...Fecha una legua cortta de dicho pueblo de los Dolores, oy miércoles a las doce del día 6 de Abril de 95.

La misma nada, Fray Pedro de la Concepción.¹⁸²

De esta manera fue que fray Pedro de la Concepción, franciscano, encontró y bautizó con el nombre de Nuestra Señora de los Dolores al asentamiento lacandón de Kak Balam, por haber encontrado las primeras huellas de los infieles el viernes santo. Su llegada al poblado provocó diferentes reacciones, la mayoría de sus habitantes huyeron a la selva, otros lo agredieron y uno sólo, llamado Ixquín, lo defendió y refugió en su casa. Ixquín, que posteriormente recibiría el nombre de don Pedro, llevó ante el misionero al sacerdote lacandón llamado Camnal --seguramente Cabnal--, y fray Pedro le habló de las intenciones pacíficas de los españoles pero no recibió ninguna respuesta y a la mañana siguiente todo el pueblo había sido abandonado. Así pues, cuando las tropas del capitán Melchor Rodríguez llegaron a Kak Balam no encontraron sino al fraile y cuando el 19 de abril entró Barrios Leal, las cosas seguían igual o quizá empeoradas por la presencia en Dolores de un ejército de más de 1 000 hombres, lo que podría ocasionar que los lacandones se internaran aún más en la selva para no volver.

¹⁸² Valenzuela, *op. cit.*, cap. XXXIV, p. 376.

En esos momentos los españoles enfrentaban dos problemas urgentes que resolver. En primer lugar habían de encontrar la manera de hacer que los fugitivos regresaran al poblado; y en segundo término tenían que resolver el problema de la manutención de sus hombres.

Para tratar de encontrar soluciones se hicieron consejos de guerra, en los que participaron capitanes y religiosos, y en los que se resolvió, primero, liberar al prisionero lacandón que tenían, con la esperanza de que pudiera traer a sus compañeros al poblado; se confiaría plenamente en él, pues iría solo por no considerarse prudente que alguien que no fuese lacandón lo acompañara; y segundo, se prohibió terminantemente tocar las pertenencias que los habitantes de Kak Balam habían dejado en el poblado. La lista de ellas nos la presenta el cronista Juan de Villagutierre:

...maíz, frijol, algodón, telares, cervatanas, ollas, comales, hachas, azuelas, escoplos, instrumentos de sus bailes, las camillas de carrizos en que mecían a los niños, gallinas de la tierra y guacamayas mansas.¹⁸³

Resalta la presencia de herramientas de origen español entre los lacandones, pues confirma la información que se tenía de que éstos mantenían un intercambio comercial con los indios de algunos pueblos cristianos.

Pero a pesar de las medidas que se tomaron no hubo resultados: el lacandón mensajero no regresó y después de diez días de espera empezaron a darse casos de hurtos a las pertenencias lacandonas. Finalmente, Jacinto Barrios comprendió que la presencia de tantos militares en el poblado era un obstáculo para la labor de pacificación de los misioneros, por lo que decidió ocupar a su gente en la construcción de una fortificación cerca de Dolores, en la que pensaba dejar una guarnición de treinta soldados, mientras

¹⁸³ Villagutierre, *op. cit.*, lib. IV, cap. XIV, p. 206.

que él en compañía del resto del ejército partiría en busca de la laguna del Itzá. Esta decisión la tomó el capitán español después que recibiera noticias acerca de los avances que había logrado en la región de los mopanes el capitán Juan Díaz de Velasco y fray Agustín Cano. Todo listo, el contingente salió hacia su nueva empresa el 28 de abril de 1695, quedando en Dolores treinta soldados españoles y quince indios de guerra ¹⁸⁴.

Cuando Barrios Leal y su ejército apenas habían salido de Dolores, fueron alcanzados por un grupo de soldados de los que habían quedado como guarnición en el pueblo, quienes llevaban a cinco lacandones que habían capturado en las cercanías. Ésto cambió los planes del capitán español, pues decidió regresar a Dolores y permanecer allí un mes con la esperanza de lograr personalmente la tan deseada pacificación.

En Dolores, los cinco prisioneros fueron agasajados, y se decidió enviar a dos de ellos, esta vez acompañados por fray Alonso de León, a la selva para que buscaran a sus familias y regresaran con ellas. Cinco días después uno de los lacandones liberados, Ixquín Chancuc, llegó a Dolores en compañía de 92 personas, entre las cuales se encontraba Cabnal ¹⁸⁵. Desde ese momento, cada día fueron regresando más lacandones, siendo así que para el 18 de mayo Dolores ya contaba con 400 habitantes, de los cuales, algunos empezaron a ser bautizados ¹⁸⁶. El cronista Juan de Villagutierre le atribuye a Ixquín Chancuc el mérito de lograr que los lacandones retornaran voluntariamente a su poblado, ya que éste también los incitaba continuamente para que aceptaran a los españoles y a su religión ¹⁸⁷. Sin embargo, considero más probable que el regreso de los habitantes de Kak Balám se debiera al hambre, pues en el poblado habían dejado gran parte de sus víveres y habían pasado ya muchos días ocultos en la selva, en donde es muy difícil conseguir alimentos, y si Ixquín les comunicó que los intrusos habían respetado,

¹⁸⁴ *Op. cit.*, lib. IV, cap. XVII, p. 222.

¹⁸⁵ *Op. cit.*, lib. IV, cap. XIX, p. 225-226.

¹⁸⁶ *Ibidem.*

¹⁸⁷ *Op. cit.*, lib. V, cap. V, p. 240.

sino todas, sí la mayoría de sus pertenencias, debieron de haber regresado para satisfacer sus necesidades y recuperar lo suyo.

Resulta inútil señalar el gran aprecio que los españoles sintieron por Ixquín Chancuc, quien fue objeto de grandes demostraciones de afecto por parte de los conquistadores. Ya mencionamos que fue bautizado con el nombre de don Pedro, y como apellido se le dio el mismo del capitán español, es decir, Barrios; pero al parecer fue mejor conocido como Pedro Caballo debido a la gran admiración que sintió y demostró por este animal.

Desde el día de la captura de los cinco lacandones, los españoles habían tratado de obtener de ellos, y también de los que habían ido regresando, toda la información posible acerca de sus planes y de sus fuerzas, labor que resultó ser muy difícil porque los conquistadores no dominaban completamente la lengua que hablaban los rebeldes. Finalmente, "ya por señas, ya sacando unas razones por otras"¹⁸⁸ los españoles lograron formarse una idea más o menos completa de sus adversarios.

En primer lugar descubrieron, con gran sorpresa, que los lacandones, opuestamente a su fama legendaria, eran un grupo no muy numeroso y relativamente inofensivo. Según supieron, toda la nación lacandona se reducía prácticamente al poblado de Kak Balam, ya que de los cuatro poblados que se informó existían en 1694, tres se habían quemado, y el cuarto se encontraba despoblado por el momento. Kak Balam se encontraba bajo la autoridad del cacique y sacerdote Cabnal. También se supo que los lacandones habían reducido su número y fuerza, ya que en vez de atacar los pueblos de indios cristianos, como tantas veces lo habían hecho en el pasado, ahora sufrían incursiones armadas por parte de éstos, principalmente de algunos poblados establecidos en la ribera del Usumacinta, y de aquellos a quienes los lacandones llamaban "petenactes", seguramente originarios de Petenecté, al norte de Tenosique. Estos petenactes hacían incursiones nocturnas, robando a los lacandones víveres, canoas y

¹⁸⁸ *Op. cit.*, lib. IV, cap. XVIII, p. 222.

gente. En cuanto a los itzáes, en ese momento eran aliados de los lacandones y para llegar a su laguna eran necesarios quince días de camino por tierra ¹⁸⁹.

A mediados del mes de mayo de 1695 Jacinto Barrios Leal consideró que su presencia y la de su ejército ya no eran necesarias en Dolores, pues se veía que la reducción marchaba por buen camino. Además, se habían consumido gran parte de los víveres que llevaban, y el capitán español consideraba necesario regresar a la ciudad de Guatemala para evaluar los resultados de la entrada y preparar una nueva campaña para el siguiente año. Antes de su partida, Barrios Leal convocó a todos los lacandones del poblado y erigió a la villa de Nuestra Señora de los Dolores en pueblo de paz ¹⁹⁰.

Fue así que los lacandones recibieron un nuevo gobierno al estilo español. Cabnal fue nombrado gobernador y se le otorgó un bastón por insignia, y al también cacique y sacerdote Tuxnol o Tunhol se le dio otra vara como distintivo de su cargo de alcalde ¹⁹¹. La comunidad fue dividida en tres barrios, cada uno bajo la autoridad de Cabnal, Tuxnol o Tunhol y Tustecat respectivamente, quizá respetándose una división que ya existía. Los tres caciques recibieron diversos utensilios para ellos y adornos para sus mujeres, y al nuevo gobernador y alcalde, además, se les dio una casaca colorada de algodón. Jacinto Barrios también designó a treinta soldados españoles y a veinte indios amigos para formar una guarnición que permanecería en la fortificación que se había construido junto al poblado. Como responsable de la pacificación y evangelización de los lacandones quedó fray Diego de Rivas y, como sus asistentes, fray Antonio Margil, fray Lázaro de Mazariegos y fray Blas Guillén ¹⁹².

¹⁸⁹ *Op. cit.*, lib. IV, cap. XVIII y XIX, p. 223-224.

¹⁹⁰ Valenzuela, *op. cit.*, cap. XXXIV, p. 336.

¹⁹¹ Jan de Vos (*op. cit.*, p. 163) señala que ambos cargos fueron otorgados a Cabnal.

¹⁹² Valenzuela, *op. cit.*, cap. XXXIV, p. 361-364 y 424.

De los cuatro religiosos fue fray Blas Guillén quien permaneció más tiempo entre los lacandones, pues fray Diego de Rivas finalmente partió con las tropas de Barrios Leal. Fray Antonio Margil permaneció entre ellos un año y medio, y fray Lázaro de Mazariegos no alcanzó el año.

Todo dispuesto, las tropas comandadas por Jacinto Barrios Leal partieron de Dolores el 19 de mayo de 1695, y su salida fue la señal que los caciques Cabnal y Tustecat esperaban para abandonar el poblado ocupado, lo hicieron enseguida, y alegando necesitar a su gente para el cultivo de sus milpas se llevaron a muchos hombres. Desde la llegada del primer grupo de españoles a Kak Balam, ya los dos caciques habían intentado en varias ocasiones huir a la selva, tratando de llevarse con ellos a sus hombres de servicio y a sus mujeres, diciendo que no podían adaptarse a las costumbres españolas por ser

...los españoles...muy desaseados; que en la mediación de las casas se ponían a sus menesteres (señalándole con agarrarse las narices) como si no hubiera montes, campos y sabanas...¹⁹³

Como es de suponer, a estas razones habría que añadir el que ellos no querían someterse ni abandonar sus costumbres y creencias.

Con la fuga de estos lacandones la población de Dolores disminuyó de 400 a 230. El 16 de junio de 1695 los misioneros que allí permanecían enviaron un informe a la Audiencia de Guatemala, en el que daban noticia de la crisis por la que se atravesaba en el poblado, en donde, además del problema del abandono, se había presentado una epidemia -lo que era muy frecuente entre los habitantes de los pueblos recién pacificados- que ya había cobrado sus primeras víctimas. Tres semanas después la Audiencia recibió otro informe con noticias más alentadoras, la población había aumentado y los misioneros solicitaban intérpretes, pues la evangelización se veía obstaculizada por los problemas en la comunicación¹⁹⁴.

¹⁹³ Villagutierre, *op. cit.*, lib. v, cap. v, p. 241.

¹⁹⁴ Valenzuela, *op. cit.*, cap. XXXVIII, p. 423-424.

El 8 de agosto de 1695 llegaron a Dolores dos indios intérpretes de Cobán, y con esta valiosa ayuda los misioneros pronto estuvieron en condiciones de predicar a los lacandones en su lengua y de tomar nuevas declaraciones para aumentar los conocimientos que sobre ellos tenían.

Así se supo que además de Kak Balám existían otros dos poblados, éstos más pequeños, llamados Petá y Mop que eran de fundación reciente, pero por encontrarse en ellos Cabnal y Tustecat no pudo saberse su localización ¹⁹⁵.

Pocos días después de la llegada de los indios cobaneros se convocó a todos los habitantes de Dolores a la iglesia, en donde los misioneros les dieron su primer sermón oficial y los exhortaron para que abandonaran sus antiguas costumbres; por otra parte, el capitán Ignacio Solís (quien había quedado al frente de la guarnición) les pidió su colaboración para que todos pudieran vivir reunidos y en paz. A todo ello los lacandones respondieron afirmativamente ¹⁹⁶.

Conocidos todos estos sucesos en Guatemala los españoles se sintieron muy satisfechos y esperaban que

...todos llegaran al deseado fin de su reducción y comberción a nuestra santta fee cathólica...que se está haziendo vna ymagen de Nuestra Señora de los Dolores, patrona del dicho pueblo...[para que]...a ympulsos de la bondad de Dios llegaran a la venttura de salir de las ttinieblas de sus errores a la luz de la doctrina christiana y conocimiento de nuestra santta fee para complasencia de la cathólica Real Persona, timbre y lauro de Su Señoría el señor Pressidente y onrra y gloria de Dios Nuestro Señor. ¹⁹⁷

¹⁹⁵ De Vos, *op. cit.*, p. 164-165.

¹⁹⁶ *Ibidem.*

¹⁹⁷ Valenzuela, *op. cit.*, cap. XXXVIII, p. 425.

IX. DESTINO DEL POBLADO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES DEL LACANDÓN

[Epílogo]

A mediados de 1695 concluyó la gran empresa que fue la conquista y pacificación del grupo lacandón con la fundación de Nuestra Señora de los Dolores del Lacandón. Después de haber invertido grandes sumas de dinero y de esfuerzos humanos, se había logrado establecer un pequeño poblado cuyos habitantes oscilaban entre los doscientos y los cuatrocientos individuos.

Aunque el desarrollo de los acontecimientos que tuvieron lugar en Dolores y su destino final merecerían un estudio aparte de cuidadosa investigación, en el presente trabajo y a manera de epílogo mencionaré algunos de los hechos más importantes que acaecieron en Dolores hasta que se realizó su traslado a regiones más cercanas a los demás pueblos de paz.

Poco tiempo después del establecimiento español en el poblado, el 22 de octubre de 1695, fue capturado el cacique Cabnal quien había regresado a Dolores para organizar una conspiración en contra de los intrusos, y pese a la intervención de fray Antonio Margil en favor del prisionero, pues pedía "...que el castigo sea misericordioso, pues el año pasado no permitió que nadie nos hiciese mal..."¹⁹⁸, Cabnal fue enviado a la ciudad de Guatemala para ser juzgado por la Audiencia bajo el cargo de rebelión contra Dios y el Rey¹⁹⁹.

¹⁹⁸ "Carta de fray Antonio Margil", 22 de noviembre de 1695. (AGI, Guatemala 153, 2f. 204-205) en, Jan de Vos, *op. cit.*, p. 401.

¹⁹⁹ De Vos, *op. cit.*, p. 206.

Sin embargo, parece que éste nunca llegó a su destino, el investigador Jan de Vos piensa que murió en el trayecto²⁰⁰, lo cual no deja de ser una posibilidad, pero también es muy factible que durante el camino el cacique lacandón haya sido rescatado por gente de su séquito que permanecía escondida en la selva, liberación nada difícil ya que Cabnal iba preso de una pequeña escolta formada por un soldado español y unos cuantos indios amigos²⁰¹.

Mientras tanto, en Guatemala se estaba organizando una nueva entrada que tenía como objetivo la reducción del Petén, cabecera del Itzá, y además se pensaba aprovechar el viaje para consolidar la pacificación de Dolores, pues se quería que este poblado sirviera como base de la operación. Al mando de esta nueva empresa debería de ir, nuevamente, Jacinto Barrios Leal pero murió el 12 de noviembre de 1695 de una enfermedad contraída en la selva, por lo que tocó el mando al oidor Bartolomé de Amézquita; y a José de Scals, también oidor, el gobierno interino de la Audiencia de Guatemala. Esta expedición partió a fines de 1695, y el contingente que se encontraba encabezado por el capitán Jacobo de Alzayaga llegó a Dolores el 6 de febrero del siguiente año.

A su llegada, Dolores contaba con más de quinientos indios "domésticos" que aparentemente habían adoptado la nueva religión y vivían en paz²⁰². El grupo de Alzayaga tenía órdenes de esperar en el poblado al resto del ejército pero, en vista de que éste tardaba más de lo planeado, el capitán español decidió acompañar a fray Diego de Rivas y a fray Antonio Margil en la búsqueda de los dos pequeños poblados lacandones de Map y Petá, pues sus principales habían ido a Dolores a ofrecerse de paz. Después de cuatro días de camino llegaron a Petá y fueron recibidos por el cacique Bubau, quien después de entregar a los religiosos sus ídolos y objetos de culto, que fueron quemados inmediatamente, aceptó ser bautizado junto con su gente, que eran ciento veinticinco.

²⁰⁰ *Ibidem.*

²⁰¹ "Carta del capitán Ignacio de Solís" 20 de octubre de 1695. (AGI, Guatemala 153, 2f. 205r-206v) en, Jan de Vos, *op. cit.*, p. 401. "...remito a Cabnal...llévanlo a entregar...un español con trece indios...".

²⁰² Villagutierre, *op. cit.*, lib. VI, cap. VI, p. 280.

Posteriormente, los españoles se trasladaron a Map en donde tuvieron el mismo éxito entre la pequeña población de ciento ocho habitantes, y regresaron a Dolores desde donde informaron a José de Scals de lo conseguido y se encontraron con el resto del contingente español ²⁰³, que una vez abastecido partió hacia el Petén, pero regresó a Dolores el 29 de abril del mismo año de 1696 sin haber podido encontrar el asiento itzá ²⁰⁴.

Aparentemente la evangelización en Dolores avanzó rápidamente. En el mes de mayo de 1696 fray Diego de Rivas informa a la Audiencia de Guatemala que el poblado tenía 436 habitantes que vivían en paz, pero que cuando el capitán Alzayaga y sus hombres habían partido a Guatemala, a principios de 1697, los indios principales planearon una nueva conspiración contra los misioneros y la guarnición que se había quedado. La conspiración fue descubierta y los implicados "duramente castigados" ²⁰⁵.

Poco después de estos acontecimientos se pensó establecer un solo poblado lacandón, reuniendo en Dolores a los habitantes de Petá y Map, pero este proyecto no pudo realizarse debido a la resistencia mostrada por los indios, y a lo más que se llegó fue a que los habitantes de Petá se mudaran a Map, recibiendo el poblado el nombre de San Ramón Map. Ante esta nueva circunstancia, se construyó un camino entre San Ramón y Dolores para facilitar la administración de las dos comunidades ²⁰⁶.

La causa principal de que Dolores se mantuviera en su asentamiento original fue porque las autoridades españolas pensaron en utilizarlo, como de hecho lo hicieron, como base de operaciones durante el tiempo que llevara la completa conquista y pacificación de la selva lacandona, por tanto, cuando a fines del siglo XVII terminaron las

²⁰³ De Vos, *op. cit.*, p. 208-209.

²⁰⁴ El desarrollo de esta entrada se puede ver en: Villagutierre, *op. cit.*, lib. V, cap. VI-X; Ximénez, *op. cit.*, t. III, lib. V, cap. LXXIV-LXXX, p. 105-135.

²⁰⁵ De Vos, *op. cit.*, p. 211-212.

²⁰⁶ *Op. cit.*, p. 215.

entradas militares a la región su utilidad como punto estratégico, para lograr y consolidar posiciones ya no tuvo razón de ser.

Cuando fray Antonio de Margil fue a la ciudad de México en 1697, quedó a cargo de la dirección espiritual de la pequeña comunidad selvática fray Blas Guillén, quien pronto recibió ayuda del mercedario Jacinto Sánchez, por lo que su responsabilidad se vio compartida y apoyada; en cuanto al pequeño grupo de soldados que se veía obligado a permanecer en Dolores, pronto se mezcló con la población originaria dando lugar al mestizaje. Por otra parte, a pesar de que la reducción se consideraba consolidada, Dolores siguió manteniendo su categoría de "misión", lo que le permitía contar con la ayuda económica del gobierno de Guatemala²⁰⁷.

Hacia 1708 la guarnición de Dolores efectuó su último servicio: la reducción de los indios petenectés, últimos enemigos conocidos de los lacandones, que vivían cerca del río Usumacinta, con ellos se fundó el pueblo de San Miguel Arcángel²⁰⁸.

Tres años después, en 1711, las autoridades de Guatemala decidieron que había llegado el momento de retirar a los treinta soldados que permanecían en Dolores y transformar a la misión en cabecera de doctrina y a los misioneros en curas doctrineros, con lo que la Audiencia se vería liberada de la carga económica que le representaba el poblado. La nueva categoría del pueblo lacandón traería consigo su traslado a alguna otra región, menos apartada de los centros de autoridad española. Para poder llevar a cabo este desplazamiento, los misioneros enviaron a la Audiencia de Guatemala un informe en el que se daba cuenta de la situación en la que se encontraba Dolores. Este informe se encuentra actualmente en el Archivo de Indias de Sevilla²⁰⁹.

En esa relación se informaba que la población había ido disminuyendo constantemente hasta tener, en el momento en que se escribía, 288 habitantes que se

²⁰⁷. *Op. cit.*, p. 218.

²⁰⁸. *Op. cit.*, p. 219.

²⁰⁹ *Op. cit.*, p. 220.

mantenían en un nivel de subsistencia, esto debido a que por su aislamiento geográfico –y a la descomposición de los grupos indígenas originarios– era imposible realizar cualquier actividad comercial. Además, los religiosos proponían para la nueva fundación un paraje llamado Asantic, lugar que se encontraba a diez leguas de San Mateo Ixtatán, en los límites de la alcaldía mayor de Chiapas con el corregimiento de Huehuetenango. La sugerencia fue aceptada, y el traslado se efectuó en abril de 1714 ²¹⁰.

Sin embargo, Dolores no se estableció en Asantic, pues:

...el demonio, que todo lo enreda dispuso que los quitasen de allí y los trasladasen a un paraje muy ruin...el rancho de San Román, y no paró en esto, sino que de allí los llevaron a Santa Catarina Retalhuleu...; en cuyas traslaciones y transmigraciones unos se murieron, otros se desparramaron en otros pueblos, otros se volvieron a sus montañas a vivir en su idolatría, quedando muy pocos de todos ellos que hoy perseveran allí...²¹¹

De esta manera, los lacandones que permanecieron integrados al sistema colonial español siguieron viviendo en un barrio apartado de Retalhuleu, pueblo del que era cura doctrinero fray Blas Guillén, recordando quizá su pasado, cuando vivían en la Selva Lacandona y eran el terror de los españoles.

²¹⁰ "Testimonio de los autos hechos sobre la reducción de los lacandones de Dolores" (AGI, Guatemala 222, 10, 87f.), citado por De Vos, *op. cit.*, p. 220.

²¹¹ Ximénez, *op. cit.*, t. III, lib. V, cap. LXXXI, p. 139.

CONCLUSIONES

Por lo dicho hasta aquí se puede concluir que el nombre "lacandón" a mediados del siglo XVI dejó de ser el gentilicio de una comunidad indígena de la selva de las tierras bajas de Chiapas para empezar a transformarse en un término genérico que se utilizó para designar a cualquier grupo o morador de la selva que hoy conocemos como Lacandona.

La selva fue durante el periodo de conquista española y la colonia una región de refugio, tanto para comunidades completas como para aquellos individuos que escapaban del dominio o de la autoridad española. Ya en la selva, se agrupaban para dar origen a nuevas comunidades o formar alianzas con las ya existentes, pues de esta manera sus posibilidades de sobrevivencia aumentaban.

La gran mortandad que ocasionaron las epidemias de enfermedades traídas por los españoles durante los primeros años de enfrentamientos, unidas a las particulares características de conquista que se dieron en el área ocasionaron un desequilibrio entre las comunidades selváticas y un paulatino despoblamiento del territorio por la táctica española de concentrar a sus habitantes en las zonas fronterizas con la selva.

La labor misionera que monopolizó esta región para reducir a sus habitantes tan sólo a través "de la palabra de Dios", con el transcurso de los años finalmente cedió el paso a las entradas militares en intentos desesperados por extender la ocupación española a estos territorios. Sin embargo, pese a que lacandones e itzáes fueron finalmente conquistados como comunidades, los parajes selváticos más alejados de los centros

poblacionales españoles nunca estuvieron bajo el control de los conquistadores, y permanecieron así a lo largo de nuestra historia brindando amparo a quienes lo buscan.

Finalmente, tras múltiples esfuerzos, los lacandones fueron reducidos e incorporados al sistema colonial español, extinguiéndose como grupo étnico, pero muchos de sus individuos escaparon y, muy probablemente, se reunieron con otros fugitivos, dando lugar así a nuevas comunidades que podríamos llamar cimarronas. Pero el renombre que los lacandones adquirieron durante el periodo de conquista de esta área, y que duró casi dos siglos, permaneció a través del tiempo y cuando en la segunda mitad del siglo XIX un grupo de exploradores chiapanecos se encontraron con una comunidad indígena que habitaba en las zonas más alejadas de la civilización, no dudaron en identificarlos como lacandones, creyendo que se trataba de los mismos que tanto habían dado de qué hablar tiempo atrás.

Así, la antigua leyenda de los lacandones renació. Ahora no se trataba de un grupo que debiera su fama a la ferocidad e indomabilidad, sino que se les atribuyó falsamente el ser la última comunidad indígena que había permanecido alejada de todos los procesos históricos del país, conservando sus costumbres y creencias intactas desde los tiempos prehispánicos.

BIBLIOGRAFÍA

- Acuña, René, ed., *Relaciones geográficas del siglo XVI: Guatemala*; México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 1982. 360 p.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *Regiones de refugio. El desarrollo de la comunidad y el proceso dominical en mestizo América*; México, Instituto Indigenista Interamericano, Departamento de Antropología, 1967. 368 p.; (Ediciones especiales, 46).
- Alvarado, Pedro, *Relación hecha por Pedro de Alvarado a Hernando Cortés en que se refieren las guerras y batallas para pacificar las provincias del antiguo reino de Goathemala*; México, José Porrúa e hijos, 1954. 120 p.; (Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia Mexicana, 3).
- Ancona, Eligio, *Historia de Yucatán desde la época más remota hasta nuestros días*; Mérida, Yuc., Imprenta de M. Heredia, 1878-1880. 4 v.
- Anglería, Pedro Mártir de, *Décadas del Nuevo Mundo*; México, Ed. Porrúa, 1964-1965. 2 v.; (Biblioteca José Porrúa Estrada de Historia Mexicana, 6).
- Aubry, Andrés, *Cinco antítesis sobre la selva lacandona*; Chiapas, Instituto de asesoría antropológica para la región maya A.C., 1980. 37p.; (Apuntes de Lectura, 6), [Material mecanografiado].

- Baer, Phillip, *Los lacandones de México, dos estudios*; México, Instituto Nacional Indigenista, Secretaría de Educación Pública, 1972. 282 p.; (Colección SEP/INI. Servicio de Antropología Social, 15).
- Baqueiro López, Osvaldo, *Magia, mitos y supersticiones entre los mayas*; Mérida, Yuc., Maldonado Editores, 1983. 76 p.; (Colección Voces de Yucatán).
- Becerra, Marcos, *Nombres geográficos indígenas del estado de Chiapas*; México, Instituto Nacional Indigenista, 1985. 394 p.
- Blom, Frans, "La gran laguna de los lacandones", en: *Tlatoani*, Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, 2a. época, núm. 10, junio 1956; p.4-10.
- y Gertrude Duby, *La selva lacandona y tierras colindantes*, (mapa, 1:250 000), 1953.
- Bonaccorsi, Nélide, *El trabajo obligatorio indígena en Chiapas, siglo XVI. (Los Altos y Soconusco)*; México, Centro de Investigaciones Humanísticas de Mesoamérica y el estado de Chiapas, UNAM, 1990. 74 p.
- Bravo Ugarte, José, *Diócesis y obispos de la iglesia mexicana. (1519-1965)*; México, Ed. Jus, 1965. 124 p.; (Colección México Heróico,39).
- Cáceres López, Carlos, *Historia general del estado de Chiapas*; México, Imprenta mexicana, 1958. 2 v.
- Carrillo y Ancona, Crescencio, *El obispado de Yucatán: historia de su fundación y de sus obispos desde el siglo XVI hasta el XIX, seguida de las constituciones sinodales de la diócesis y otros documentos relativos*; Mérida, Yuc., Fondo Editorial de Yucatán, 1979. 4 v.

- Casas, Bartolomé de las, *Los indios de México y Nueva España. Antología*; ed., apéndices y notas de Edmundo O'Gorman. México, Ed. Porrúa, 1966. 226p.; (Colección Sepan cuantos..., 57).
- , *Doctrina*; pról. y selección de textos de Agustín Yáñez. México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1992. XXX-174 p. (Biblioteca del Estudiante Universitario, 22).
- Ciudad Real, Antonio de, *Tratado curioso y docto de las grandezas de Nueva España...*; ed. de Josefina García Quintana y Víctor Castillo, pról. de Jorge Gurría Lacroix; México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1976. 2v.; (Serie de historiadores y cronistas de Indias, 6).
- Cortés, Hernán, *Cartas y documentos*; introducción de Mario Hernández Sánchez Barba; México, Ed. Porrúa, 1963. 616 p.; (Biblioteca Porrúa, 2).
- Chamberlain, Robert, *Conquista y colonización de Yucatán, 1517-1550*. México, Editorial Porrúa, 1974. 398 p.
- , *The governorship of Adelantado Montejo in Chiapas, 1533-1544*; Washington, D.C., Carnegie Institution of Washington, 1948.
- Chapman, Anne, *Puertos de intercambio en Mesoamérica prehispánica*; México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1959. 78 p.; (Serie Historia,3).
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*; edición crítica por Carmelo Saenz de Santa María. Madrid, Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo", C.S.I.C., 1982. 2v.
- Duby, Gertrude, *Los lacandones, su pasado y su presente*. México, Secretaría de Educación Pública, 1944. 94 p.; (Biblioteca enciclopédica popular, 30).
- , *Chiapas indígena*; México, UNA; 1961 50p.

———— y Frans Blom, "The Lacandon", en: *Handbook off Middle American Indians*; vol. 7, p. 276-297. Map., ils.

Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme de la mar Océano*; ed. Juan Pérez de Tudela; Madrid, Ed. Atlas, 1959. 5 v.; (Biblioteca de Autores Españoles Rivadeneira, 117-121).

Fuentes y Guzmán, Francisco Antonio de, *Recordación florida. Discurso historial...*; Guatemala, Tipografía Nacional, 1932-33. 3 v.; (Biblioteca "Goathemala" de la Sociedad de Geografía e Historia..., VI, VII y VIII).

Gage, Thomas, *Nuevo reconocimiento de las Indias occidentales*; México, Secretaría de Educación Pública, Fondo de Cultura Económica, 1982. 368 p.; (SEP/80, 38).

García Cubas, Antonio, *Diccionario geográfico, histórico y biográfico de los Estados Unidos Mexicanos*; México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1891. 5 v.

García de León, Antonio, *Los elementos del tzotzil colonial y moderno*; México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1971. 110 p.; (Centro de Estudios Mayas, Serie: Cuadernos, 7).

Garza, Mercedes de la, et al., ed., *Relaciones histórico geográficas de la gobernación de Yucatán*; México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Mayas, UNAM, 1983. 2 v.; (Fuentes para el estudio de la cultura maya, 1).

Gerhard, Peter, *La frontera sureste de la Nueva España*; trad. Stella Mastrangelo; México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1991. 168 p.; (Espacio y tiempo, 2).

- Houwald, Gotz Freiherr von, (ed.), *Nicolás de Valenzuela: Conquista del Lacandón y Conquista del Chol. Relación sobre la expedición de 1695 contra los lacandones e Itzá según el "Manuscrito de Berlín"*; Berlin, Colloquium Berlag, 1979. 2 v.; (Bibliotheca Ibero-Americana, 28).
- Icaza, Francisco A. de, *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de Nueva España*; México, Edmundo Aviña Levy editor, 1969. 2 v.
- León Pinelo, Antonio de, *Relación sobre la pacificación y población de las provincias del Manché i Lacandón*; introducción de Jaime Delgado. Madrid, José Terranzas editor, 1958. XXXIV-46 p.
- León-Portilla, Miguel, "Language in Culture Studies", en: *Handbook of Middle American Indians*, vol. 5, p. 369-381.
- Libro viejo de la fundación de Guatemala y papeles relativos a Don Pedro de Alvarado*; pról. de Jorge García Granados. Guatemala, Tipografía Nacional, 1934. XII-404 p.; (Biblioteca "Goathemala" de la Sociedad de Geografía e Historia, 12).
- López de Cogolludo, Diego, *Historia de Yucatán*; México, Imprenta de Manuel Aldana Rivas, 1868. 2v.
- Martínez, José Luis, *Hernán Cortés*; México, UNAM/FCE, 1990. 1 016 p.; (Sección de obras de historia).
- Mendizábal, Miguel Othón de, "La conquista espiritual de la «Tierra de Guerra» y su obstrucción por los conquistadores y pobladores", en: *Cuadernos Americanos*; año II, vol. VII, p. 122-136. México, 1943.
- Morales Padrón, Francisco, "Las leyes Nuevas", en: *Teoría y leyes de la conquista*; Madrid, Ediciones Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1979. 542 p.; p. 419-447.

- Moscoso Pastrana, Prudencio, *"La Tierra Lacandona". Sus hombres y sus problemas*; San Cristóbal de las Casas, Chiapas, Cooperación de Fomento de Chiapas, 1986. 272 p.
- Navarrete, Carlos, "El sistema prehispánico de comunicaciones entre Chiapas y Tabasco", en: *Anales de antropología*, vol. X, p. 32-92. México, UNAM, 1973.
- , *Los arrieros del agua*. México, Katún, 1984. 168 p.; (Imaginación y realidad, 1).
- Ochoa, Lorenzo y Ernesto Vargas, "Xicalango. Puerto chontal de intercambio: mito y realidad", en: *Anales de Antropología*; vol. XXIV, 1987; p. 95-114. México, UNAM-IIA, 1989.
- , "Navegantes, viajeros y mercaderes: notas para el estudio de las rutas fluviales y terrestres entre la costa de Tabasco-Campeche y tierra adentro", en: *Estudios de cultura maya*; vol. XIV, 1982; p. 59-118. México, UNAM, Centro de Estudios Mayas, 1983.
- O'Gorman, Edmundo, *Historia de las divisiones territoriales de México*; México, Ed. Porrúa, 1973. 326 p.
- Palacios, Enrique Juan, *En los confines de la selva lacandona. Exploraciones en el estado de Chiapas, mayo-agosto de 1925*; México, Talleres Gráficos de la Nación, 1928. 216 p., ils.
- Paniagua, Flavio Antonio, *Documentos y datos para un diccionario etimológico, histórico y geográfico de Chiapas*; Chiapas, México, Manuel Bermúdez Rodas editor, 1910. 156 p.
- Piña Chan, Román, *Bonampak*; México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1961. 78 p., ils.

- Pineda, Emeterio, *Descripción geográfica de Chiapas y Soconusco*; México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1845. 150 p.
- "Reducción de los lacandones, 1586", en: *Boletín del Archivo General del Gobierno de Guatemala*; Guatemala, 1936-37, vol. II, p. 132-184.
- Remesal, Antonio de, *Historia general de las Indias Occidentales y particular de la gobernación de Chiapa y Guatemala*; Guatemala, Tipografía Nacional, 1932. 2 v.; (Biblioteca "Goathemala" de la Sociedad de Geografía e Historia, IV y V).
- Reyes García, Luis, "Movimientos demográficos en la población indígena de Chiapas durante la época colonial", en: *La palabra y el hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*; núm. 21 (1962), p. 25-48.
- Robles Uribe, Carlos, *et al.*, *Los lacandones: proyecto de estudios antropológicos del sureste*; México, INAH, Departamento de Investigaciones Antropológicas, 1967. 2 v.; (Publicaciones INAH/DIA, 16 y 26).
- Ruz, Mario Humberto, ed., *Las lenguas del Chiapas Colonial*; México, I.I.F., Centro de Estudios Mayas, UNAM, 1988. 394 p.; (Fuentes para el estudio de la cultura maya, 7).
- Saenz de Santa María, Carmelo, *El licenciado don Francisco Marroquín, primer obispo de Guatemala (1499-1563). Su vida, sus escritos*; Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1964. 372 p.
- Saint-Lu, André, *La Vera Paz: Esprit Evangélique et Colonisation*; Paris, Institut d'Etudes Hispaniques, Centre de Recherches Hispaniques, 1968. 658 p.
- , "Un épisode romancé de la biographie de Las Casas: le dernier séjour de l'évêque de Chiapa parmis ouailles", en: *Mélangés Bataillon*, Bulletin Hispanique, t. LXIV, p. 233-241.

- Sánchez Ochoa, Pilar, *Los hidalgos de Guatemala. Realidad y apariencia de un sistema de valores*; España, Universidad de Sevilla, 1976. 194 p.; (Publicaciones del Seminario de Antropología Americana).
- Scholes, France Vinton, *Documentos para la historia de Yucatán*; Mérida, Yucatán, Compañía tipográfica yucateca, 1936.
- (ed.), *Don Diego Quijada, alcalde mayor de Yucatán, 1561-1565*; México, Ed. Robredo, 1938. 2 v.; (Biblioteca histórica mexicana de obras inéditas, 14 y 15).
- , Ralph L. Roys, *The Maya Chontal Indians of Acalan-Tixchel. A contribution to the history and ethnography of the Yucatan Peninsula*; Washington, D.C., Carnegie Institution, 1948. 566p.; (Publication 560).
- , E. Adams (eds.), *Relaciones histórico descriptivas de la Vera Paz, el Manché y Lacandón, en Guatemala*; Guatemala, Ed. Universitaria, 1960. (Universidad de San Carlos, 35).
- Schuman, Otto, *La lengua chol de Tila, Chiapas*; México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1973. 114 p.
- , *Descripción estructural del maya itzá del Petén, Guatemala*; México, UNAM, 1971. 134 p.; (Centro de Estudios Mayas, 6).
- Soustelle, Jacques, *México, tierra india*; pról. de Paul Rivet; México, Secretaría de Educación Pública, 1971. 296 p.; (Sepsetentas, 10).
- Stone, Doris Z., *Some Spanish Entradas, 1524-1695*; New Orleans, The Tulane University of Louisiana, 1932. 126 p.
- Thompson, J. Eric S., *Historia y religión de los mayas*; México, Siglo XXI editores S.A., 1979. VIII-488 p.

Trens, Manuel B., "Los indios lacandones y su historia", en: *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*; t. 42, núm. 4, p. 267-296; México, 1930.

-----, *Historia de Chiapas desde los tiempos más remotos hasta el gobierno del general Carlos A. Vidal. (¿...1927)*; México, La Impresora, 1942. 712 p.

Villagutierre Soto-Mayor, Juan de, *Historia de la conquista de El Itzá, reducción y progresos de la de El Lacandón*; Guatemala, Tipografía Nacional, 1933. (Biblioteca "Goathemala" de la Sociedad de Geografía e Historia.)

Villa Rojas, Alfonso, "Los Lacandones: su origen, costumbres y problemas vitales", en: *América Indígena*; t. XXVII, núm. 1, p. 25-54. México, 1967.

Vos, Jan de, *La paz de Dios y del Rey. La conquista de la selva lacandona*. México, FONAPAS-Chiapas, 1980. 528 p.

Ximénez, Francisco, *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*; Guatemala, Tipografía Nacional, 1929. 2 v.; (Biblioteca "Goathemala" de la Sociedad de Geografía e Historia).

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	1
INTRODUCCIÓN.....	3
I. Primeros encuentros entre lacandones y españoles	9
II. Guerra y misión	23
II.1. <i>Los misioneros en la selva lacandona</i>	28
III. Intentos pacifistas y actitud de los lacandones.....	37
IV. Las entradas militares.....	47
IV.1. <i>Fray Pedro Lorenzo</i>	57
V. La entrada militar de 1585. Situación general de la selva lacandona a fines del siglo XVI	63
VI. Nuevo establecimiento lacandón	77
VI.1. <i>Nuevas noticias sobre los lacandones</i>	81
VI.2. <i>Valiosa información sobre los lacandones proporcionada por un indio de Chajul</i>	89
VII. Fin de la influencia dominica en la región. Intervienen otras ordenes religiosas	93
VIII. La gran entrada combinada de 1695 y la fundación de Nuestra Señora de los Dolores del Lacandón.....	107

IX. Destino del poblado de Nuestra Señora de los Dolores

del Lacandón [Epílogo] 127

CONCLUSIONES 133

BIBLIOGRAFÍA 135